

SUSANA FORTES

*El amor no es
un verso libre*



Lectulandia

Madrid, 1935. La norteamericana Kate Moore llega a la Residencia de Estudiantes, lugar en el que se reúne la flor y nata de la intelectualidad republicana, con el fin de ampliar sus estudios de literatura española. El profesor Díaz-Ugarte es el encargado de guiar sus primeros pasos en un mundo en el que brillan no solo artistas, músicos, poetas, dandis, soñadores y estudiantes, sino también arribistas inmersos en turbios negocios.

Esa atmósfera, en apariencia glamurosa y cristalina, estalla de pronto cuando el cadáver de un alumno aparece flotando en un canal de riego próximo. Entre Kate y Díaz-Ugarte, a quien la vida coloca en una difícil encrucijada, surge un amor tan apasionado como prohibido que discurre paralelo a la sombra del crimen. Los protagonistas se ven envueltos en una telaraña de intrigas, escándalos y secretos de estado que puede costarles la vida.

Con una prosa profunda y sugerente, la autora reflexiona sobre el amor imposible y el precio de la ambición, pero también sobre las intrigas políticas, la codicia y la corrupción que lastran la vida de cualquier sociedad.

Lectulandia

Susana Fortes

El amor no es un verso libre

ePub r1.0

Titivillus 09.09.2018

Título original: *El amor no es un verso libre*

Susana Fortes, 2013

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Yo no.
Te conocí en la tormenta.

PEDRO SALINAS

Capítulo I

Llevaba un buen rato allí sentada con los codos apoyados en el escritorio, sin leer, sin escribir, sin hacer nada, solo mirando hacia la ventana con un cárdigan beis de hombre y unos pantalones anchos muy usados. Su apartamento se hallaba en el ala oeste del Saint James College, un edificio de tejado de pizarra con una elegante escalinata principal y ventanas georgianas que albergaba a estudiantes y profesores. Las paredes de la fachada estaban recubiertas de hiedra y parra virgen. Una ramita de muérdago en la puerta era el único detalle que indicaba la cercanía de la Navidad. Esa época del año tenía para ella sus más y sus menos. Se pasó con suavidad la mano por el cuello en ademán de quien solo atiende el dictado de sus propios órganos internos. El corazón, quizá. El secreto e irreparable curso de la sangre. Le gustaba enseñar Literatura, pero...

Se puso de pie y se dirigió a la estantería que ocupaba una de las paredes laterales y tomó un libro entre sus manos. Leyó solo el primer verso. Alguien había escrito algo en español en los márgenes. Fue entonces cuando reparó en cuánto había echado de menos aquel país. La tierra. Los sonidos. Las voces de los chicos anunciando los periódicos de la mañana, el chirrido de los goznes de la vieja cancela cada vez que llegaba un coche por el ancho camino de gravilla. Todos aquellos sonidos seguían allí todavía, en los márgenes del libro. La cancela era alta y negra, de hierro forjado, y a los lados crecía una enredadera de campanillas. También recordaba los olores. Estaba el olor a esas flores velludas y redonditas de los espinos a pleno sol y el olor al humo de las boñigas de caballo usadas como combustible; el olor a alcantarilla destapada y a aceite de oliva y a incienso en el interior de las iglesias católicas; el olor de tostar piñas en los pinares de verano, un olor que a los estudiantes extranjeros que acababan de llegar, como ella, les daba una sensación de incendio recién apagado. Un país que huele a incendio recién apagado no es para tomárselo a la ligera.

Cuando llegó a Madrid por primera vez tuvo la impresión de estar a punto de entrar en otra vida, como si fuera un personaje empujado al ruedo fuera de guion. ¿De dónde ha salido esta?

Todo contribuía a incrementar su sensación de irrealidad: el clamor de las conversaciones en un idioma que todavía no dominaba bien, la novedad de todo, los puestos ambulantes de conejos, patos y gallinas en jaulas de alambre, la somnolencia causada por una larga travesía en vela... Madrid, final de viaje.

Llevaba apuntada en un papel la dirección de la Residencia de Estudiantes, calle Pinar, 21, con una carta de presentación de su directora de estudios, *miss Rachel Abramson*.

Algunas noches, después de asistir a alguna conferencia, bajaba hasta la terraza del piso inferior de la Residencia sin hacer ruido, como un ser sin sombra, una ladrona que no dejaba huellas. Le gustaba reunirse con él allí, junto al patio de las adelfas. ¿Qué clase de hombre puede ofrecerte como detalle galante una flor

venenosa? «La plantó un gran poeta», se había excusado él. El timbre de voz grave, profundamente masculino, le sonaba tan hondo como el agua de un pozo. La sensación de hablar y oír hablar en voz baja. Se sentía como una adolescente que se hubiera descolgado por la tubería. Ellos dos en una colina rodeada de chopos. Madrid y sus luces a lo lejos.

No era un tipo para perder la cabeza y tenía casi quince años más que ella. Lo normal es que se hubiera enamorado de cualquiera de los muchachos bulliciosos y vitales que asistían a los cursos de verano. Además había en él algo áspero y calculado que no acababa de gustarle, con esa seguridad de hombre que cree haber vivido ya todo lo que le tocaba vivir. Dejar de verse habría sido fácil entonces. El coqueteo verbal era todavía incipiente. Solo se trataba de una atracción intelectual. Un juego, por así decirlo. «¿Dejar de vernos? No puedes estar hablando en serio. ¿Lo dices por mí o por los dos?», preguntó él, con ojos punitivos, como si estuviera pensando en agarrarla por el pescuezo igual que a una niña malcriada que no sabe comportarse. «Lo digo por ti. Eres tú quien tiene una familia». Las palabras. Pero tal vez después de una guerra esas cuestiones no importen. O quizá sí. Quizá lo único que importa después de una guerra es en brazos de quién quieres estar cuando te mueras.

Claro que entonces no lo pensó. Nadie piensa eso con veintipocos años. Nadie piensa en la muerte. Pero ya no es aquella muchacha del verano de 1935 que llegó a Madrid con su licenciatura en Literatura, dilapidando su risa y sus cigarrillos americanos como quien reparte una fortuna entre los desheredados de la tierra. La mujer de ahora tiene más afilado el rostro, el pelo rubio más corto, la expresión tensa con una pequeña arruga en el entrecejo. Es más reflexiva. Más cauta. Sabe más cosas de sí misma, que es la clase de conocimiento que hace atractivas a las personas. La llamaremos Kate.

Encima del escritorio seguía el programa mecanografiado de Literatura Española. Había aprendido a hablar de él a sus alumnas con distancia: un poeta español, como si se refiriese a un personaje histórico, Jefferson o Abraham Lincoln. Podía desmenuzar sus poemas con la objetividad de un entomólogo, pero no había conseguido sacar la cabeza del pozo de agua. La voz seguía ahí, muy en el fondo. *Amor, amor, catástrofe. / ¡Qué hundimiento del mundo!*

Todos los años dejaba para el final del trimestre la parte del programa correspondiente a la poesía. Y aquel no era un curso distinto. Estaba preparando el material de clase como siempre cuando notó un pequeño cambio en el tiempo. Se había vuelto a levantar viento. Volvió a dejar el libro en la estantería y se acercó a la ventana.

Era su hora preferida, justo al final de la jornada. Uno de esos instantes entre el día y la noche en los que parece que todo va a dejar de ser lo que es. La nieve cubría el jardín y formaba pequeños montoncitos junto a la cancha de tenis. Entonces lo vio con total claridad, tan real como ella misma, allí parado, apoyado en la tela metálica

que rodeaba las pistas desiertas, alto, enflaquecido, con las manos en los bolsillos de su famoso abrigo de *cheviot*, el pelo completamente empapado, goteando. Podía sentir la lana de la manga oliendo a perro mojado, como cuando le pasó el brazo por el hombro en un trayecto en taxi desde el cine Bilbao hasta la terraza del hotel Ritz. Lo recordaba perfectamente. Aquella noche había un inusual movimiento de tropas en la plaza de Cibeles y en la zona próxima al edificio de Correos. Cuando subían por Recoletos oyeron un disparo, en el primer tramo del paseo, a la derecha, junto al tercer árbol. Al poco rato sonaron otros dos más arriba que la hicieron estremecerse. Fue entonces cuando él la cobijó con su brazo.

Un teniente de carabineros se dirigió al taxista a través de la ventanilla. No alcanzó a escuchar sus palabras, pues hablaba deprisa y en voz baja, pero observó que hacía un movimiento giratorio con la mano para indicarles que dieran la vuelta. El coche inició la maniobra de dar marcha atrás para alejarse de la zona y entonces fue cuando él pronunció aquella frase.

—Nadie muere dos veces —dijo.

No la entendió. No es que no comprendiese el significado concreto de las palabras, es que no sabía lo que quería decir con ellas en aquella situación. Pero él no añadió nada más. En la oscuridad tampoco podía ver la expresión de su rostro. Alrededor del taxi se cerraba la noche. Notó que los pies se le habían quedado helados. Entonces no tenía ni idea de dónde estaba a punto de meterse ni de la gran red de vigilancia que se cernía sobre ellos. Pensaba que se había enamorado de un poeta. Ni siquiera sabía que se estaba convirtiendo en la amante de un hombre que se hallaba en el punto de mira de muchas dianas.

Su fotografía salía a menudo en los periódicos con motivo de alguna inauguración o acto oficial, con abrigo de doble botonadura y el sombrero inclinado sobre un ojo. El mentón huesudo y la sonrisa escueta. Álvaro Díaz-Ugarte. Un rostro inconfundible para los servicios de vigilancia que empezaban a tejer la tupida maraña de las relaciones internacionales. Ningún servicio de Inteligencia ignoraba la función diplomática que ejercían los escritores con las cancillerías europeas a través de sus viajes y conferencias en el extranjero. En algún lugar se estaba gestando una guerra.

Él era un hombre casado, con una reputación y una vida pública. Ella no era nadie. Una chica americana recién llegada. Venía de otro mundo. Nunca se había interesado por la política. ¿Cómo iba a imaginar que alguien estaba siguiendo de cerca su historia de amor? Nadie la había puesto en guardia contra aquella maquinaria. Fue algo que tuvo que aprender sola.

Al principio nadie calcula la distancia entre el amor y sus riesgos. Su estrategia era mirar y quedarse callada. El silencio cuando él le hacía una pregunta directa. El silencio mientras el reloj marcaba inexorable los últimos minutos. El silencio en el asiento trasero de un coche oficial con la ventanilla llena de lluvia frente a la estación del Mediodía cuando el mundo entero se le cayó encima. Pero él sabía cómo deshacer los nudos de su silencio. Siempre la tocaba con suma delicadeza, apenas el roce de su

mano en la parte interior de la muñeca, donde confluyen las venas.

—Solo te puedo prometer que si un día cambia mi vida, te buscaré —dijo.

—¿Te refieres a un cambio debido a causas externas o a un cambio debido a tu voluntad? —preguntó ella.

—Me refiero a las dos cosas.

El retorno de la voz le llegó tan limpio que le pareció que por la ventana entraba una luz. Volvió a mirar hacia las canchas de tenis. La nieve seguía allí. Eso fue todo. Entonces sintió como si en su interior se hubiera roto una esclusa y la corriente la arrollara llevándose por delante un tramo de su vida que se remontaba varios años atrás.

Era el atardecer del 21 de diciembre de 1938.

Capítulo II

El taxi frenó en seco con un leve crujido sobre la grava del sendero. Durante el trayecto desde la estación se había dejado ganar por el bullicio procedente del exterior. La ciudad estaba atestada de gente que paseaba del brazo bajo el sol; en la Castellana las fachadas de los edificios se hallaban cubiertas de carteles taurinos mezclados con otros de propaganda sindical recién pegados; tranvías de color amarillo chillón pasaban por las avenidas, traqueteando con gran estrépito y arrancando chispas de las vías, los automóviles hacían sonar la bocina y los limpiabotas vociferaban en las esquinas para atraer clientes. La Residencia se encontraba encaramada como un centinela en lo alto de la colina. Era un edificio de color teja con grandes cristalerías en la entrada y dos pabellones laterales de ladrillo. Con aquel sol de comienzos del verano, algunos estudiantes charlaban animadamente a la sombra de los árboles. Se oía un murmullo de risas muy jóvenes y conversaciones cruzadas en distintos idiomas a través de la ventanilla abierta.

Al ir a pagar, se le desparramó el contenido del bolso en el interior del coche: una polvera de nácar, el tubo plateado de la barra de labios, algunas monedas y el sobre ribeteado con la invitación del Departamento de Español. Se lo había pensado mucho antes de decidirse porque nunca había hecho un viaje tan largo. Pero allí estaba.

Muchas veces, de niña en la granja de sus tíos en Kansas, había imaginado cómo sería el resto del mundo. Se encerraba en el granero con sus primos Bogey, Josephine y Amy y juntos observaban el viejo atlas universal de *National Geographic* como exploradores a la luz de una linterna. A Bogey los países de Europa le parecían muy pequeños. A los nueve años uno ya tiene edad para forjarse una idea del mundo. La casa estaba separada del río por una parcela de dos hectáreas y al otro lado solo había campos de trigo y praderas de bisontes. Kate creía que todo el mundo en América había crecido en una familia como la suya, con granero y caballos. Fue una gran sorpresa descubrir que no era así. La madre de Kate y su hermana lo tenían todo hablado y decidido de antemano. Cuando se quedó huérfana, Kate tenía cinco años y se instaló en la granja como una más. No supuso un gran cambio para ella pasar a formar parte de una familia numerosa.

—Si quieres criar muchachos valientes lo único que tienes que hacer es darles un mapa, una tableta de chocolate y una linterna —solía decir el tío Benjamin. Era un hombre del Medio Oeste. Usaba sombrero de *cowboy* botas de media caña. Todavía recordaba las incursiones de los indios en Kansas. Le gustaba contar esas historias a los chicos alrededor de la mesa de la cocina. La fiebre del oro, el ferrocarril construido sobre la misma ruta seguida por los bisontes en la pradera, un trayecto tan marcado en la tierra que la compañía Union Pacific construyó sobre ella los raíles del tren. Caminos de hierro. El tío Benjamin llevaba en las venas la impronta de las grandes distancias americanas. Sus pisadas en el porche cuando volvía a casa parecían las huellas de un gigante. La tía Bett, sin embargo, era una mujer pequeña y

menuda que no creía que a una señorita como es debido se le hubiera perdido nada al otro lado del mundo. Tal vez tuviera razón. «De tanto trotar por ahí, vuestros pies parecen las pezuñas de un búfalo», solía decir. Solo con mirar debajo de la mesa podía adivinar todos los lugares por donde los niños habían estado correteando durante el día: la granja de los Madox, el abrevadero, los campos de girasol, el río... Josephine nunca destrozaba el calzado. Tenía unos pies pequeños y sonrosados, perfectamente metidos dentro de las sandalias y cruzados con elegancia.

—¿Por qué Josephine es tan distinta? —preguntaba Amy con un tono de ligera decepción infantil. Dijera lo que dijese, nadie se enfadaba nunca con ella. Era la pequeña y todos la trataban con la condescendencia reservada a los seres predilectos.

—No es distinta —respondía Bogey, resignado—, solo es una chica.

—Está haciéndose mayor —añadía la tía Bett, conciliadora—. A vosotras también os ocurrirá —vaticinaba, señalando a Kate y a Amy con el índice. Es ley de vida.

A Kate no le gustaba nada cómo sonaba aquella expresión, «ley de vida».

En Kansas el destino de los niños y de las niñas se bifurcaba de un modo decisivo a los doce años. Pero por aquel entonces Kate aún no había llegado a esa edad. Todavía pertenecía al club de la linterna, la tableta de chocolate y el mapa. Miró de refilón sus piernas llenas de rasguños debajo de la mesa, moviendo los dedos con aprensión. No quería verlos convertidos en una pezuña de búfalo ni nada por el estilo. Las cosas no eran sencillas, pensaba ella: nacías en un país, eras un chico o una chica, llevabas zapatos hasta que te morías y ya estaba. Era ley de vida.

Sonrió al recordarlo dentro del taxi. Le resultaba curiosa la forma que tenían algunas frases de devolverla a aquel mundo perdido. «Ley de vida». «Por hache o por be». «Lo mismo da que da lo mismo». Josephine había resultado ser una chica como era debido. Se había casado con un ingeniero de Illinois y tenía dos gemelos preciosos a los que Kate adoraba. A Amy, sin embargo, no le había dado tiempo. Se quedó para siempre en la edad de aquella rancherita rubia de cuatro años que seguía velando por todos desde una cómoda de roble, montada en su poni de juguete con un sombrero tejano mirando fijamente a la cámara fotográfica con el ceño fruncido, como si no acabara de fiarse. Por más que los mayores porfiaran para que mostrase unos modales menos huraños, a Amy nunca le había gustado andarse con contemplaciones.

—Es que se me ha comido la lengua el gato —solía decir.

Una parte de Kate deseaba ser mayor como Josephine y llevar una diadema azul celeste en el pelo. La otra parte prefería ser como Amy y no crecer nunca. Estaba en esa encrucijada cuando ocurrió todo.

En la vida siempre hay un momento en que se rompe un jarrón y todo queda hecho añicos. Por lo general, la gente se pasa el resto del tiempo tratando de recomponer los pedazos. Después las cosas simplemente suceden. Los dientes de leche se caen, llegan el aparato de ortodoncia, los primeros zapatos de baile, el decimoquinto cumpleaños..., una continúa con su vida. Visto con perspectiva, podría

decirse que Kate seguía intentándolo.

¿Y Bogey? Bogey era el primo de todos los veranos, el que la había enseñado a nadar y a trepar a los árboles con todas las de la ley, el que le metía lagartijas por dentro del suéter, el que le dio el primer beso y el que se jactaba de ello años después, a su regreso del servicio militar, mientras ambos se fumaban un cigarrillo clandestino en el porche, a espaldas de la tía Bett. Habían aprendido a fumar al revés, con el fuego dentro de la boca, como hacían los tramperos en las noches de cacería para que no les delatara la brasa del tabaco. Tenían confianza para contárselo todo; sin embargo, había algunas cosas de las que nunca habían vuelto a hablar. Como las sombras bajas de aquel verano del que Amy nunca regresó. Todo el mundo tiene algo en lo que es mejor no pensar. Ese era Bogey. Un muchacho guapo con uniforme de soldado que había superado la pérdida de su hermana pequeña siguiendo la tradición eterna de todos los niños en cualquier parte del mundo: encerrándose en su imaginación. También ella lo había intentado a su manera, pero el refugio que eligió fueron los libros. Pasaron a ser media vida para ella. Se tumbaba en la cama, encendía la lamparita de bujía y empezaba a leer la historia de un perro llamado Buck como quien saca un billete de tren para Alaska. Desde la muerte de Amy, Kate siempre quería irse a cualquier parte que se hallara lo suficientemente lejos. España estaba al otro lado del mundo.

Todos esos recuerdos pasaron por su mente, ingrátidos y veloces. La carrerita de una liebre en una carretera nocturna.

Después de despedir al taxi, Kate se dirigió con su valija al pabellón principal de la Residencia, sintiendo el plomo del calor sobre los hombros, un resto brillante de transpiración en la abertura del escote. Iba vestida con un sencillo traje camisero blanco y unas sandalias planas de cuero. Dentro el ambiente era más fresco. Un gran ventilador de aspas pendía del techo. Le gustó la austeridad de la decoración, un velador con sillas de rejilla en la esquina, algunas plantas junto a la cristalera y un panel en la pared del fondo con fotografías de visitantes ilustres: *madame* Curie, el gran arquitecto Le Corbusier y el compositor Igor Stravinski.

Presentó sus credenciales en la recepción.

—La estábamos esperando —le sonrió la encargada al comprobar su acreditación—. *Miss* Abramson nos informó de que llegaría usted hoy. —Era una mujer de unos cincuenta años, gruesa y maternal; llevaba el cabello peinado hacia atrás con dos ondas de brillantina que a Kate le parecieron muy pasadas de moda—. Estará usted cansada después de un viaje tan largo...

—Un poco —respondió ella, sonriendo a su vez de manera rápida y formal.

—Le hemos reservado una habitación en la Residencia de Señoritas de la calle Fortuny, donde alojamos a nuestras estudiantes extranjeras —dijo al tiempo que le entregaba un pequeño *dossier* con el programa de estudios—. Esperamos que tenga una agradable estancia entre nosotros.

—Muchas gracias —respondió cortésmente. Una música de piano sonaba

amortiguada al otro lado de la puerta cerrada del salón de actos.

Desde el mismo momento de su llegada había percibido una especie de extrañeza, pero no la extrañeza natural de alguien que acaba de entrar en un país extranjero, sino como si hubiera llegado a un punto situado al final de una larga línea de hechos cuyo significado no alcanzaba a comprender del todo y que la obligaba a mantenerse alerta, haciéndola volverse constantemente sobre sus pasos. Una cautela bastante razonable por otra parte en un lugar tan agitado por los acontecimientos políticos.

Según los titulares de los periódicos, se habían producido algunas refriegas en la capital entre seguidores de partidos rivales, con el resultado de un muerto y varios heridos. La ola de penas de muerte contra los mineros asturianos no había contribuido precisamente a calmar los ánimos. Noticias extrañas para alguien ajeno a las vicisitudes de la política nacional.

Cualquiera que la hubiera observado se habría dado cuenta enseguida de que era americana, no solo por el pelo muy rubio y liso cortado en capas asimétricas por encima de los hombros, sino por su manera de moverse, con una desenvoltura casi masculina que habría resultado muy rara en una mujer española. No podía decirse que fuera guapa según los cánones marcados por la moda. Desde luego no era la clase de belleza de curvas sinuosas que hace volver la vista a los hombres por la calle. Pero era singular. Tenía los huesos largos y un tono de piel soleado con un ligero barniz de pecas en los pómulos que le daba cierto aire de atleta olímpica o jugadora de críquet.

—¡Canela! —le había dicho un mozo de estación cuando la vio descender al andén. Ella se volvió a mirar, sin comprender. No estaba acostumbrada a los piropos españoles. Pero el muchacho solo añadió con una media sonrisa—: Canelita en rama.

Nada más bajar del tren, ya se dio cuenta de esa tendencia de los hombres españoles a hablar solos por la calle cuando veían a una mujer joven: canelita en rama, lucero del alba... Expresiones que en su país ni siquiera estaban al alcance de un catedrático de Literatura en España corrían en boca del último empleado ferroviario con la cara embadurnada de hollín.

Kate había aprendido algunas cosas sobre España en la universidad, durante la carrera. Le fascinaba todo lo español, su arquitectura, el pasado colonial, el teatro del Siglo de Oro, los poetas modernistas, la luz de algunos cuadros de Velázquez..., pero la impresión que la embargaba en aquel momento poco tenía que ver con lo que había aprendido en los libros. Aquel país era un búfalo que resoplaba golpeando el suelo con las pezuñas a punto de embestir las vallas del cercado. Tal vez, después de todo, Bogey tuviera razón. Nadie sabe cómo van a marcar sus decisiones el mapa del futuro. Lo inesperado llega siempre de una forma casual, del mismo modo que podría no llegar. Como la moneda que alguien lanza al azar. Todo llega tarde o temprano. Hasta la muerte llega. Aunque a esa hay que saber esperarla.

Se hallaba ensimismada en esa clase de pensamientos cuando de pronto se giró hacia atrás con aprensión, tras percibir en la nuca el agujijón de una mirada muy intensa. Miró a un lado y a otro, pero no consiguió distinguir a nadie en particular

entre el enjambre de jóvenes que entraban y salían.

Capítulo III

Llegó casi diez minutos tarde, con la clase empezada.

—En tres épocas podemos dividir la producción de este autor —estaba explicando el profesor Díaz-Ugarte. Caminaba de un lado a otro del aula con las manos a la espalda. Miraba por la ventana, balanceándose un poco sobre los talones, y volvía a la poesía de Antonio Machado—. Su obra es la más pura expresión lírica de la Generación del 98. —Hablabla con serenidad, pero improvisando. Su discurso no resultaba demasiado hilvanado, como si diera vueltas alrededor de un círculo; sin embargo, la voz era grave e impecable. Agua de un pozo. Recitaba versos sueltos y entonces la superficie del agua se estremecía durante unos instantes, como removida por un estampido lejano, y luego volvía a su cauce. Pasaba de una cosa a otra. Daba la impresión de alimentarse de la menor pizca de inspiración que le brindara el momento. Era un hombre que interpretaba el mundo.

Había un punto de cordialidad algo excesivo en su forma de dirigirse a los alumnos, como si se esforzara por ponerse a su altura o caerles simpático. Pero tan pronto sonreía con vivacidad jovial como, de repente, se mostraba absorto y reconcentrado, igual que si tuviera una bala alojada en alguna recámara de su cerebro y estuviera intentando sacársela de la cabeza sin conseguirlo. Se le podían distinguir las costillas a través de la tela de la camisa. Flaco y ávido. A Kate, por alguna razón, le recordaba uno de los árboles de la granja de sus tíos en Kansas. Un roble muy alto con una rama enferma, sostenida por un soporte de madera que su tío Benjamin había construido para que el peso de la nieve no lo quebrara. No sabía por qué la presencia del profesor le recordaba aquel árbol gigante. Tampoco era tan alto. Un metro setenta y cinco o setenta y seis como mucho. Se movía siempre en relación con el marco de las cosas: las paredes blancas del salón de actos, el cuadro de la ventana, la angostura de un pasillo... Cuando Kate lo observó con detenimiento desde el único asiento que encontró libre en la última fila del aula, tuvo que alargar el cuello por encima de un montón de cabezas. Vio la americana de él colgada en el respaldo de la silla y su brazo extendido hacia la pizarra. Se dio cuenta de que tenía torcido el nudo de la corbata y le gustó ese mínimo detalle de desaliño indumentario. Pantalón gris de mezclilla, camisa blanca y corbata estrecha. No estaba mal, pero no era su tipo. Tenía algo que no terminaba de encajar en su rostro, demasiados dientes, los dos delanteros un poco separados, más grandes y más blancos que el resto, y una sombra de barba que acentuaba su aspecto adusto. Probablemente rondaba ya los cuarenta años, pero su voz sonaba a metal bruñido en aquel mausoleo sagrado a salvo del mundo. El misterio de la voz.

Kate sintió dentro de su cabeza un pellizco de curiosidad. El sonido lo abarcaba todo desde su tarima, como si hubiera aprendido que toda la seguridad emanaba de uno mismo: la mirada sostenida, los intervalos medidos, el mentón voluntarioso, el semblante enérgico, la sonrisa lobuna... Ah, pero estaba ese pequeño detalle del peso

de la nieve sobre el roble, un punto de abatimiento a la altura de los ojos. Tal vez simple cansancio. Kate no podía dejar de pensar en el andamio de madera que sostenía una rama de aquel árbol tan alto.

Se acercó a él al final de la clase para disculparse por su retraso.

—Entonces ¿es usted la nueva alumna americana? —sonrió él, alargando la mano. Tardó un segundo más de lo necesario en retirarla, sintiendo el tacto firme y huesudo de los dedos de ella mientras la examinaba despacio.

—Katherine Moore —respondió Kate sin esquivarle los ojos. Correcta y dueña de sí. Llevaba un libro de John Dos Passos bajo el brazo, el bolso de cuero colgado al hombro y las puntas del cabello rubio rozándole apenas el cuello de la camisa.

—Espero no haberla aburrido mucho el primer día —continuó él sin dejar de observarla con la misma fijeza. Ojos castaños que miraban con la asentada penetración psicológica de quien está habituado a hacer juicios rápidos. Una característica probablemente no innata, sino adquirida, aunque eso ella no podía saberlo todavía.

El profesor hablaba sentado en el borde de la mesa, los brazos cruzados, el tono neutro y profesional. Hizo un par de precisiones sobre el programa de estudios, citó algunos títulos que podrían servirle de ayuda, le dio detalles sobre el contenido y la extensión de los trabajos que debía abordar a lo largo del trimestre. De vez en cuando intercalaba un comentario en inglés, por presunción o por cortesía, demostrando en cualquier caso un buen dominio del idioma. Improvisaba respuestas sobre cosas que ella preguntaba sobre la marcha. Se mostraba solícito, en mangas de camisa, con la americana, que todavía no había tenido tiempo de ponerse, colgada en el respaldo de la silla. El aire jovial. Decía cualquier cosa, de un modo que resultaba evidente su interés por prolongar la situación. Llegó incluso a tantear el tema político, vagamente, sin cargar las tintas, aludiendo solo a lo difícil que debía de ser para una americana y para el propio Gobierno de Estados Unidos comprender los vaivenes de la República española. No desaprovechó la ocasión para mencionar de pasada un artículo suyo, publicado esa misma mañana en *El Sol*, cuya lectura le recomendaba para «entender mejor este país de bandoleros», dijo, y en el mismo momento se arrepintió, pensando que tal vez la recomendación había sonado un poco presuntuosa.

A ella, desde luego, se lo pareció. No es que los hombres americanos no fueran engreídos, pero al menos no lo manifestaban de una manera tan directa. Había en él una especie de actitud feudal al alardear de sus méritos académicos y literarios, dejándolos caer como quien no quiere la cosa ante una alumna extranjera, calculando que probablemente ella no supiera muy bien con quién estaba hablando. «Pero ¿quién se habrá creído que es? —pensó—. ¿Shakespeare?». Se puso en guardia.

Lo juzgó tosco, con una masculinidad muy rudimentaria que le disgustaba y azoraba al mismo tiempo, poco sutil. Un hombre, al fin y al cabo. Con su dosis de vanidad, costumbre y orgullo masculino que no era del todo incompatible, sin embargo, con cierto candor que a veces se desprendía de su sonrisa, como si pidiera

disculpas, encogiendo solo un hombro. Un punto sincero, casi tímido, que lo hacía parecer mucho más joven. Ella lo miraba burlona. Luego se fijó en sus manos, delgadas, el hueso de la muñeca sobresaliendo en la piel como una isla pequeña. Manos de intelectual que no ha plantado un árbol en su vida. Sintió que podría tirarlo al suelo con una simple zancadilla, que era la especialidad de cualquier muchacho de Kansas. Se apartó el pelo de la cara con un gesto ágil y desenfadado, como cuando de cría se acercaba con los brazos en jarras a la pandilla de los chicos mayores del otro lado del río. Le gustó imaginarlo mordiendo el polvo solo por el placer de tenderle la mano a continuación para ayudarlo a levantarse. Así es como los sentimientos nos traicionan. Se pasa del odio al amor, de la paz a la guerra. Aunque eso Kate todavía no lo sabía. No había tenido tiempo de aprenderlo.

—Y dígame, además de la literatura, ¿qué trae a una chica americana por estas *llanuras bélicas y páramos de asceta?*, preguntó, repitiendo el mismo verso de Machado que había recitado antes en clase. El tono sincero borraba ahora cualquier rastro de pedantería. Y se quedó allí de pie, aguardando la respuesta.

Entonces fue Kate la que habló. Lo hizo con aquella espontaneidad que era su modo natural de dirigirse a los desconocidos, con sencillez, un poco confusa al principio, despacio, pensando antes la frase en español. Podía haber optado por resumir su currículo académico: graduado en el City College de Kansas, especialización en Literatura Española por la Universidad de Columbia, cursos de doctorado, etcétera. Pero, por alguna razón, no lo hizo. Habló en cambio de su admiración por Cervantes y por el *Lazarillo de Tormes* en términos estrictamente personales. Quería darle una lección a su manera.

Kate había empezado a leer a los autores españoles en una academia a la que acudía a preparar sus exámenes de ingreso. Recordó la sensación que le producía la lectura de unas páginas llenas de molinos de viento y paisajes polvorientos en contraste con el mundo tan distinto que veía a través de la ventanilla del tren cada día, en su camino de regreso a casa. Mientras leía, iba dejando atrás los letreros de las estaciones: Mullinville, St. Paul, Richmond, Sylvan Grove..., un pilar de hormigón alineado junto a las vías, la chimenea de ladrillo rojo de una fábrica de conglomerado, la pendiente de subida a la granja de los Madox, la curva del río donde desapareció Amy, una vista que su mente conocía de una forma visceral. Pero su imaginación necesitaba alejarse de allí a toda costa, perderse en las páginas del libro que llevaba en el regazo como en un espejismo que olía a arcilla de botijo y a humo de quemar rastros.

Kate no profesaba la fe ciega que tenía su país en la industria y el progreso técnico en general. Ya se había visto en el año 29 cómo todo eso podía irse al diablo en un momento. Ella y su patria no estaban en las mismas coordenadas. En su opinión Estados Unidos era un país atrapado por el consumo como una pescadilla que se muerde la cola. Una nación de nuevos ricos, recién llegada a la historia, que se creía el centro del mundo. España, sin embargo, poseía una solera racial que venía de

antiguo. Un orgullo aristocrático donde lo material dejaba paso a otras cosas más valiosas. Eso era lo que encontraba en los autores españoles. Su mente estaba contaminada por el idealismo romántico de la nobleza de sangre. Semejante candor solo podía provocar ternura en cualquiera que la escuchase.

Parecía más joven cuando se expresaba así, con las mejillas encendidas por el arrebato y los ojos llenos de altas convicciones.

Kate nunca había hablado de aquellas cosas con un desconocido. No supo por qué lo hacía, ni mucho menos por qué se explicaba con tanta intimidad y vehemencia. ¿Era acaso esa su idea de darle una lección? Su sintaxis del idioma no puede decirse que fuese correcta del todo, ni los tiempos verbales adecuados, pero las palabras que empleaba tenían poder de sugestión. Estaba coqueteando a su manera. Pero había algo más. No quería cautivarlo únicamente. Quería demostrarle algo.

Disfrutaba mostrándose brillante y altanera ante él, como si le estuviese entregando un arma de doble filo. No se sentía como una alumna cohibida ante el profesor, sino como una campeona de esgrima dominando la escena. De igual a igual. La frente alta, la barbilla erguida. Ella también sabía defenderse en el combate dialéctico. Un cruce de espadas. *Crossed swords*. Hablar en un lugar público, en medio de aquella atmósfera de campus universitario, poblada de estudiantes con pajarita y jerséis de rombos que entraban y salían, la hacía sentirse falsamente protegida. Una situación que se iba a repetir con más frecuencia de la que imaginaba. La intimidad expuesta a los ojos ajenos en el interior de una campana de cristal.

Kate hablaba desde hacía varios minutos, sin apenas interrupción, junto a un ventanal del primer piso. Daba igual el lugar en el que se encontrara, siempre acababa por dirigirse a una ventana, como quien busca una salida. Divisaba la vista exterior, el azul limpio del cielo contra la sierra de Madrid, y luego se volvió de nuevo hacia él, sonriendo como quien da el combate por finalizado y baja la guardia al fin. Temía haber sido un poco insolente. Quería gratificarlo por dedicarle su tiempo, tratando de comprobar al mismo tiempo el efecto de sus palabras, sujetando bien el libro bajo el brazo, sorprendida ella misma de la facilidad con la que había dejado caer las frases en español como quien llena un vacío que solo resulta incómodo si se prolongan demasiado los silencios.

Y al final se quedó callada. Los dos se observaron, sin encontrar un pretexto razonable que les permitiera prolongar por más tiempo aquel encuentro. Ella, con el bolso al hombro, tocándose inconscientemente el lóbulo de la oreja, la pequeña bolita de oro que lucía como pendiente. Él, alzando los ojos, repentinamente serio, sorprendido, no por lo que ella había contado, que no era mucho, sino porque había despertado en él una antigua capacidad de ensoñación que creía ya olvidada, como si aquella muchacha vestida a lo chico, con las vueltas de la camisa remangadas hasta los codos y la cabeza llena de novelorías, hubiera levantado un velo por el que asomaba la cabeza de un dragón dormido. ¿De dónde demonios había salido aquella mujer?

Miraba las pecas de sus pómulos. Estaba tan cerca que podía percibir el olor de su piel. Olía a jabón de vainilla y a una vida nueva y limpia que estaba fuera de su alcance. El corazón se le aceleró hasta la taquicardia. Hacía tanto tiempo que no le ocurría una cosa así que ya ni se acordaba. Pero había algo más que el aporte de adrenalina que le llegaba a la sangre por la excitación física y no sabía qué era. O sí. Mientras el instinto le azuzaba las venas, en algún recoveco olvidado de su cabeza el perro viejo que en realidad era tembló de consternación al pensar en los extremos de iniquidad a los que puede llegar la mente fría y racional en determinadas circunstancias de enamoramiento. Se masajeó los nudillos inconscientemente, mirándose las manos como si pertenecieran a otra persona. Toda la fijeza comprimida en la cápsula de aquel instante, igual que si hubiese reventado el gozne de una puerta.

—Dichosos los ojos, Álvaro —oyeron con sobresalto que decía alguien a su espalda, rompiendo a voces el cristal del encantamiento. Era un tipo desgarrado, de cara larga y caballuna que contrastaba con su timbre de voz algo atiplado. El profesor y él se saludaron con una palmada en el hombro.

—Le presento a José Bergamín —dijo el profesor mirando a Kate con las cejas alzadas, como si le pidiera disculpas por la irrupción—, nuestro martillo de herejes.

—No le haga caso, señorita...

—Moore, Katherine Moore —la presentó el profesor mientras el recién llegado hacía el ademán de besarle la mano con una inclinación demasiado formal.

—¿Martillo de herejes? —preguntó ella extrañada.

—Perdone —volvió a disculparse el profesor Díaz-Ugarte. Habla usted tan bien nuestro idioma que a veces se me olvida que es extranjera. Quiero decir que nuestro amigo es un poco vehemente en sus ideas políticas. Los españoles gastamos toda nuestra energía en pelearnos entre nosotros. Los anarquistas a pedrada limpia, como hicieron esta mañana los piquetes de huelga en las obras del hospital Clínico, pero los intelectuales lo hacemos de un modo más refinado, lanzándonos dardos envenenados a través de nuestros escritos en las revistas literarias. Aquí, el maestro Bergamín, además de poeta, ensayista y dramaturgo de éxito, es un firme defensor de la revolución soviética. Dirige la revista *Cruz y Raya*, una de nuestras publicaciones más prestigiosas.

—No exageres, Álvaro —protestó Bergamín—, que unos tienen la fama y otros cardan la lana.

Kate sonrió ajena a la carga de profundidad, que era devastadora.

Capítulo IV

Desde el piso de abajo llegaba el sonido de un fonógrafo mezclado con risas y tintineo de copas. Kate reconoció enseguida la música. El *blues* combinado con el piano rápido era la última moda en América. Un ritmo sureño yailable llamado *boogie-woogie*.

Una podía olvidarse de todo menos de aquel estribillo pegadizo. Las notas habían salido por primera vez de un garaje de Chicago donde un negro que lavaba coches las había sacado al mundo y, a partir de ahí, se habían ido difundiendo a través del océano por los extremos confines de Europa. La melodía llegaba a los *pubs* de Londres, a los cafés de París, se extendía por el Barrio Latino y los Campos Elíseos y después cruzaba a Tánger, Casablanca y Egipto, donde era interpretada a la luz de las estrellas por una orquesta anónima de El Cairo. Y ahora allí estaba ella, a miles de kilómetros, en una residencia de estudiantes de Madrid, siguiendo el ritmo sin darse cuenta, mientras atravesaba un pasillo flanqueada por sus dos acompañantes. Esa era la forma en la que cualquiera podía llevarse su país en el bolsillo a dondequiera que fuera. Luego supo que, en realidad, había sido un poeta andaluz quien había trasladado aquella música hasta allí directamente desde Nueva York en un disco de 78 rpm de la compañía discográfica ARC.

Federico García Lorca acababa de estrenar con éxito una obra de teatro y estaba celebrándolo por todo lo alto en uno de los salones del primer piso. Fue Bergamín quien les arrastró hasta la fiesta. Bajaron la escalera y cuando se abrió una puerta se encontraron en medio de un torbellino con farolillos de papel y canapés y mucha gente demasiado risueña y alegre para aquella hora del mediodía.

—Vamos —dijo el profesor Díaz-Ugarte mientras la tomaba del brazo con una familiaridad repentina, asumiendo con desenvoltura el papel de anfitrión. Fue su presentación en sociedad.

Allí los conoció a todos. La flor y nata de la intelectualidad republicana. Entonces aún no sabía quién era quién y si no se hubiera vuelto a tropezar con ellos una y otra vez en los mismos lugares, tal vez nunca habría recordado sus nombres. Unamuno, tan parecido a Don Quijote, esquilmado y con la frente abombada de tanto pensar; Alberti y María Teresa León; él, con chalina de poeta, ella, rubia como una actriz de cabaré, con los labios pintados de rojo, pero una pésima bailarina; la condesa de Yebes, con un tocado de terciopelo verde y un cinturón dorado con flecos anudado a la cintura; Juan Ramón Jiménez, el tipo de las adelfas, un hombre serio y ensimismado que, más que en una fiesta, parecía hallarse en el entierro del Conde Orgaz. Su mujer, sin embargo, era todo lo contrario: joven, risueña, con un sombrero blanco y un vestido de Coco Chanel. En opinión de Kate, ambos hacían una pareja imposible. Algunos poetas españoles no parecían estar demasiado felices. Pedro Salinas, vestido de traje oscuro y chaleco, un poco envarado, consultando siempre su reloj de leontina, tenía el aspecto de alguien que siempre llega tarde. «Pues acaban de

ofrecerle la Secretaría General de la Universidad de Verano de Santander —le había comentado por lo bajo el profesor Díaz-Ugarte—, un cargo importante». Por el tono ella pensó que quizá existiera entre ellos algún tipo de rivalidad académica. Los pintores, sin embargo, tenían un aire más bohemio: Dalí, flaco como una astilla, le pareció un arcángel de otro mundo, mal nutrido y falto de sueño, siempre al lado de Buñuel, que iba haciendo el ganso por todo el salón con unos guantes de boxeo y una servilleta de cuadros atada a la cabeza al modo aragonés. Kate no sabía que eran surrealistas, pensó simplemente que se trataba de gente rara y divertida como los artistas de Hollywood. Había estrellas del cine y del teatro: Margarita Xirgu, la actriz, que reía con toda la cabeza echada hacia atrás; productores y guionistas de los recién estrenados estudios CIFESA, y el propio Lorca, con un esmoquin blanco, desbordante de éxito, con su cámara en la mano, organizando siempre fotos en grupo. Si se observaban sus actitudes y conversación era fácil distinguir a los españoles, siempre en el secreto de algo, de los forasteros, que andaban en las nubes.

Kate se esforzaba por recordar todos los nombres, pero estaba demasiado aturdida. Levantaba la cabeza y dejaba vagar la vista. Sonreía y saludaba a todos con cortesía, aunque se sentía más cómoda entre los solitarios. Había un muchacho moreno de aspecto reservado que fumaba junto a una columna del fondo. Kate le pidió fuego y el chico se inclinó hacia delante para encenderle el cigarrillo, sonriéndole con los ojos. Era un alumno nuevo que, según le explicó, estaba trabajando en la traducción al español de los poemas de Dante Gabriel Rossetti. Kate sabía que Rossetti había sido un famoso pintor del sigloXIX, simbolista o algo parecido. Recordaba haber visto un cuadro suyo en el Fogg Museum de la Universidad de Harvard, pero no sabía nada de su faceta como poeta, así que siguió la charla más por educación que por verdadera curiosidad. Una conversación como tantas entre estudiantes que intercambian experiencias y conocimientos. Intrascendente, jovial, inofensiva... Sin embargo, había algo en la voz del chico o en sus palabras que generaba inquietud, una sensación indefinida, como si contuviera en su interior un pequeño dispositivo de explosión retardada. Tictac. Kate detectó algo, no sabía exactamente qué. Tal vez, de haber continuado hablando con él unos minutos más, habría conseguido averiguarlo. Muchas veces después se preguntó qué habría cambiado de haberlo hecho; pero, antes de lograrlo, el profesor Díaz-Ugarte la apartó de allí, tomándola de un brazo con la excusa de presentarle al cónsul alemán.

El muchacho la dejó ir de buen talante, haciéndole con un sombrero imaginario una reverencia de mosquetero, y continuó quieto en su esquina mientras pronunciaba una frase hecha.

—Ley de vida —murmuró por lo bajo mostrando una ironía elegante.

Kate tenía el oído bien adiestrado. Giró la cabeza con un resorte automático al escuchar aquella expresión familiar y le sonrió espontánea y franca. A pesar de los años, seguía fiando su instinto a la complicidad con la que se forjan las grandes alianzas en la infancia. El chico le había caído bien. Se daba un aire a Clark Gable.

No lo pensó por establecer comparaciones, ni mucho menos, sino porque el parecido saltaba a la vista. Tenía las orejas grandes, un poco separadas, el pelo negro cortado al bies, dividido por una raya neta, y cierto aire expectante. No paraba de mirar disimuladamente hacia al exterior a través de la ventana, como si estuviera esperando a alguien que no acababa de llegar.

El cónsul alemán resultó ser un tipo con anteojos de montura dorada y una chaqueta bávara verde oliva en cuya solapa lucía una insignia con las espadas cruzadas característica de los veteranos de guerra. Su presencia parecía despertar una actitud recelosa alrededor. Pero no era el único que desentonaba en aquella exquisita celebración literaria. Había otros personajes extravagantes: un periodista de *La Voz*, que se jactaba de conocer a todo el mundo e iba repartiendo tarjetas de visita a diestro y siniestro como si el hecho de trabajar en un periódico le diera derecho a ponerle la mano en el hombro a cualquiera. Era un individuo calvo y bajito, con bigote, que tenía aspecto de búho con sus grandes gafas ahumadas de cristales azules. Kate leyó su nombre en letras de imprenta antes de guardarse la tarjeta en el bolso. «JOSÉ HIDALGO, periodista de sociedad».

Había dos o tres fotógrafos disparando a un lado y a otro sus trallazos de magnesio. Rafael Alberti y María Teresa León, por alguna razón, acababan siempre colocados de un salto en el centro del encuadre. Lo que se dice una pareja fotogénica. El poeta Salinas se hallaba ahora en medio del círculo de las esposas, mujeres de catedráticos y secretarios gubernamentales que asistían al ágape con una disposición similar a la de las damas inglesas de mediana edad cuando se disponen a tomar el té de las cinco. Preparadas para despellejar a cualquiera sin necesidad de esperar a que se diera la vuelta.

—Álvaro, querido, ¿cómo es que no ha venido Mari Paz? —saludó una de ellas sin dejar de agitar su abanico, esgrimiendo una dulzura viperina mientras torcía la cabeza y examinaba a Kate de arriba abajo con un ojo solo, como también hacen las aves de corral frecuentemente.

—Ya sabes que está algo delicada —respondió el profesor con una sonrisa en exceso comedida, igual que si acabara de dar un paso en falso.

Esa fue la primera noticia que tuvo Kate de la existencia de una señora de Díaz-Ugarte. Una mujer de poca salud. Luego fue enterándose de más cosas sobre ella en aquella ciudad en la que todo el mundo conocía la vida de todo el mundo. Incluso llegaron a coincidir en una ocasión a la salida del teatro. Y le pareció agradable. Una mujer educada y culta, con un bolsito negro. Era hija de un alto cargo del Gobierno, un secretario general o ministro, no recordaba bien, alguien influyente en cualquier caso y a quien, según había oído decir, el profesor Díaz-Ugarte debía su actual posición.

Un camarero pasó con una bandeja de canapés. Kate aprovechó la ocasión para soltarse del brazo del profesor y atrapar una copa de Martini rojo al vuelo. Bergamín andaba de grupo en grupo, como un saltamontes.

—Le digo yo que en menos de nada volverá a haber elecciones. Lo que este país necesita es gente que trabaje y no políticos que vayan a sestar al ministerio.

—¿Y qué propone? ¿Una revolución comunista? Ya la tuvimos el año pasado en Asturias y acabó como acabó. Pero si en su propio partido están peleados, qué es lo que espera...

Frases cogidas al vuelo como armas que carga el diablo. La lucha de clases asomando las orejas como un conejo asustado entre las bandejas de canapés y, al mismo tiempo, aquella cortesía ceremoniosa de una burguesía bien educada. Me alegro de verle. Enhorabuena por el nombramiento. Salude a su esposa de mi parte. Amables inclinaciones de cabeza. Madrid era una ciudad a caballo entre dos siglos. Kate empezaba a disfrutar del paisaje, mirando a los invitados como seres extravagantes, salidos de la conejera de *Alicia en el país de las maravillas*: una filóloga rusa muy guapa, pero de mal humor; una especialista en arte mesopotámico que llevaba unos zapatos enormes...

—¡Virgen santísima! ¿Te has fijado qué zapatitos?

Comenzaba a ver las cosas desde un punto de vista algo desenfocado. Fumaba, entretenida con el espectáculo, más desenvuelta después del segundo Martini. Se movía entre los diferentes grupos con jovial desenfado, procurando no tropezar, el cigarrillo en la mano izquierda, los andares deportivos, el aire frívolo, como esas modelos de las revistas de moda a quienes buscaba parecerse de niña.

—Parece que nuestra amiga americana se relaciona rápido —le comentó Bergamín al profesor Díaz-Ugarte, dándole un codazo, mientras ambos la veían sumarse animadamente con su copa en alto a un grupo de jóvenes que cruzaban el salón entre risas y alboroto—. No parece de las que necesitan ayuda para adaptarse al medio.

Y era verdad. A ella le gustaba esa sensación burbujeante de la vida social. Estaba en otro país y la embargaba el ánimo transgresor que a veces desborda el alma cuando se es muy joven y se está lejos o se ha bebido más de la cuenta. La música. Justo antes de enamorarse.

Se encontraba a gusto llevando el ritmo con los pies, las puntas rubias del cabello oscilando. Conocía bien cada compás. Lo había bailado con Bogey cientos de veces en Nueva York cuando su viaje a España no era más que un proyecto alocado y Madrid un punto minúsculo perdido en el atlas del *National Geographic*. Cuando quiso darse cuenta, estaba en medio de un círculo de gente que la jaleaba con palmas, como si fuera la versión flamenca de Ginger Rogers. Alta, rubia, americana. El profesor Díaz-Ugarte la veía bailar desde un ángulo en que podía observar en todo su esplendor cómo se conducía con una gracia y una risa solar que soltaban chispas alrededor. Se había retirado hacia una ventana del fondo y estaba solo, con un cigarrillo en la comisura de los labios, sin apartar la vista de ella, como si no existiera nadie más. Tenía en los ojos una expresión ávida, cargada de intenciones demasiado enmarañadas para que Kate fuera capaz de desentrañarlas. Un paso más y traspasaría

el umbral de las buenas maneras. Ella no podía escapar del cerco de aquella mirada.

La diagonal de luz se desplazó por la pared del fondo y dejó a Kate dentro de un triángulo ámbar, con el cabello rubio echado hacia atrás y la impresión de hallarse al comienzo de otra vida. Todos los poros de su cuerpo estaban preparados para saltar en una dirección, como si él le hubiera dicho: adelante, embelésame. Todavía no eran amantes. La niebla de los cigarrillos, el rumor de las voces, una ligera sensación de mareo, como de estar a bordo de un barco. Es así como suelen llegar en la vida todas las cosas inesperadas. El cristal de las copas, las risas amortiguadas, el sonido insistente de un teléfono que nadie parecía dispuesto a coger. Y fue entonces, de repente, cuando el mecanismo de relojería de acción retardada explotó.

En un extremo del salón se formó un pequeño tumulto. Se escuchó el estallido de una copa rompiéndose contra las baldosas del suelo. ¡Crash!

Al principio parecía solo alguien que había bebido más champán de la cuenta, una disputa de borrachos que entre varios hombres trataban de acallar. Se vio un puño por el aire, gestos airados, un forcejeo con un joven que se hallaba de espaldas a quien trataban de sujetar entre dos individuos que iban de paisano. Luego irrumpieron varios oficiales de la Brigada Criminal con sus uniformes azules y sus armas reglamentarias. Cuando el muchacho acorralado se dio la vuelta, Kate pudo ver que sangraba abundantemente por la nariz y reconoció enseguida al chico que se parecía a Clark Gable. No dijeron de qué crimen se le acusaba.

Para Kate la idea de delito con mayúsculas solo podía tener que ver con el asesinato. El concepto de algo más complicado como la traición política o el crimen pasional todavía estaba fuera de su alcance. El chico caminaba esposado, arrastrando un poco los pies. Parecía muy joven y muy solo. Se volvió hacia atrás antes de entrar en el automóvil negro aparcado en el sendero de grava. Miró hacia la ventana una sola vez como un corzo en un coto de caza. ¿Quién era aquel muchacho y qué demonios estaba sucediendo allí?

A Kate le pareció que alguien que dedicaba su vida a traducir al español los versos de un pintor prerrafaelita no podía haber matado una mosca.

Todo el mundo se quedó en silencio, petrificado. Los efluvios del alcohol se evaporaron de golpe. Se acabó la música. Lo único que seguía oyéndose era el timbre insistente de un teléfono en algún lugar del edificio, probablemente en las oficinas de la recepción. Ring, ring, ring, ring...

Capítulo V

Nombre: Gabino Aguirre. 22 años. Estudiante de Filología, beca de la Junta de Ampliación de Estudios concedida en mayo de 1935. Domicilio familiar: calle de la Virgen del Camino, número 29. Linares. Jaén. En la foto del archivo su parecido con Clark Gable todavía era más acusado. Un muchacho realmente guapo, metro setenta y tres, complexión atlética.

En la Residencia no se hablaba de otra cosa. El apacible ambiente de intelectuales exquisitos y un poco decadentes, con aires de Bloomsbury, se había convertido de pronto en una gatera revuelta en la que el que más y el que menos soltaba sus zarpazos al aire. Había corrillos por todas partes. Pero nadie sabía nada a ciencia cierta. Unos decían que era anarquista y que cuando la revuelta de octubre había participado en la intentona de ocupar el Ministerio de Gobernación, salvándose por los pelos; otros, sin embargo, aseguraban que tenía amigos de Falange. Alguien lo había visto en el Club Jazmín en compañía de una mujer extranjera, muy bella y bastante mayor que él. Las informaciones eran contradictorias. Que no era trigo limpio. Que estaba enfermo de tuberculosis. Que andaba en negocios con judíos holandeses. Que se pasaba el día en su cuarto traduciendo poesía inglesa. Que era íntimo amigo de Aureliano Lerroux, sobrino del presidente del Gobierno. Rumores. Lo único cierto era que el chico llevaba poco tiempo en Madrid, apenas unos meses. Estaba alojado en el primer pabellón del edificio y compartía habitación con otro alumno de nacionalidad alemana llamado Hans Müller.

El corzo es un animal de difícil catalogación. Kate no podía olvidar los ojos de aquel muchacho clavados como una astilla en la ventana, aquella extraña desesperanza. Apenas le conocía. ¿Qué podía importarle a ella? La policía detenía a cientos de personas por todo el país, según contaba la prensa. Sin embargo, la manera ocurrente que había tenido el chico de despedirse de ella, adelantando el pie derecho e inclinándose hacia delante con aquella gracia de D'Artagnan, le venía a la cabeza una y otra vez aunque tratara de pensar en otra cosa. Kate aún no sabía que la memoria del corazón elige siempre los detalles insignificantes y las palabras menos pensadas para ponernos a prueba. Sentía por el chico una simpatía fraternal, como hacia un compañero de juegos capturado por una tribu enemiga. En un estrato más racional de su mente la inquietud que le había causado el suceso había ido cediendo paso a una especie de comezón obsesiva. Necesitaba saber más. ¿Por qué habían arrestado al chico? ¿Tenía algo que ver su detención con los poemas de Rossetti o se trataba de otro asunto? ¿Quién era en realidad aquel muchacho?

La segunda vez que se encontró con Álvaro Díaz-Ugarte, estaban sentados en un banco de piedra a la clara brisa de la mañana. Comentaban lo que a todas luces era la noticia del día. Las tropas italianas desfilaban victoriosas con sus cascos de plumas de pato delante del palacio del negus en Addis Abeba; Hitler ocupaba con sus ejércitos la zona desmilitarizada de Renania; el Tratado de Versalles, convertido en

papel mojado; el mundo caminaba directo al derrumbadero, pero para la utópica, minoritaria y selecta comunidad de la Residencia no había más noticia aquella mañana que la detención de uno de sus estudiantes.

Según las pesquisas llevadas a cabo por la propia dirección del centro, el chico no estaba en la comisaría de la calle Almagro, ni en la de Fomento, ni en el cuartelillo de la plaza del Progreso. Tampoco se encontraba en la Jefatura de Policía de la calle Jorge Juan, ni en las oficinas de la Policía Militar de Centro. Literalmente se lo había tragado la tierra.

Al profesor le pareció un buen pretexto para terminar la clase antes de tiempo y citarse con Kate a la salida. Al fin y al cabo, ella acababa de llegar a Madrid. Sin duda, el suceso la habría impresionado. Una mujer sola y extranjera. Cualquier hombre en su caso hubiera hecho lo mismo. Se sentía obligado.

—¿Obligado? —repitió Kate, que detestaba la sensación de que alguien se sintiera en deuda con ella—. No veo por qué.

—Pues no estoy seguro, la verdad —respondió él—, pero está usted en mi país, y eso de alguna forma me hace responsable —añadió, recordando el gesto de pavor de ella en el momento en que el muchacho, con toda la cara ensangrentada, había sido arrestado—. No quisiera que se llevase una idea equivocada.

A ella le pareció que ahora el profesor estaba interpretando el papel de galán protector ante una dama desvalida y se limitó a sonreír un poco. La idea le resultaba divertida y un tanto enternecedora, porque Díaz-Ugarte no tenía precisamente una musculatura de levantador de pesas. Y llegado el caso, pensó ella, reparando en sus delicadas manos de intelectual que no ha plantado un árbol en su vida, no sabía quién tendría que proteger a quién. En aquel momento ni se le pasó por la cabeza que entre las funciones de un catedrático de Literatura y escritor en ciernes pudieran encontrarse otra clase de encargos.

El asunto había creado entre ellos un nuevo vínculo, tejiendo una red bajo sus pies que les servía de puente. El profesor la había citado allí, después de clase, pero ahora que la tenía delante no sabía muy bien qué decirle. El vacío que sentía en el estómago le impedía hilvanar de manera ordenada las frases. Díaz-Ugarte hablaba atropelladamente, ofreciéndose para cualquier cosa que ella pudiera necesitar. Para guiar sus primeros pasos por la ciudad, si así lo deseaba. ¿Qué lugares le gustaría visitar? Lo mejor sería empezar por las calles del viejo Madrid, dijo sin darle tiempo a rechazar la oferta. Y, casi al momento, enrojeció por su propia premura, pensando que probablemente ella tuviera otros planes. El eximio poeta virgiliano se estaba comportando como un adolescente ante su primera cita.

Por un momento sintió deseos de que se lo tragara la tierra. Pero ¿qué demonios le pasaba? Estaba a punto de salir corriendo para meter la cabeza bajo una fuente de agua fría hasta despejar la confusión que reinaba dentro cuando, de pronto, Kate se puso en pie y tiró el cigarrillo. Lo observó unos segundos, dubitativamente. Tenía una forma característica de mirar, alzando los ojos. Después se encogió de hombros, las

manos hundidas hasta el fondo en los bolsillos del pantalón, sonriendo a medias, un poco inclinada la cabeza, con las puntas asimétricas del cabello rozándole el mentón. Y dijo que sí. Que vale. Que por qué no. Que le encantaría que le enseñase Madrid.

Era eso lo que más lo desconcertaba de ella. Su manera franca de actuar, tan distinta de la de las mujeres que conocía. Caminaba a su lado con paso largo y firme, casi masculino, algo adelantada, como dejándole a él la elección de ocupar el espacio a su izquierda, mientras se dirigían a la parada del tranvía de Cibeles. A aquella hora el transporte todavía no iba abarrotado. Bajaron en la Puerta del Sol y enfilaron hacia la plaza Mayor.

A veces Kate tenía la sensación de ser observada. Era algo difuso, como cuando, al doblar una esquina, le parecía entrever una sombra que desaparecía inmediatamente al cambiar de calle. El día anterior, mientras se estaba tomando un granizado con *miss* Abramson en una cafetería de la calle Fuencarral, de pronto había tenido también la impresión de que alguien la observaba desde el interior del local. Miró varias veces a través de la cristalera, pero no vio a nadie e intentó convencerse una vez más de que eran figuraciones suyas. ¿Quién iba a estar vigilándola y por qué? Sin embargo, estaba segura de que alguien había estado, durante unos segundos, mirando su silueta recortada por el marco de la ventana. Mejor no decirle nada al profesor sobre sus aprensiones, no fuera ni por asomo a pensar que era una de esas mujeres temerosas.

Kate no era muy habladora. Tenía el don de escuchar. Los ojos bajos, que contemplaban el suelo ante sus sandalias de cuero y se volvían de vez en cuando para observarlo de refilón, disimuladamente. Visto de perfil, el rostro de Álvaro Díaz-Ugarte resultaba demasiado tosco. Tenía partido el hueso de la nariz, como si se la hubiera roto alguna vez, lo que le daba un recorte de insólita dureza, aunque eso a ella curiosamente no le desagradaba. Su actitud también parecía distinta a la del día anterior en la fiesta. Menos invasiva. Ahora hablaba tan bajo que a ella le costaba entender lo que decía.

Llevaban un buen rato andando. Soplaban una brisa suave bajo los balcones con macetas de geranios y había mujeres asomadas conversando animadamente de una ventana a otra. A Kate aquel ambiente le recordaba un poco al barrio donde vivían los inmigrantes italianos de Nueva York. Se habían detenido en una calle en cuesta junto a un edificio de corralas con las vigas al aire y una cornisa apoyada en dos arcos de medio punto que no sostenían ya techo alguno. El muro desnudo conservaba jirones arrancados de un antiguo cartel taurino y alguien había pintado encima una hoz y un martillo con dos brochazos rojos. Había un tercer arco, más arriba, que servía de entrada a un callejón que olía a esparto y a almacén de talabartería.

—Yo adoraba este barrio de niño —dijo el profesor de pronto. Miraba a unos críos que le daban patadas a un balón y sus ojos estaban extrañamente fijos; quizá recordaba cómo había sido él en otro tiempo. Un muchacho flaco de pantalón corto y alpargatas que hacía recados y ayudaba a su madre trabajando por horas en el sótano

de una carbonería. Recorría los lugares con la mirada, intentando situar cada cosa en su sitio. La antigua carbonería ya no estaba y en su lugar había ahora una tienda de ultramarinos. Tampoco estaba la taberna al otro extremo de la calle, con una cuba de vino en el centro, anuncios de jerez y una barra estrecha al fondo donde apenas había sitio para que el propietario aposentara su abultada barriga. Recordaba el olor fuerte y avinagrado del local cuando los días de fiesta lo enviaban a comprar un cuartillo de vino con una moneda de cinco céntimos.

—¿Te criaste aquí? —preguntó Kate. Usó la segunda persona del singular espontáneamente, sin darse cuenta, traduciendo mentalmente del inglés, donde no existen las barreras formales de trato que hay en el español.

Su voz sonó dulce. El profesor sintió algo cálido por dentro, como si ella le hubiera rozado casualmente con su mano. Seguía contemplando a los críos que jugaban al fútbol en la plaza. No dijo nada, solo hizo un gesto con la cabeza en señal de asentimiento.

Ella lo observaba de aquel modo singular en que lo hacía a veces, como si quisiera adivinar qué escondía dentro. Se fijó en su porte. La prestancia de su ropa no parecía la de un hombre de origen humilde. El pico de un pañuelo con las iniciales bordadas, la camisa impecable, los zapatos hechos a mano. Sin embargo, había algo en su manera de moverse, un aire tosco, en el mentón, en la nariz rota, en su voz, que denotaba otros orígenes, como de alguien que ha medrado rápidamente en los últimos años, sin tiempo para adoptar todos los hábitos y maneras de una clase social que no era la suya. Cuando se dirigía a ella, su tono era más precavido que cortés. Tampoco la forma que había tenido de mirarla el día anterior en la fiesta, cercándola desde lejos, era exactamente la de un *gentleman*. La gente mira, respira, apaga un cigarrillo y se mueve de un modo o de otro. Unas cosas se aprenden y otras no. Kate no era partidaria en exceso de la etiqueta, y algunas normas sociales le parecían tan ridículas como ver a un perro vestido. Pero sabía distinguir de qué casta venía el galgo. El hombre que tenía delante no pertenecía a la esfera de la aristocracia de cuna, de eso estaba segura. Fue entonces cuando le vino a la cabeza el nombre de la mujer. Mari Paz. Y lo que había oído contar sobre ella. Una «rica heredera», fue la expresión utilizada. Hija de una familia influyente. La pareja acababa de mudarse a un palacete recién remozado de la calle Velázquez, con portero uniformado y ventanas de mirador voladizo, en la zona residencial, muy lejos del barrio popular en el que ahora se encontraban. Una boda era un acontecimiento importante. Uno asume responsabilidades, se labra una reputación, asciende en la pirámide social hasta alcanzar el estatus que merece. Hay quien ve en el matrimonio un camino para medrar socialmente. En su país eso tenía un nombre, pensaba Kate. La palabra cruzó rápida por su mente como un disparo. Pero qué sabía ella, en realidad. No contaba con ningún elemento de juicio. Se daba perfecta cuenta de que en el fondo de su hostilidad había un vago sentimiento de despecho. Borró la palabra de un plumazo.

Conforme se adentraba en el barrio, le iba llegando un tufo acre, una mezcla a

orines y a neumáticos quemados y a aceite de freír buñuelos y al humo azul de las boñigas de caballo usadas como combustible. Un olor inconfundible que, mucho tiempo después de abandonar el país, continuaría brotando de su mente por sorpresa en el momento menos pensado, como un latigazo. El olor de España.

No sacó a relucir el asunto del estudiante detenido hasta más tarde, cuando se sentaron a tomar una tapa de chipirones fritos y una cerveza en una tasca bajo el arco de Cuchilleros, uno de esos locales con mesas pequeñas y manteles de cuadros rojos y blancos. Llevaba un rato pensativa, como si tuviera algo en la cabeza que no terminara de írsele del todo.

—¿Sabías que la mujer de Dante Gabriel Rossetti se suicidó con láudano al perder a su bebé? —Había una nota de desafío en su voz.

Recordaba perfectamente todo lo que el joven que se parecía a Clark Gable le había contado en la fiesta sobre los versos que el pintor había enterrado en la tumba de su esposa. Le había hablado de ellos con verdadera pasión antes de ser arrestado, moviendo mucho las manos a la manera española, y ahora ella no podía olvidarlo. Estaba inclinada hacia delante con las piernas cruzadas, un pie en el aire, la cara muy cerca del profesor y un cigarrillo sin encender entre los dedos. Su rostro moteado de pecas doradas tenía la expresión resuelta de alguien que ya ha tomado partido. Se quedó en silencio unos instantes, como si hubiera tenido que irse muy lejos para hacerlo, y después sus ojos se clavaron en los de él. Literalmente clavados. Fijos durante un largo e intenso segundo. No era una mirada casual que pudiera no ser tenida en cuenta. Había un punto retador en ella.

—No puede haber hecho nada malo —dijo, y no fue necesario que añadiera nada más para que el profesor se sintiera directamente emplazado a tomar cartas en el asunto.

—Antes o después todo se aclarará —respondió él en tono tranquilizador al tiempo que se inclinaba un poco para darle fuego con una cajita de fósforos, protegiendo la llama con el hueco de la mano.

Desde luego no era la clase de respuesta que ella esperaba.

Díaz-Ugarte percibió la decepción, dio un sorbo a la cerveza y echó un vistazo a la clientela del bar. Hombres rudos de caras enjutas, menestrales, un par de albañiles con boina y chaquetas de pana que miraban a Kate con curiosidad. Una mujer rubia, delgada y vestida con pantalones anchos de dril, como un muchacho, no era algo a lo que estuvieran muy habituados. También la observaba una pareja de carabineros con sus guerreras de correajes cruzados. Aunque su interés quizá fuera de otra índole.

El profesor bajó instintivamente el tono al dirigirse de nuevo a ella. Habló de los estudiantes que llegaban a Madrid sin dinero esperando labrarse una posición, y lo hizo con tanto conocimiento de causa que Kate creyó que estaba refiriéndose a sí mismo; habló de los que se hacían leninistas o falangistas de un día para otro como quien dice, de los que desfilaban el primero de mayo con retratos de Stalin y de los que asomaban la cabeza por la ventanilla del coche, estirando el brazo. Habló de

cosas que Kate no comprendía demasiado bien. Habló de los puros de corazón, de los que amenazaban con romper la baraja, de los que sembraban vientos y recogían tempestades, de los que andaban metiendo la nariz donde no les importaba, de los que querían cambiar el mundo y eran engañados. Y dijo que probablemente el chico se hubiera metido en algún lío que, sin duda, pronto se resolvería.

—Veré lo que puedo hacer —concluyó diciendo.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Los hombres honran sus promesas por miedo. El miedo a cruzar una línea que les reviente la vida. Unas veces ese miedo se convierte en lealtad a unos principios. Otras, no. El profesor pagó la consumición y salieron al mediodía de las calles.

La temperatura era agradable y caminaron sin prisa por callejuelas adoquinadas. Díaz-Ugarte hablaba sin apenas interrupción, de nuevo dueño de sí, el tono didáctico, tranquilo, de guía turístico. Ella escuchaba sus explicaciones, sin mirarlo directamente, atenta solo al escenario. Suplía las carencias del idioma con la agudeza de los sentidos. Miraba todo lo que sucedía a su alrededor con ojos nuevos, como si el mundo acabara de ser inventado solo para ella.

Mujeres muy morenas con cestas en la cabeza pregonaban unas rifas de pavos y bacalao en salazón. Sus voces agudas se mezclaban con los sonidos de una herrería, el golpeteo insistente del martillo contra el yunque en la boca oscura de un portal en cuyo interior brillaban ascuas de hierro candente, la voz muy suave de una niña de doce años, que le leía un romance de ciegos a su abuelo, sentados uno junto a otro, tras el mostrador de una mercería lleno de hilos, agujas y cenefas de distintos colores.

—Me va a llevar toda la vida —dijo Kate como si no viniera a cuento— aprender todo lo que he visto aquí.

Pero sí que venía a cuento. Desde el mismo momento de su llegada, tenía la impresión de hallarse en el interior de una película exótica y esa sensación se acentuaba por momentos. Hasta el *foulard* de muselina que llevaba anudado al cuello le daba un aire de actriz colonial, la sonrisa leve, los andares desgarbados entre la nube de gente que se movía a su alrededor... Pero la vida va por un lado y el cine por otro. A Kate la vida iba dejándole por el camino algunas prendas sueltas, calcetines desaparejados.

Habían desembocado en un mercado atestado de puestos. En 1935 se podía comprar cualquier cosa allí, desde una paloma mensajera o un acordeón hasta piezas de desguace de automóviles y municiones. Tornillos, llaves inglesas, mapas, medias de seda italianas, espoletas que todavía podían utilizarse para fabricar bombas de mano, enchufes eléctricos, gorras de *tweed*, zapatos de mujer con hebillas, pólvora, bolsitas de higos secos y dátiles, pistolas, destornilladores, papel de cartas de color azul, botones de todos los tamaños.

Descendiendo por la calle de Embajadores se encontraba la polvorienta iglesia de San Cayetano, con su portada barroca; y un poco más allá, el bazar de Las Américas

y, enfrente, el Federal. El profesor le mostraba una ciudad con una profundidad de campo ilimitada. Ella miraba hacia arriba, hacia los tejados de aquel Madrid provinciano salpicado de campanarios y nubes ligeras, de balcones con gatos encaramados en las buhardillas que a su vez contemplaban los puestos del mercado. Su mente abarcaba todo aquel panorama de cúpulas, vigas, gatos desperezándose al sol, campanillas de pregones ambulantes y ventanas abiertas al tumulto de la calle, como en un zoco árabe. El sol iluminaba las barracas grises y los buhoneros anunciaban sus mercaderías. Kate no estaba habituada al arte del regateo. Pensó que se hallaba en un lugar en el que cualquier deseo de un ser humano podía encontrar su precio. ¿Cuál era el suyo? No lo sabía.

Capítulo VI

ADíaz-Ugarte el pulso le latía desde hacía días de una manera distinta sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Se sentía como un viejo libertino de corazón cansado que de pronto hubiese enfermado vergonzosamente del mal de amores propio de la primera juventud. Vivía en la impaciencia. Esperaba el momento de verla con la conciencia aguda de cada minuto y una ingravidez insoportable en el estómago. Se le olvidaban los otros compromisos. Daba igual en lo que estuviera trabajando, no conseguía concentrarse en nada, solo en el ir y venir de sus pensamientos. No podía quitarse de la cabeza ese gesto que hacía ella de echarse suavemente el pelo hacia atrás con la mano ni su manera de mirarlo de perfil, socarrona, con una ceja enarcada. Fantaseaba con el tacto de su piel al ser acariciado por su mano, la presión de su vientre, su aliento tibio con olor a vainilla susurrándole en el cuello. En el fondo le fastidiaba el reconocimiento de un deseo que no sabía bien cómo manejar. El ilustre intelectual de la generación del 27 iba por la calle soñando despierto como cualquier chaval de quince años. «Lo que me faltaba», pensó para sus adentros.

A la altura de la Puerta del Sol un muchacho harapiento y con una gorra de cuadros enorme para su talla pregonaba ejemplares de *El Herald*. Díaz-Ugarte compró el periódico y revisó sus páginas a la vez que caminaba. Iba en busca de alguna noticia sobre el muchacho desaparecido. Ese día era miércoles, un miércoles cualquiera en mitad del verano, y apenas había nada de interés en las páginas del diario. La señorita Alicia Navarro, Miss Europa 1935, había sido recibida con todos los honores en el palacio de Buckingham. Un excorredor de bolsa, recuperado de su adicción a la bebida, había fundado en Ohio, Estados Unidos, la asociación Alcohólicos Anónimos. La policía había irrumpido en el casino de San Sebastián y había prohibido jugar a la ruleta. Se presentaba una nueva colección de vestidos de temporada en los populares almacenes SEPU, en la Gran Vía. En Cuatro Caminos el descarrilamiento de un tranvía había tenido como resultado siete heridos leves. En la sección de publicidad se anunciaba el cosmético La Bella Aurora, patentado por un tal doctor Berry, cuya función consistía en eliminar las pecas del rostro y que, al parecer, usaban mujeres tan famosas como la actriz Shirley Temple o la aviadora americana Amelia Earhart. A Díaz-Ugarte no le podía caber en la cabeza que alguien quisiera borrar de su piel una cualidad que él encontraba tan fascinante. Recordó los pómulos de Katherine Moore, el relumbre de oro viejo que a veces le iluminaba las mejillas y el mentón con cientos de diminutas constelaciones. Sintió un vértigo vanguardista.

No pienses en ella, le decía su sano juicio. Una mujer así solo puede traer problemas. No creía que su presencia en España fuera fruto de un plan preconcebido ni de las indicaciones de nadie, como le habían insinuado en el ministerio, sino más bien un regalo del azar. Pero el hecho de que su mentora, *miss* Rachel Abramson, fuera una militante socialista del Comité Judío Americano no facilitaba precisamente

las cosas.

Al fin y al cabo, él cobraba un sueldo oficial y tenía una prometedora carrera por delante que en buena parte debía a su matrimonio. La rápida asociación de ideas que le había llevado a pensar indirectamente en su mujer hizo que se le encogiera un poco el estómago. Percibía un pequeño aguijón en la conciencia, aunque no había sucedido nada por lo que sentirse culpable. Nada irreparable. Al menos, de momento.

—Dedícate a tu trabajo y no te compliques la vida, Álvaro —le había dicho el subsecretario de Estado, con quien mantenía una relación parecida a la amistad—. En Madrid hay cientos de muchachas hermosas que no son sospechosas de nada, ni figuran en ninguna embajada, ni exigen demasiado a cambio.

Tenía razón. Pero ya se la había complicado. Se había lanzado de cabeza a las profundidades de la complicación. Algo en su interior anhelaba las turbulencias de allá abajo, el hundimiento, la catástrofe.

De pronto, le entraron ganas de tomar un trago. Cruzó la calle y se sentó en una mesa bajo el toldo. La Granja del Henar era un café de toda la vida, con mesas de mármol, reloj y veladores, situado en la calle Alcalá. En invierno solían celebrarse allí tertulias literarias, pues quedaba cerca de la redacción de la revista *Cruz y Raya*. En verano tenía una agradable terraza sombreada en el exterior.

—¿Lo de siempre, don Álvaro? —dijo el camarero con un gesto en el aire.

No había mucha gente a aquella hora, una pareja un par de mesas más allá y un hombre mayor que leía el periódico al fondo. Díaz-Ugarte volvió a abrir *El Heraldo* mientras esperaba su cerveza. En la sección de Sociedad había una fotografía del empresario Daniel Strauss en la puerta del casino de San Sebastián junto a la actriz Anny Ondra, su esposo, el boxeador alemán Max Schmeling, y el famoso torero Rafael, el *Gallo*. En las páginas de Nacional se daba cuenta de un nuevo consejo de guerra contra diecisiete revolucionarios asturianos, con resultado de una sentencia de muerte y el resto de cadena perpetua. Díaz-Ugarte soltó un largo suspiro hastiado que lo mismo podía ser fruto del tedio que de la preocupación. Pasó a la sección de Internacional. Allí las cosas no pintaban mejor. En un discurso pronunciado en Düsseldorf, Hitler anunciaba junto a Goering la organización de la moderna fuerza aérea, la Luftwaffe. En una columna lateral había una información breve sobre una escaramuza en la frontera de Renania. Tomó un sorbo largo de cerveza y luego se limpió la espuma del labio superior con el dorso de la mano. Un gesto algo tabernario que jamás habría hecho de hallarse en compañía, pero aquella mañana no estaba para sutilezas.

Se había levantado ya de mal humor, sintiendo sobre los hombros el peso de una losa, y la sensación de agobio había ido en aumento a lo largo de la mañana. Había días en los que se veía de pronto tal como era, un hombre tributable, con casi cuarenta años, el hígado demasiado castigado, una carrera literaria que no acababa de despuntar y sin nada en el alma. No sabía exactamente en qué momento se había echado a perder, cuándo le había abandonado el entusiasmo, la alegría inicial, la

confianza en sí mismo, la inocencia de las ideas y los demás excesos culturales que habían caracterizado la primavera de la República. Habían pasado solo cuatro años desde entonces, pero en algún momento de esos cuatro años había ocurrido algo dentro de él. Algo completamente inesperado, casi escabroso. Algo que de pronto hizo que el mundo se convirtiera en un lugar más vacío, como una plaza de toros inmensa en la que hubiera empezado a llover torrencialmente y todo el mundo se hubiera largado a otra parte, menos él, que seguía allí sentado bajo la lluvia, sin saber qué hacer de su vida.

Las cosas no marchaban bien. Pero nadie parecía prestar atención a los detalles. Lo mismo en los asuntos privados que en los públicos. Con lo que decían los periódicos cualquiera podía hacerse una composición de lugar, pero todo el mundo prefería mirar para otro lado. Nadie quería ver y si había visto, hacía todo lo posible por olvidar, como muy bien sabía él, pues tenía motivos para saberlo mejor que la inmensa mayoría de las personas.

Pero algunas cosas se pueden olvidar y otras no. Y eso también lo sabía nuestro insigne poeta de capa caída.

¿Qué había sido de su felicidad conyugal, por ejemplo? Los primeros meses después de la boda se parecían a la estampa del lago suizo de aguas transparentes que se veía en las fotos de su viaje de novios con el fondo de las montañas alpinas y ellos dos cogidos de la mano en primer plano. Mari Paz con una sonrisa tan amplia y reluciente que a él le parecía el símbolo perfecto de todo cuanto le aguardaba en la próspera y floreciente tierra que le había sido prometida.

«La Tierra Prometida», se dijo con sorna. Estaba empezando a dolerle un poco la cabeza. Encendió un cigarrillo y volvió la vista al periódico. Fue entonces cuando sus ojos captaron un párrafo suelto bajo el titular: «Hallado el cuerpo de un estudiante en una acequia del Manzanares».

El cuerpo de Gabino Aguirre, de 22 años, estudiante de Filología, que estaba desaparecido desde el miércoles pasado, fue localizado ayer en el canalillo del Norte, a poca distancia de la Residencia de Estudiantes, por un guarda de la acequia que había ido a limpiar el fondo de algas y barro como viene haciendo habitualmente para asegurar el fluido del riego a las huertas del otro lado de la Castellana.

El muchacho, conocido por sus extremadas ideas políticas, había sido detenido el pasado 26 de agosto en la misma Residencia, de la que era alumno becado, para ser interrogado y esa misma tarde fue puesto en libertad según declaración de la Guardia Urbana. Pero desde ese momento nadie volvió a tener noticias suyas. El juez iniciará hoy la investigación judicial pertinente.

La comunidad de regantes del Ventorro del Tío Chaleco y de la zona norte y este de Madrid han elevado una protesta al ministro de Fomento para que se extremen las medidas de seguridad y limpieza en todos los ramales del canal

por la cantidad de cadáveres y animales muertos que se encuentran últimamente en sus aguas, que podrían llegar a crear un problema de salud pública.

Dejó el periódico a un lado. Para él la información se dividía en dos clases de noticias. Aquellas cuyas consecuencias todavía podían evitarse y las que no. Esta era de las que no. Los canales de Madrid estaban convirtiéndose en el pozo negro de la ciudad, hasta el punto de que, si alguien desaparecía del mapa, era más fácil encontrarlo en la caseta del guarda de la acequia que en el depósito de cadáveres o en el cuartelillo de la Guardia Civil. Díaz-Ugarte apagó el cigarrillo en el cenicero con tanta precisión como si lo asesinara. No conocía al chico, pero ella le había pedido que se ocupara de averiguar su paradero y él había empeñado su palabra. Eso lo colocaba en una situación incómoda, pensó para sí con un cinismo que le sorprendió a él mismo. El chico estaba muerto, al fin y al cabo.

Si Katherine no hubiera presenciado su detención, sería solo un muerto más. Uno de tantos. Pero el muchacho tenía nombre propio, un rostro que recordaba al de un actor de cine, le gustaba la poesía inglesa romántica y había aparecido ahogado en extrañas circunstancias. No hacía falta un sexto sentido para saber que lo que podía haber detrás de esa muerte no iba a resultar ni agradable ni fácil de explicar.

Todavía le quedaba una hora larga hasta su clase de Literatura. Pensó que, si se daba prisa, tendría tiempo de pasar antes por el despacho del director de la Residencia para intercambiar impresiones. Sin ninguna duda, a aquella hora el doctor Jiménez Fraud ya debía de estar informado. Dobló el periódico bajo el brazo y dejó unas monedas sobre la mesa sin molestarse en esperar el cambio.

La luz del sol se había tintado de una ligera neblina azulada, pero el calor del mediodía apretaba con fuerza. El profesor se quitó la chaqueta y echó a andar hacia la colina de los Chopos con ella colgada a la espalda del pulgar, como un dandi venido a menos. Le costó subir la cuesta del Pinar y, al llegar a la Residencia, tuvo que secarse con un pañuelo el sudor de la frente. Oyó el silbato lejano de un árbitro marcando el final de un partido en las pistas deportivas que estaban al otro lado del edificio y le pareció un eco tan lejano como su propia juventud.

El despacho de Dirección se hallaba en la planta baja, al fondo del pasillo.

—Espero no interrumpir —dijo después de dar dos toques leves con los nudillos en la puerta.

—Pasa, Álvaro. —El director acababa en ese momento de colgar el teléfono—. Supongo que ya estarás al tanto —dijo mientras se pasaba un dedo por dentro del cuello de la camisa al mismo tiempo que estiraba el mentón con evidente malestar.

El doctor Fraud no era un tipo que se amilanara ante las dificultades. Estaba más que acostumbrado a lidiar con las autoridades. Desde que la derecha había ganado las elecciones no habían cesado los problemas: visitas de inspección inesperadas, acusaciones de radicalismo a los residentes... Pero una muerte era otra cosa.

Díaz-Ugarte se dejó caer en la silla dispuesto a escuchar. En realidad, no había nada nuevo. Ninguna explicación, ningún informe oficial. Silencio administrativo. Lo único que el director había podido averiguar por su cuenta era que el chico era hijo de un jornalero que trabajaba en el cortijo de los duques de Asúa. Gente humilde, trabajadora. El padre ya había sido avisado por la Guardia Civil de Linares. La madre había muerto de tuberculosis hacía dos años. Tampoco tenía hermanos, solo una hermana pequeña, de siete años. El muchacho siempre había destacado en los estudios y por eso le habían concedido una beca de la Junta de Ampliación. Al parecer, desde que llegó a Madrid empezaron a irle bien las cosas, porque mandaba dinero a casa para la niña con bastante frecuencia.

—Pues no sería con la cuantía de la beca —dijo el profesor frotándose el lóbulo de la oreja entre el índice y el pulgar. Tenía una facilidad especial para conseguir que incluso en aquellas circunstancias sus palabras sonasen cargadas de sarcasmo.

—Bueno, parece que de cuando en cuando hacía algún trabajo extra para los estudios de cine: sustituciones, papeles secundarios, cosas de poca monta —apuntó Jiménez Fraud—. El chico tenía apostura de actor.

Díaz-Ugarte recordó su parecido con Clark Gable, aunque en versión española, con un aire agitanado, la tez más oscura, las patillas demasiado anchas y los modales algo toscos, sin acabar de depurar, como un diamante en bruto. Imaginó que quizá el muchacho albergaría sus sueños de gloria, como cualquiera, y sintió un malestar difuso en la boca del estómago. Una punzada baja, enconada.

Lo único que de verdad deseaba era llegar a su clase cuanto antes. Más que deseo era necesidad imperiosa. Avidez. Sentía el zumbido de la sangre en las arterias. Miró de soslayo el reloj y se despidió a toda prisa del director con un apretón de manos.

Al subir a la primera planta, volvió a sentir un hormigueo recorriéndole el estómago. Respiró hondo y entró en el aula. Cuando remitió el aleteo de los murmullos y los cuadernos, se hizo el silencio. El profesor recorrió con la mirada la bancada de alumnos. Tenía delante más de una treintena de rostros, risueños, anodinos, impersonales, curiosos, inteligentes..., pero no encontró por ningún lado la sonrisa exacta que buscaba: el rostro medio vuelto, la nariz recta y cubierta de pecas muy claras, el mechón rubio cortado al bias. Ninguna Venus de Botticelli, ninguna Palas Atenea, ninguna Madonna de Leonardo. Nadie.

Capítulo VII

Cuando Kate era pequeña, su juego preferido era merodear sin ser vista por los sembrados de los Madox con Bogey y Amy. Solían ponerse una cinta atada a la frente y una pluma de gallina en la cresta. Eran los tiempos en que ser sioux o cheyenne podía convertirse en un asunto muy serio. Cuando se ponían a hacer el indio, Josephine los miraba por encima del hombro. Jugaban a perderse entre los árboles, y el primero en ser descubierto era atado a un tronco mientras los otros dos bailaban a su alrededor la danza de guerra, dando alaridos y batiendo la palma de la mano sobre la boca. El castigo máximo era ser asaetado sin piedad con las cuatro flechas sagradas de la nación cheyenne. Amy odiaba perder más que nada en el mundo, más que tomarse el jarabe amargo del doctor Sullivan. Era muy buena escondiéndose. Buscaba los sitios más recónditos: el desván del cobertizo, un hueco pequeñísimo debajo de la escalera en el que había que entrar a gatas, el tambucho del embarcadero o debajo de la tanqueta de la bomba de agua, y luego tenía también un sitio secreto al final del pantalán, donde la tía Bett le tenía prohibidísimo acercarse ni por asomo.

A eso jugaban una mañana de julio en la que el tío Benjamin había ido con la camioneta a Richmond a comprar sacos de embalar y soga de esparto para los novillos. Regresó del pueblo por la tarde, a punto de ponerse el sol, y para entonces Amy aún no había aparecido. Durante la noche los vecinos rastrearon el bosque y todo el cauce del río con linternas, pero no había rastro de ella por ninguna parte. Tampoco estaba en la granja, ni debajo de la cama, ni detrás de una cortina, ni en los establos, ni junto al pequeño muladar de estiércol. Se la había tragado la tierra. Amy jugaba demasiado bien a merodear sin ser vista. Varios días después apareció su botita junto a unas zarzas con unas manchas oscuras de sangre seca en la puntera.

Nadie les castigó a Bogey y a ella por haber desobedecido. Nadie dijo nada. Tal vez pensaban que los niños ya habían sufrido bastante. ¿De qué habría servido un castigo? Al principio Kate pensaba que el día menos pensado volverían a ver a Amy cruzando la verja de la granja con cara de no haber roto un plato, como si tal cosa. Pero una tarde, mucho tiempo después, Kate encontró debajo de la tanqueta de la bomba de agua una cosa pequeña envuelta en una hoja de árbol, una especie de pulserita de semillas atada con una correa de cuero marrón. Era el amuleto que Bogey le había regalado a Amy, del que ella jamás se desprendía. Y entonces Kate sintió por primera vez en su vida la sensación de vacío, como si el vacío fuera un lugar muy raro, ahuecado, donde solo cabía la culpa. Un hueco de una profundidad pavorosa. Pensó que las personas que uno quiere deberían morir con todas sus cosas. Y estuvo mucho tiempo sentada en el sitio prohibido, con las piernas colgando al final del pantalán, la espalda caliente por el sol y los oídos llenos del gorgoteo ensordecedor del agua, hasta que se cansó de llorar. Después aprendió a vivir con ese misterio. Alguien está y de pronto ya no está.

La desaparición del chico le producía en parte una sensación de misterio

semejante. Visto y no visto, *missing*, borrado de un plumazo. Claro que no tenía nada que ver una cosa con la otra, pero cuando la tristeza entra en la cabeza, teje extraños laberintos.

Al principio su preocupación entraba dentro de lo normal en una comunidad tan pequeña como la Residencia, alterada por un suceso imprevisto. Pero a partir del momento de su muerte, el asunto pasó a convertirse para ella en una cuestión personal.

Se sentía comprometida sin saber muy bien por qué: por una frase cogida al vuelo que removi6 algo dentro de ella, por una gracia de mosquetero, por unos cuantos poemas enterrados, por una conversaci6n inacabada... Por nada. Josephine tena raz6n. Siempre haba sido una maldita yanqui entrometida y sentimental y alg6n dfa su manfa cerril de querer buscarle tres pies al gato iba a costarle muy cara.

Kate fue esa ma6ana a hablar con Hans M6ller. El estudiante compartfa habitaci6n con el chico muerto y a6n tena la expresi6n demudada de haber acabado de recibir la noticia. Estaba sentado en uno de los sillones de mimbre del *hall* de la Residencia, con la espalda erguida de un modo antinatural y un vaso de agua en la mano que todavfa no haba probado.

Kate lo salud6 con cierta afectaci6n, como suele hacerse con los familiares de un difunto a quien no se conoce demasiado. Era un chaval grandote, como crecido a trompicones, sin demasiada armonfa entre las distintas partes de su cuerpo, lo que le daba un aspecto algo torpe, de espantap6jaros. Tenfa el pelo de color paja, la piel muy clara y las mejillas arreboladas hasta la punta de las orejas como esas personas que se sonrojan por cualquier cosa. A Kate le dio la impresi6n de que era mayor de lo que le haba parecido de lejos, aunque haba en 6l algo infantil: los ojos redondos, el nacimiento demasiado rubio de las pesta6as, la manera de estar allf sentado delante de un vaso de agua como un animal desvalido.

—¿Est6s bien? —le pregunt6.

6l le respondi6 con una sonrisa caediza. Estuvieron un rato charlando. Hablaba perfectamente espa6ol, se haba criado con una ni6era castellana, de Santo Domingo de Silos, seg6n le dijo. Apenas se le notaba el acento alem6n, salvo que a veces arrastraba un poco las erres. Tenfa una manera algo afectada de gesticular, dejando caer la mano hacia atr6s como si tuviera alg6n hueso roto en la mu6eca. Por alguna raz6n, no parecia sentirse del todo c6modo allf, encogfa los hombros como si algo le produjera un picor en la espalda y adem6s miraba constantemente hacia la puerta para ver qui6n entraba y salfa. Al cabo de un rato dej6 el vaso encima del velador de m6rmol y le propuso ir a su cuarto. Ella pens6 que tal vez quisiera continuar la conversaci6n en un lugar m6s preservado y no le import6 que pudiera resultar inapropiado que alguien la viera entrar en su habitaci6n. El chico no parecia peligroso. No al menos en el sentido en el que una mujer puede temer de un hombre.

El dormitorio era sencillo, casi espartano. Dos camas estrechas, dos mesitas de trabajo. Enfrente de una de ellas haba una l6mina de veinte centfmetros que

representaba a una mujer descalza y cubierta con una túnica de seda, dormida delante de una especie de sarcófago. Kate se fijó bien. Parecía que toda ella flotase enroscada dentro de su propia cabellera larguísima y pelirroja como en un mar de algas.

—La mujer que perdió a su bebé —dijo, levantando las cejas, con aire de interrogación.

Hans asintió sin abrir la boca, todavía cabizbajo.

—Por ahí están los poemas —aclaró, señalando sobre la mesa unos folios sueltos escritos a mano—. No sé si sabes que Rossetti los enterró junto a ella en su tumba y unos años después los amigos del poeta exhumaron los versos y se publicaron en una pequeña editorial.

Parecía tan satisfecho de exponer aquella pequeña muestra de erudición que Kate estuvo a punto de hacerse de nuevas, pero le costaba mentir.

—Ya.

—Ah, ¿lo sabías? —Ella asintió—. Sí, claro, es natural —dijo él con un tono vagamente decepcionado—. Gabo hablaba de eso con todo el mundo.

—¿Gabo?

—Bueno, aquí todos le llamábamos así. Menos el conserje, que le llamaba siempre señorito Gabino. —Hans sonrió con una languidez que aún acentuaba más su desamparo—. No le gustaba nada lo de «señorrito» —puntualizó, arrastrando las erres—, pero se llevaban bien. Siempre que salía por la noche lo sobornaba con unas monedas y si regresaba muy tarde, cuando ya habían cerrado la puerta, saltaba por el muro del pabellón.

—Entonces ¿salía mucho por ahí? —Kate se había apoyado en el filo de la mesa, sin saber dónde sentarse, con la sensación de incomodidad que le provocaban siempre las habitaciones ajenas, las intimidades de otros.

—Oh, claro que salía, por supuesto, todos lo hacemos. Esto no es ningún monasterio de monjes —dijo, dejando caer la mano muerta hacia atrás con un esguince de menosprecio.

—¿Y no sabes adónde iba cuando saltaba el muro? —La curiosidad de Kate era un rasgo genético, como el color del pelo, la piel moteada o su manera personal de querer llegar al fondo de las cosas que no entendía.

Hans hizo un gesto evasivo que podía abarcar todo el universo.

—A veces desaparecía durante un par de días. Había una mujer a la que iba a ver con cierta frecuencia. Extranjera, holandesa, me parece.

—¿Su novia?

La pregunta le hizo esbozar al chico una mueca que a Kate no le pasó desapercibida, como si el gato dormido de sus riñones le hubiera soltado un zarpazo a traición.

—No. No lo sé. Era una mujer casada y mucho mayor que él. Tenía un nombre raro, de artista, Frida Lowmann o algo así. Ella le ayudaba.

—¿A qué clase de ayuda te refieres? —continuó ella cada vez más intrigada.

Cuando su pensamiento tomaba un determinado rumbo, no lo abandonaba fácilmente.

—Le daba dinero —dijo él con un tono apagado, distante.

—¿Y tú crees que ella puede tener algo que ver con su muerte? —Lo miraba interrogante, inmóvil, una mano sosteniendo un codo y un cigarrillo apagado entre dos dedos en alto.

Hans bajó la cabeza como si hasta ese momento no hubiera caído en la cuenta de que estaban hablando de un muerto y se dejó caer en la silla desmañadamente. De repente todo su corpachón se había quedado sin fuerza, igual que un muelle roto. Después levantó la mano derecha con un gesto delicado, casi femenino, y se la llevó a los ojos, tapándoselos con ella a modo de pantalla.

Y en ese momento, sin saber muy bien por qué, a Kate le pareció que Hans Müller debía de estar sintiendo algo parecido a lo que ella había sentido aquella tarde de verano sentada en el pantalán con los pies mojados, el sol en la espalda y el ruido ensordecedor del agua dentro de su cabeza.

—Hace mucho calor aquí dentro —musitó por lo bajo, y se volvió hacia el estrecho hueco que había entre la pared y la cama para abrir el ventanuco. Necesitaba aire. Se quedó allí de pie un rato mirando la distancia que enmarcaban los árboles hacia la acequia que llevaba el agua del riego a las huertas del otro lado de la Castellana, entre Madrid y el campo, en el límite donde terminaba la ciudad. Los misterios.

A los pocos minutos Hans volvió a hablar, de nuevo dueño de sí mismo. A Kate le llamó la atención la rapidez con la que cambiaba de un estado de ánimo a otro, como esas personas excesivamente tímidas que súbitamente son capaces de pasar del llanto al buen humor o de la pena a una explosión repentina de ira como si un velo les cegara la mente.

—No lo sé, no tengo ni idea de lo que pudo pasar, la verdad. Con Gabo nunca podía saber uno a qué atenerse. Era un perro sin amo —dijo con un rastro de hosquedad que a Kate le resultó difícil de calibrar.

—Pero ¿nunca te contó nada? No sé..., asuntos políticos, si tenía problemas o estaba metido en algún lío.

—¿Lío? —El alemán a punto estuvo de echarse a reír—. A Gabo lo perseguían los líos. Formaba parte de su naturaleza. No era una persona que pudiera quedarse al margen.

—Entonces ¿es verdad que estaba metido en política? —preguntaba con la típica soltura americana, combinando el tono cortés con el pragmatismo.

—Yo no he dicho eso —contestó él, poniéndose en pie y elevando el tono airadamente, como si ella hubiera intentado tenderle una trampa. Después se mordió el labio con fuerza y volvió a sentarse, comprendiendo que quizá había sido demasiado brusco. El chico tenía genio, aunque se esforzaba por dominarlo.

—Pero la policía vino a detenerlo aquí mismo, delante de todo el mundo... —insistió Kate. Por el modo en que el joven alejaba los ojos de ella, como si los

deslizara, se dio cuenta de que había algunas cosas que le estaba ocultando.

—En los últimos tiempos detienen a cualquiera —dijo Hans—. Lo mismo ocurre en mi país. Le ponen a uno una pistola en el pecho y lo encaminan a ciegas a su propia tumba.

Aquello no solo era una obviedad, sino que Hans estaba recurriendo a aquella obviedad general para distraerla de algo mucho más concreto. Kate pensó que por aquel camino no iba a conseguir mucho más.

En algún lugar de la Residencia sonaron las campanadas de un reloj. Hasta ese momento Kate no se había dado cuenta de lo tarde que era. Ya no le daba tiempo de llegar a su clase sobre la Generación del 98. El recuerdo del profesor Díaz-Ugarte se plantó ante ella en forma de un roble muy alto con una de sus ramas resquebrajada por el peso de la nieve y sostenida por un pequeño andamio de madera.

—Tengo que marcharme —dijo a modo de despedida.

Hans Müller se levantó despacio de su silla y le tendió la mano, una mano grande y desmadejada. Puede que algo de pronto le hiciese cambiar de opinión o puede simplemente que ella le pareciera inofensiva, el caso es que cuando Kate ya había abierto la puerta para irse, él murmuró algo en un tono casi inaudible que la pilló totalmente desprevenida.

—Es posible que Gabo estuviera implicado en algo —dijo.

—¿Algo? ¿A qué te refieres? —preguntó ella, deteniéndose en seco y girando de golpe sobre sus talones.

—No sé... Conocía a personas importantes. —Hizo una pausa y miró a Kate afiladamente bajo sus delgadas pestañas transparentes. Una mirada que esta vez ella no supo interpretar bien. Contenía algo estrictamente confidencial, desde luego. Pero también algo más, algo dañino, turbio y persistente.

Ella levantó las cejas como si no estuviera segura de haber oído del todo bien.

—¿Qué quieres decir?

Hubo un breve silencio. Kate no se movió un centímetro de donde estaba. Sus ojos eran un puro signo de interrogación.

—Solo eso, que a veces le gustaba moverse... —El chico balbuceó buscando la palabra adecuada—, ¿cómo se dice? En las altas esferas —resolvió, haciendo un tirabuzón en el aire con el dedo—. Esa gente se complica mucho la vida y hay cosas que probablemente no les gusta que salgan a la luz. A nadie le hace gracia que le saquen sus trapos sucios, ¿no? A Gabo se le daba muy bien meter la nariz en los armarios ajenos. Estoy seguro de que averiguó algo. No tengo ni idea de lo que pudo ser, pero imagino que podría tratarse de cosas tal vez comprometidas si llegaran a saberse.

—¿Te refieres a que sería un escándalo? —preguntó ella mientras trataba de figurarse adónde quería ir a parar.

—Sí. Podría decirse así. Un escándalo. —Hans Müller sopesó la última palabra con todas sus consecuencias.

Capítulo VIII

Díaz-Ugarte le indicó al chófer que girara en la Puerta de Fuencarral hacia el portillo de San Bernardo. Se dirigía al antiguo hospital de la Princesa, en la cuesta de Areneros, ahora hospital de la Beneficencia, en cuyas dependencias laterales se hallaba el depósito de cadáveres.

Conocía bien el camino. Hacía algún tiempo había tenido que ir allí a reconocer el cuerpo de una mujer. Una mujer demasiado joven para conformarse con una felicidad hecha a la pequeña medida de las cosas. Una muchacha perdida sin más. A veces le daba la impresión de que fuese algo ocurrido en otra vida, en otro mundo. Y de algún modo así era. Había sucedido al poco de casarse. Todo aquello quedó cubierto por un espeso manto de silencio. El profesor nunca había vuelto a hablar de ello con nadie, y cuando se acordaba, cosa que sucedía con una frecuencia obsesiva a pesar de haber pasado tantos años, experimentaba una especie de retroceso, de ofuscamiento mental. Se acordaba perfectamente de su voz, una voz clara con acento del sur. Voz de mujer morena. Y por un momento volvió a verla con toda nitidez, descorriendo las cortinas, el escorzo de su cuerpo al inclinarse para recoger una prenda del suelo, el hoyuelo de la barbilla, su forma delicada y al mismo tiempo definitiva de decir que no, que nunca más. Al fin y al cabo era comprensible, no podía resultar fácil para ninguna mujer vivir en semejante estado de angustia. Un manto de silencio.

El silencio, junto con el mantenimiento del orden público y las delaciones, era también uno de los principios que inspiraban a la Dirección Nacional de Seguridad bajo el nuevo Gobierno. Las comisarías eran un hervidero de actividad que corría paralela al imparable ascenso de los fascismos en Europa. Se destruían pruebas, se rompían cristales, se arrojaban papeles al fuego, se oían golpes y gritos en mitad de la noche.

El coche giró a la izquierda por el barrio de las Pozas, dejó atrás un viejo almacén de harina y desembocó en una gran explanada presidida por la estatua de Lope de Vega. Díaz-Ugarte le pidió al chófer que esperase allí. El hospital era un enorme edificio de ladrillo, de tres plantas, con ventanas en forma de arco y un cuerpo saliente central, rematado por un frontón triangular. Los pabellones de los enfermos se hallaban a los lados.

El profesor cruzó la verja de hierro de la entrada y se encaminó por el pasillo del tercer pabellón con paso seguro. No quería que nadie le preguntase adónde iba. Había enfermeras yendo de un lado a otro con sus cofias y sus característicos uniformes: blusa de color azul pastel y falda blanca almidonada cruzada con tirantes a la espalda. Algunas portaban palanganas de peltre y otras paseaban en sillas de ruedas a sus pacientes. Díaz-Ugarte continuó su camino decidido. Lo único que le preocupaba era tropezarse con alguien conocido. Bajó una escalera hasta el sótano y llegó a una puerta batiente de salida de incendios que daba al patio de un garaje donde había aparcadas dos camionetas de la Cruz Roja. Un hombre estaba regando a presión con

una manguera los restos de sangre que había en el empedrado sin reparar en su presencia.

El depósito de cadáveres se hallaba al otro lado de la sala de calderas. El profesor lo reconoció por el olor caliente a tasajo de carnicería mezclado con vapor de cloroformo. Se detuvo un instante en la puerta, conteniendo una arcada, y miró hacia el interior.

Era tal y como lo recordaba. Una sala lúgubre a medio camino entre un quirófano y un lavadero. La pileta central de mármol remataba en dos desagües a cada extremo. Había un hombre de espaldas, con bata blanca y guantes de goma, manipulando una sierra quirúrgica que hacía bastante ruido. Al principio no vio al profesor y este aprovechó para acercarse sigilosamente por detrás. Se quedó allí de pie unos segundos, contemplando el minucioso trabajo que el doctor estaba llevando a cabo, hasta que empezó a sentir un ligero cosquilleo en las plantas de los pies y el techo de la sala y las paredes empezaron a diluirse ante sus ojos como agua tras los cristales. Se le nubló la vista.

Cuando volvió en sí estaba sentado en una silla con la cabeza reclinada hacia atrás.

—Pero ¡por todos los santos, Álvaro! ¿Qué demonios haces aquí?

El doctor Ochoa era un viejo conocido, toda una autoridad en patología forense. Un tipo alto y cargado de hombros, con pelo blanco y perilla a lo Pasteur. Estaba de pie frente a él, con un delantal de hule por encima de la bata, e intentaba reanimarlo mediante una gasa empapada en alcohol.

A Díaz-Ugarte le faltó presencia de ánimo para responder a su pregunta, pero hizo un gesto con la barbilla, señalando la pileta de operaciones donde estaba el cadáver.

—¿Le conoces? —preguntó el doctor.

—Era uno de nuestros alumnos becados. —El color comenzaba a volver poco a poco a sus mejillas.

El doctor Ochoa frunció los labios y silbó en silencio. Luego se volvió hacia el cadáver y lo contempló con curiosidad profesional. El cuerpo había permanecido varios días en el agua y la piel se hallaba completamente despellejada en los dedos de las manos y los pies y tenía una coloración gris biliosa, pero, por lo demás, estaba bastante reconocible. El doctor hizo un comentario sobre su parecido con el actor Clark Gable.

—Un chico guapo.

Díaz-Ugarte frunció el ceño y se pellizcó el puente de la nariz como si estuviera haciendo un verdadero esfuerzo por sobreponerse.

—¿Murió ahogado? —preguntó con mesura, la voz todavía debilitada, dando muestras de un interés puramente profesoral.

—No, ya estaba muerto cuando lo tiraron al canal, no hay el menor resto de agua en los pulmones.

—¿Entonces?

—Es un caso interesante, si me permites que lo diga. La mayoría de los muertos que me van llegando no suelen presentar mucho misterio. Casi todos tienen el sello inconfundible de la Brigada Criminal: golpes, hematomas, orificios de bala... —El doctor emitió un resoplido de cansancio—. Al final uno acaba teniendo que presentar los informes forenses de un homicidio a los mismos que lo causaron...

El profesor sacó un paquete de tabaco del bolsillo de la americana y encendió un cigarrillo. Aquel olor agrio mezclado con el formaldehído le resultaba insoportable.

—Lo último que se supo del chico es que fue detenido en la misma Residencia por la Brigada Criminal para ser interrogado. Todos vimos cómo se lo llevaban —dijo exhalando una bocanada de humo—. Al parecer estuvo en las dependencias de la calle Fuencarral, junto al secadero de pieles. Pero el informe policial afirma que fue puesto en libertad esa misma tarde.

El doctor Ochoa suspiró como si de pronto estuviera fatigado.

—No sé, Álvaro, lo único que puedo decirte es que a simple vista no muestra ningún signo externo de violencia, nada que permita suponer una agresión.

—Entonces ¿qué sentido tiene hacerle la autopsia?

—Es un procedimiento que seguimos con todos los ahogados. Siempre hay que tener en cuenta la posibilidad de que haya habido un intento de ocultar la verdadera causa de la muerte; además, tirar un cuerpo al agua puede ser una forma de encubrimiento para los supuestos homicidas, ya que los cuerpos suelen ser arrastrados por la corriente y aparecen en sitios bastante alejados del lugar del crimen.

—Y dices que ya estaba muerto cuando lo echaron al canal...

—Sin ninguna duda.

El profesor ladeó la cabeza y lo miró con aire reflexivo.

—Entonces ¿cuál dirías tú que pudo ser la causa de la muerte?

El doctor Ochoa se acarició la perilla e hizo una pausa, como si esa fuese una pregunta que requiriese una profunda meditación antes de responder.

—Murió empalado.

—¿Empalado?

—Sí. Es un método de tortura medieval que se empleaba mucho en el Imperio otomano como una forma de humillación a la virilidad que apenas deja huellas externas. Lo atravesaron con una estaca por el recto. Una especie de asta afilada en la punta como un lápiz. Presenta hematoma escrotal, desgarramiento de vísceras y perforación del intestino con hemorragia interna. Puedes echarle un vistazo al informe si quieres —dijo señalando un cartapacio encima de la mesa—. Me he esmerado en los detalles, incluyendo el menú de su última cena, por si te interesa. ¿No quieres saberlo? —Díaz-Ugarte hizo un gesto de desagrado y negó con la cabeza, pero el doctor no estaba dispuesto a ahorrarse aquella información—. Ostras con caviar y champán francés. No parece el menú habitual de un estudiante ni de un condenado a muerte. ¿No crees? Es todo lo que puedo decirte. Si quieres saber más

sobre la vida que hacía este muchacho, tendrás que apañártelas solo —dijo, dándole al profesor una palmadita en la espalda mientras lo acompañaba a la puerta. Y después, cambiando de tema, añadió en un tono más reservado—: ¿Y a ti qué tal te va después de todo este tiempo?

La pregunta hirió los oídos del profesor como un aguijonazo. «Todo este tiempo» era una manera de no llamar a las cosas por su nombre, de no mencionar la sogá en casa del ahorcado, por así decirlo. La última vez que ambos se habían visto fue una lejana mañana de invierno, cuando Díaz-Ugarte había tenido que ir al depósito a reconocer el cuerpo de una mujer muerta en extrañas circunstancias. Pero los dos sabían que no iban a comentar nada de aquel asunto. Agua pasada.

—Por lo que se ve —comentó el doctor mirando a Álvaro de arriba abajo—, no te ha ido mal del todo desde entonces.

Díaz-Ugarte frunció el ceño.

—No puedo quejarme —contestó escueto, y el ángel de la muerte vino a tocarle un hombro con el ala.

Pensó en aquella muchacha morena con un hoyuelo en la barbilla, la mujer que no supo esperar. La gente joven no sabe hacerlo, o no quiere. No es capaz de dejar que pase el tiempo. No soporta la incertidumbre, se hace ilusiones, se atormenta. No sabe que nada permanece inalterable para siempre. Ella era muy joven e impaciente. La vio con toda claridad abierta en canal de arriba abajo sobre la piletá de disección, las piernas largas y estiradas, el rostro exangüe de virgen suicida. Díaz-Ugarte sentía el interior de la boca completamente seco. De pronto tuvo ganas de tomarse una copa. Un trago largo. O dos. Hacía tiempo que había perdido la cuenta de sus *brandys*.

Fuera la mañana era soleada, con un soplo de brisa que agradeció en el rostro.

Se dirigió al coche que le esperaba en la plaza.

—A la Granja del Henar —le dijo al chófer.

Durante todo el trayecto procuró concentrarse en el asunto que tenía entre manos, tratando de no pensar en todas las otras cosas en las que prefería no pensar.

Un nombre le rondaba la cabeza: José Hidalgo. Un viejo reportero en decadencia ahora que ya no había demanda de los grandes reportajes sociales de la época dorada de la monarquía. Un individuo calvo y bajito, de apenas metro y medio, al que todo el mundo llamaba el Búho por sus grandes gafas redondas de cristales ahumados. Siempre andaba revoloteando de fiesta en fiesta. Un tipo poco fiable. Pero si había alguien en Madrid que supiera quién era quién en el mundo de los hoteles y restaurantes de lujo, ese era él. Tenía un archivo completo de todas las grandes familias y conocía desde lo que tomaban para cenar hasta lo que guardaban en el armario. Aunque, que él supiera —recapacitó—, los únicos sitios en Madrid donde se servían ostras con champán francés eran el Club Jazmín y el cabaré del Palace.

Recordando las palabras del doctor Ochoa, decidió que tal vez un día de aquellos debería pasarse a hacerle una visita al Búho. Últimamente el negocio de los ecos de sociedad no debía de marchar tan bien como para que el periodista se permitiera

rechazar unos cuantos billetes extra.

La terraza de la Granja del Henar estaba bastante concurrida a aquella hora. Díaz-Ugarte pidió su coñac, sacó unas monedas y las colocó sobre la mesa, jugando a alinearlas y desalinearlas con aire ausente.

Cuando levantó la cabeza, por un breve instante, apenas el tiempo entre dos parpadeos, creyó ver a Kate bajando por la calle Alcalá, alta e inconfundible. Las puntas rubias del cabello oscilando sobre los hombros, los andares atléticos, de jugadora de críquet. Buscaba con la vista a alguien entre la gente que tomaba el vermú en la terraza, como si llegara tarde a una cita, con la mano en forma de visera sobre la frente para protegerse del sol. Iba vestida con un atuendo deportivo, que todavía acentuaba más su aire extranjero: suéter marinero de rayas blancas y azules y pantalón liviano.

Díaz-Ugarte esperó unos segundos a que disminuyera un poco el ritmo del caballo que le galopaba en el pecho y le hizo una seña con la mano en alto.

Ella sonrió, inclinando un poco la cabeza. Mientras se acercaba a la mesa, el profesor percibió en su actitud una recobrada timidez, como si los días que llevaban sin verse hubieran interpuesto entre ellos una barrera, dejando de algún modo en suspenso el vínculo inicial, y fuera preciso tantear el terreno de nuevo. Medir las distancias.

—*May I?* —dijo Kate, recatadamente, mientras colocaba su mano sobre el respaldo de la silla, antes de sentarse.

Capítulo IX

Durmió mal. Dio vueltas y vueltas en la cama, desvelada, oía los ruidos de las cañerías en la pared contigua, sin poder conciliar el sueño, y cuando al fin lo consiguió, lo hizo de un modo inquieto, sin acabar de perder nunca de vista el trazo de luz que se colaba por las rendijas de la persiana de su habitación para señoritas en la residencia de la calle Fortuny. Por más que lo intentaba, no era capaz de distanciarse de lo ocurrido. La guerrera sioux que habitaba en su interior ardía en deseos de vengar la muerte del chico. Estaba dispuesta a llegar hasta el fondo. Contra todo sentido común, las muchachas del Oeste crecían en la idea de que las cosas irremediables podían tener algún arreglo. No era una creencia fundada en los principios de la ley ni mucho menos, pero formaba parte de una mitología doméstica, como el mapa, la tableta de chocolate y la linterna. Hans Müller había hablado de un escándalo. ¿Qué quería decir un «escándalo»? ¿Qué significaba en realidad esa palabra? A Kate le pareció que en el duermevela de la madrugada las horas adquirían una lentitud extrema.

Imaginaba que se hallaba en el centro de una gran telaraña sostenida en el aire con miles de finísimos hilos de plata, que formaban una delicada y asombrosa red en la que iba cayendo todo tipo de seres incautos: una avispa, un escarabajo, una mosca... En sueños a veces es posible sentir esa clase de iluminación que le permite a uno ver el diseño de la trampa que tiene delante, aunque no sepa cómo evitarla.

Nunca le había resultado fácil separar los sueños de la realidad.

En una ocasión, cuando la operaron de apendicitis, Kate soñó que hacía una travesía en barco por el océano y cuando se despertó en su habitación del hospital vio a través de la ventana un lobo blanco. Estaba quieto y solitario junto a la rampa de entrada de las ambulancias, como una presencia que debía ser aceptada. Al principio pensó que también formaba parte del sueño, porque había estado leyendo un libro de Jack London en cuya portada había un perro lobo aullando en medio de la nieve. Pero no eran figuraciones suyas. El solar donde se levantaba el hospital de Saint Lawrence había sido una antigua reserva de caza. Las enfermeras paseaban a los pacientes en sillas de ruedas por ese mundo salvaje desaparecido. De noche no lo veía, pero sabía que el animal seguía ahí, vigilante. Obligándola a mantenerse alerta. Su presencia le parecía lo más aceptable de todo lo que rodeaba aquel pabellón de enfermos. A veces tardaba en aparecer, pero siempre volvía al alba, con el primer relevo de enfermeras a las seis de la mañana.

Un lobo blanco.

Se despertó pasadas las diez. Se dio una ducha rápida para despejarse y se miró en el espejo. Estuvo estudiándose un rato de un modo reflexivo y cauto, con la cabeza ladeada, como si de pronto se encontrase frente a una desconocida. Los ojos somnolientos, con un pequeño cerco oscuro alrededor, el mentón huesudo. Se acercó un poco más y percibió algo en la mirada, algo reciente que, desde luego, no estaba

antes de su viaje a España, algo que no supo o no quiso interpretar. ¿Quién era ella por aquel entonces? Carecía de una percepción exacta de sí misma. Si tuviera que inventarse una identidad, sería la de una mujer asomada a la ventana de una vida nueva en un país extranjero con una ranita viva latiéndole entre las costillas que no le dejaba pensar con claridad. ¿Sería eso estar enamorada? Se aplicó una base de crema hidratante por todo el rostro y un toque ligero de polvos. Volvió a mirarse y enarcó una ceja. El resultado no acababa de convencerla. Después sacó la barra de labios del cajón de tocador y, entreabriendo ligeramente los labios, perfiló su sonrisa con un rojo furioso. Eso estaba algo mejor.

No tardó mucho en vestirse. Se puso una falda ceñida en la cintura con bolsillos a los lados y una sencilla camisa blanca, cogió al vuelo el bolso del perchero y salió a la calle sin acabar de secarse el pelo, con las puntas goteándole sobre los hombros. A pesar de haber dormido poco, sentía una extraña exaltación vital, una intensa energía física cuya causa no acertaba a explicarse o prefería no hacerlo. Le gustaba caminar por la calle, mezclada entre el gentío, pararse en los escaparates de las tiendas, detenerse ante los carteles de propaganda política que inundaban los muros — esvásticas, hoces y martillos, yugos y flechas...—, abrirse paso en el desorden de las aceras con los ojos bien abiertos, el bolso en bandolera y las manos en los bolsillos. Y así fue como la vio aparecer el profesor Díaz-Ugarte en la pequeña plaza donde habían quedado en encontrarse, uno de esos rincones sombreados de Madrid con árboles sobresaliendo por encima de la tapia de un convento, no muy lejos de la redacción de *La Voz*.

Tampoco él había dormido mucho aquella noche. Se había levantado temprano y le había dicho a su esposa que tenía un asunto administrativo que resolver en el ministerio. Ella lo había mirado de soslayo y había continuado sentada en el velador de mármol de la galería que daba a la calle Velázquez, donde acostumbraban a desayunar. Mari Paz no era una mujer dada a hacer muchas preguntas. Se limitó a posar la taza de café en la mesa y erguir un poco la espalda cuando él se inclinó para besarla en la frente, pero siguió allí sentada, inmutable, en el sillón de terciopelo granate que tenía el color de una herida mal curada.

El profesor sintió un malestar impreciso al despedirse de ella, una especie de pesadez en el pecho. Se veía a sí mismo como esos maridos que dicen adiós a su mujer con una mirada de fidelidad tan penetrante que en ella se podía rastrear hasta la última promesa de la noche de bodas. Matrimonios felices, que compartían las alegrías y las angustias, el éxito y los fracasos, la salud y la enfermedad. Él había visto hombres así, que cerraban con cuidado el frasco de un jarabe y tomaban la mano de su mujer con infinita ternura. Y luego había visto también al mismo hombre cerrar la puerta de casa y encaminarse a toda velocidad a la habitación de una amante que le esperaba dispuesta para la danza de los siete velos mientras la esposa se quedaba planchando en la cocina con mirada soñadora.

Qué terrible era el sentimiento de la piedad. ¿Por qué nunca había estado

enamorado de ella?, se preguntó con desolación. Era una mujer guapa, culta, que le había ayudado mucho en su carrera. Recordó la primera vez que había estado con ella, antes de casarse, en uno de los salones de la mansión de su suegro durante una fiesta de Fin de Año. Él era entonces un joven precoz con ambiciones literarias que había ganado un importante certamen de poesía. Después de las campanadas ambos se habían ocultado en una de las habitaciones del servicio. Al principio ella se había dejado hacer con una timidez algo ensayada, pero luego lo había apresado entre sus muslos con tal fuerza que él supo con toda certeza que nunca encontraría el modo de salir de allí.

Desde luego, si no hubiera sido por ella, no habría alcanzado el cargo que ocupaba en la Secretaría de Comunicación y Relaciones Culturales del ministerio. Quizá si hubieran tenido hijos, ella no se preocuparía tanto por él, no mostraría un desvelo tan maternal. Y luego estaba lo otro. Aquello de lo que nunca se hablaba, el episodio de la mujer del hoyuelo en la barbilla. También en aquel momento, cuando él estaba hundido y paralizado por el miedo, cuando ocurrió lo que ocurrió y el mundo se le volvió un infierno y perdió la entereza, Mari Paz había sabido perfectamente qué hacer. Era una mujer concienzuda y meticulosa, no hacía falta más que ver la forma en la que abría el cierre de su bolsito negro cada vez que se asomaba a su interior. Tenía con ella una deuda impagable.

Lo que más le había impresionado no había sido la sangre fría con la que su mujer había afrontado las consecuencias de su infidelidad como si formara parte de sus obligaciones conyugales, sino su capacidad de absolución, de situarse por encima del bien y del mal, por así decirlo. Siempre preocupada por protegerlo del mundo y sobre todo de sí mismo con una actitud de esposa sufrida y abnegada, dispuesta a defender como fuera el pequeño universo familiar. No era nada perceptible, apenas una forma de quedarse sentada en el sillón granate, de moverse por la casa con lentitud, como si le doliese un poco la espalda, pequeños gestos de infinita paciencia, frases dichas al azar confundidas con otras frases de sobremesa, tan ligeras y aparentemente intrascendentes que muy bien podía habérselas llevado el viento. Pero no. El viento no se las llevó.

Díaz-Ugarte no sabía si lo que sentía hacia su mujer era humillación o una profunda gratitud. Esa era una pregunta que no había dejado de hacerse ni un solo minuto, todos los días, desde el momento en que ocurrió.

Pero lo que definitivamente le había hecho contemplar a su esposa bajo una mirada completamente distinta y, en cierto sentido, abrumadora fue el riguroso manto de silencio que ella se preocupó de extender sobre el asunto. Hacía falta mucho poder para conseguir algo así y más en una ciudad como Madrid. Aquello lo había dejado literalmente a su merced, atado de pies y manos a ella para siempre. Quizá fuera eso, pensó, al recordar el abismo que se había abierto entre ellos a partir de aquel suceso. Una distancia no demasiado patente a simple vista, pero de una profundidad insondable. Nadie puede amar a una mujer con la que ha contraído una deuda de

semejante magnitud.

Díaz-Ugarte subió con desgana las escaleras de *La Voz*, un lóbrego edificio con una placa metálica en la puerta. La redacción era un enjambre de actividad febril, con el rumor monótono del tecleo interrumpido solo por el sonido del rodillo y el retinglar de los timbres de las máquinas de escribir. Todo el mundo estaba pendiente aquella mañana del discurso del presidente del Gobierno sobre la reforma constitucional que se iba a debatir en las Cortes. Alejandro Lerroux parecía dispuesto a cargarse de un plumazo todo lo que la Carta Magna tenía de avanzado y democrático y la izquierda republicana se hallaba en pie de guerra. El profesor atravesó la densa humareda entre las mesas de los redactores con manguitos y viseras hasta que llegó al cuchitril donde lo esperaba Hidalgo.

Sobre el escritorio humeaba un cigarrillo en un cenicero colmado de colillas. A un lado de la máquina, el secante verde y varias cuartillas. El periodista levantó los brazos y, echándose hacia atrás en el sillón, entrelazó los dedos de ambas manos detrás de la nuca.

—Creía que ya no ibas a venir —dijo mirándolo a través de los cristales azul ahumado de sus gafas de búho. Llevaba tirantes por encima de la camisa y una pajarita roja de tartán escocés que le daba un aire aún más estrafalario de enanito de Blancanieves—. Tú dirás... —añadió, y le indicó con un gesto que podía sentarse.

—Necesito cierta información sobre el chico que encontraron en el canal.

—¿El estudiante? —preguntó Hidalgo, con un destello de connivencia.

—Sí. —El profesor estaba sentado en diagonal frente a la mesa, con una rodilla sobre la otra, en una postura constreñida sin lograr encajar las piernas en aquel espacio tan reducido.

—¿Por qué será que todo el mundo se interesa por ese muchacho esta mañana? Como si no tuviéramos bastante con el discurso del presidente. —Hidalgo era el típico reportero de la vieja guardia a quien los asuntos políticos le traían al paio.

—¿Tenéis algo nuevo sobre el asunto?

—Nada. Solo lo que publicamos en la edición del miércoles. —El periodista no había cambiado la expresión, como si encontrara aquella situación divertida, en cierto modo—. Y no creo que vaya a salir nada más. El ministerio nos ha dado instrucciones de que no toquemos el tema, de que nos limitemos a dar un breve y punto.

—¿Y eso por qué?

—Vete tú a saber. Quizá el chico andaba metido en algún fregado que no quieren que se airee. —Hidalgo apagó el cigarrillo en el cenicero, que ya rebosaba de colillas—. Hay mucha actividad últimamente en ciertos tugurios.

—Por lo que yo sé —se aventuró el profesor, intentando dar la impresión de conocer el terreno que pisaba—, al chico no le gustaban los antros. Frecuentaba más bien locales de lujo, el cabaré del Palace y sitios así.

—Tal vez tenía amigos poderosos —dijo Hidalgo guiñándole un ojo.

—Entonces ¿sabes algo? —El profesor hizo el gesto de llevarse la mano a la cartera.

—Bueno, está esa mujer —dijo el Búho, recuperando repentinamente la memoria —, Frida Lowmann, una auténtica belleza, la esposa de ese millonario holandés de los casinos.

—¿Te refieres a Daniel Strauss? —preguntó el profesor. Todo el mundo en Madrid conocía al empresario.

—Sí, ese que sale siempre en las revistas acompañado de actrices, boxeadores, toreros y gente de la farándula.

—¿Insinúas que había algo entre el chico y esa mujer?

Hidalgo soltó una breve risita, floja al principio, que poco a poco fue derivando en un violento ataque de tos típico de fumador. Cuando se recuperó, acabó dando palmaditas en la mesa con la mano abierta, como si la pregunta le hubiera resultado enormemente divertida.

—Francamente, no creo que puedan ir por ahí los tiros. El muchacho era..., bueno, ya me entiendes. —Sonrió entre dientes.

—¿Un poco mariquita, quieres decir?

—Eso mismo. Hay muchos así, son chicos inteligentes, artistas, almas sensibles... —El periodista remarcó adrede con retintín sus últimas palabras, como si estuviera a punto de echarse a reír de nuevo.

Si Díaz-Ugarte acusó la impertinencia, no mostró señales de darse por enterado. El profesor seguía escuchando desde una calma profunda y, en apariencia, inmovible. Sabía que algunos poetas y amigos de la Residencia de Estudiantes habían inventado una palabra en clave para designar el amor entre hombres, el «epentismo». Muchas de las mejores plumas pertenecían a ese selecto club: Lorca, Vicente Aleixandre, Cernuda... Cada uno con su secreto en el corazón y el ego en órbita.

—Tengo entendido —continuó Hidalgo después de un ligero carraspeo— que la policía está trabajando sobre la idea de que su desaparición pudiera tener algo que ver con el hecho de que el chico fuera homosexual.

El profesor estuvo unos segundos meditando la información, mientras miraba por el ventanuco de la izquierda la vista que ofrecía el patio de luces, con las paredes desconchadas y renegridas por el humo de las calderas. Después empujó el sillón hacia atrás con las piernas hasta que el respaldo golpeó el tabique de la pared. Depositó un billete morado encima de la mesa con aire ausente, como si fuera un detalle sin importancia.

—Cualquier cosa que puedas sacar sobre el asunto, ya sabes dónde encontrarme —dijo antes de irse.

—Descuida, nunca viene mal un poco de dinero extra. —El Búho ensanchó la sonrisa hasta las orejas—. Te llamaré.

Díaz-Ugarte pensaba en todo ello, tratando de atar cabos entre las informaciones

deslavazadas y confusas que había ido recabando hasta el momento. Qué extraño era el modo en que las cosas se le metían en la cabeza hasta convertirse en una obsesión. ¿Qué hacía él, un catedrático de Literatura, comportándose como un detective de novela barata? No, decididamente las obsesiones no eran fáciles de entender, se le introducían a uno bajo la piel por muy curtida que creyese tenerla. Eso pensaba exactamente cuando vio acercarse a Kate por el fondo de la plaza con el bolso en bandolera y las manos en los bolsillos.

Quería ofrecerle el mundo a aquella mujer. No sabía por qué, pero quería hacerlo. Quería estar a la altura de esa distinción peculiar que la caracterizaba y la diferenciaba del resto de las mujeres habidas y por haber. Escribía poemas a todas horas para salvar las distancias, como si quisiera mantenerla en un mundo aparte. Se sentía un poco abochornado consigo mismo por haber sucumbido a semejante estado de enajenación pueril, pero al mismo tiempo se consideraba un tipo afortunado. Por alguna razón ella esperaba de él que se comportase como un caballero andante de brillante armadura, capaz de hacer frente a molinos de viento de toda clase, y por nada del mundo quería defraudarla. Quería enseñarle todo sobre el país. Poesía, arte, pintura..., como si esa fuera una cierta manera de posesión, un estímulo nuevo, incontrolable. No solo aspiraba a tocar su cuerpo, a besarla y adentrarse en ella despacio. Quería también tocarle el alma, provocarle esa clase de estremecimiento que solo se siente ante algunas obras de arte.

Precisamente habían quedado allí para visitar un claustro románico en un antiguo solar abandonado. Un lugar cuya existencia conocía muy poca gente, ya que las ruinas habían sido compradas por un particular durante la subasta de bienes eclesiásticos en tiempos de Isabel II y posteriormente trasladadas a Madrid. Quería que ella viese esos ángeles torvos de los capiteles, con alas que parecían hechas de navajas y cuchillos, ángeles con intenciones torcidas, ángeles desesperados. Quería que sintiera el frescor de la piedra, que imaginara la luz pura del canto gregoriano. Quería transmitirle la sabiduría de ese mundo de pasiones elementales, soberbio y bárbaro al mismo tiempo, de una espiritualidad brutal. España.

Además ella parecía tan sugestionable... Sobre la mesa, junto a una taza de café, reposaba una flamante segunda edición del libro *Campos de Castilla*, de Antonio Machado. Díaz-Ugarte vio cómo Kate acariciaba la cubierta del libro de poemas que él había comprado para regalarle aquella misma mañana en una librería de la calle San Ginés. La punzada de vértigo que sintió no tenía que ver con la crudeza inmediata del deseo, sino con la mera incertidumbre de su posibilidad.

Hacía una mañana de verano espléndida, con cierto olor dulzón a fruta madura, una mañana luminosa, radiante, llena de posibilidades. El sol relumbraba en todas las esquinas, alentando una felicidad al alcance de cualquiera. Díaz-Ugarte extendió un brazo para tocarla. La felicidad. Pero por alguna razón detuvo la mano con cautela a escasos centímetros de la de Kate. Estaban en una terraza expuestos a las miradas de todo el mundo. Después la fue retirando muy despacio, un poco azorado por el

atrevimiento, y la desvió torpemente hacia el bolsillo de la chaqueta para sacar el paquete de cigarrillos. Se entretuvo en deshacer minuciosamente el envoltorio de celofán y le ofreció tabaco. Ella sonrió como hacía a veces, enarcando un poco las cejas, con altivez, como si se burlara un poco de él. ¿Qué clase de hombre no se decide a dar un paso?

Alguien ama. Alguien muere. Alguien escribe palabras de amor atropelladamente en los márgenes de un libro. Había muerto un joven, un estudiante, probablemente asesinado. Algo había ocurrido y algo más estaba a punto de ocurrir, porque ese era el orden natural de las cosas. Los hechos se suceden uno tras otro, encadenados. Se precipitan como la crecida de un río que se lleva el mundo por delante. Pero todavía no. Todavía quedaba un pequeño margen de tiempo. Una ligera posibilidad de alterar el curso de los acontecimientos.

Díaz-Ugarte miraba a Kate y no acababa de creerse que estuviera allí sentada a su lado, con gafas de sol, el pelo húmedo y una camisa blanca todavía mojada en los hombros. Los labios más rojos de todo Madrid en aquel verano.

Capítulo X

Don Álvaro, lo llaman al teléfono.

Eran casi las diez de la noche. Del otro lado del hilo la voz sonó extremadamente cortés y tranquila, con un ligero acento europeo. Se disculpaba por llamarlo tan tarde.

—No —respondió él—. No es tarde en absoluto.

En realidad llevaba esperando aquella llamada desde hacía un par de días. Álvaro Díaz-Ugarte era un hombre inteligente, pero hasta el momento había desarrollado su inteligencia en el marco puramente teórico de la investigación universitaria. Nunca la había puesto a prueba en un caso práctico, por decirlo de alguna manera. Él era un intelectual, no un policía. Se había involucrado sin saber muy bien por qué en la investigación de un crimen como un Sherlock Holmes de tres al cuarto y no tenía la más remota idea de adónde podía conducir todo aquello.

Le había llevado mucho tiempo ordenar en su cabeza los datos que tenía. Los había guardado en un rincón de la memoria, intuyendo que, por alguna razón, un día significarían algo y entonces cada cosa encajaría en su sitio. Pero de momento todo era una incógnita. El profesor había pensado mucho en el gran magnate del juego y en su bella esposa, Frida Lowmann, sin alcanzar a comprender qué relación podían tener ambos personajes con un estudiante de Filología cuyo cuerpo había sido extrañamente torturado. Eran personas que pertenecían a universos diferentes, sin nada en común. Especies aparte, abismales, como los perros vagabundos y las garzas reales, por poner un ejemplo. Y entonces fue cuando de repente se le encendió una luz. Más exactamente fue como si se hubiera iluminado una ciudad entera dentro de su pensamiento. De pronto recordó algo que el doctor Jiménez Fraud había comentado de pasada. Algo sobre un dinero extra que el chico sacaba haciendo papeles secundarios en alguna película. Claro. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Los estudios de cine.

En algún lado había leído que el matrimonio holandés había invertido parte de sus beneficios en los recién creados estudios CIFESA. Fue entonces cuando puso a engrasar toda la maquinaria de sus contactos para conseguir una invitación del matrimonio a alguna de sus selectas veladas.

La ocasión se había presentado con motivo del cóctel que ofrecería la pareja el sábado en el hotel Palace para presentar al recién nombrado cónsul holandés, un viejo amigo de la familia.

—Será un honor para nosotros recibirle mañana. —La voz aristocrática al otro lado del teléfono fue seguida de un breve silencio. El profesor no sabía cuál era la fórmula de cortesía que debía emplear para agradecer la invitación y esperó a que la mujer hablara de nuevo—. Estas recepciones, como sabe, suelen ser bastante aburridas. Estoy segura de que encontraremos en algún momento un lugar para hablar a solas.

—Desde luego, señora Strauss.

—Llámeme Frida, querido. O señora Lowmann, si lo prefiere —añadió en un tono sumamente cordial—. Me ha costado una fortuna mantener mi apellido de soltera. Al fin y al cabo, el matrimonio no deja de ser una pequeña eventualidad si se compara con la antigüedad de todo un árbol genealógico, ¿no cree?

La risa del profesor le llegó a través del auricular como un eco contenido.

—Será un verdadero placer hablar con usted, señora Lowmann —dijo.

El salón del hotel Palace refulgía en la noche con la fastuosidad de un palacio. El *hall* central estaba iluminado con centelleantes arañas de cristal, mientras los reservados laterales permanecían en una suave penumbra a la luz de los quinqués, que creaban en torno una atmósfera rojiza más propicia para las confidencias o la intimidad de las parejas.

La asistencia al cóctel era relativamente numerosa. Estaba todo el cuerpo diplomático de las cancillerías, algunos oficiales del ejército y las fuerzas vivas de la sociedad madrileña: comerciantes, banqueros, altos funcionarios del Gobierno. No había escritores. Díaz-Ugarte era el único representante del mundo académico que había sido invitado. Acudió de esmoquin y acompañado. No era lo más prudente, desde luego. Pero Katherine Moore era una mujer demasiado testaruda como para llevarle la contraria.

Se presentó enfundada en un traje negro muy entallado con la espalda al aire y unos zapatos altos de raso con los que le sacaba casi un palmo. No llevaba joyas. Era la única mujer que no lo hacía en aquel entorno tan sofisticado, y ese detalle aumentaba todavía más su distinción. La melena lisa y luminosa, los hombros bien torneados, la mirada expectante. Díaz-Ugarte le cedió el paso en la entrada y la vio subir con garbo delante de él las escaleras de mármol, procurando no fijarse demasiado en el contoneo de sus caderas. Todo un caballero.

El bufé estaba al fondo sobre un mantel de hilo adornado con guirnaldas. Había bandejas de canapés y cuencos con almendras y aceitunas. En los extremos, unas cuantas cubiteras de hielo con champán francés, y en el centro, varias fuentes de ostras salpicadas con rodajas de limón y platillos de porcelana que contenían unas relucientes bolitas negras y húmedas como el hocico de un galgo. El profesor supuso que debía de tratarse del famoso caviar ruso. Una docena de camareros vestidos de etiqueta, con guantes blancos, se encargaban de servir los aperitivos, manteniendo las bandejas en el aire llenas de copas en un milagroso equilibrio.

—Espero que estén disfrutando, queridos —dijo una voz a su espalda. Díaz-Ugarte se volvió tan deprisa que a punto estuvo de derramar al suelo el contenido de su Martini.

—Oh, sí —contestó—. Una fiesta maravillosa, señora Lowmann. Permítame que le presente a Katherine Moore, nuestra huésped americana.

—Encantada de conocerla, señorita Moore. Ya había oído hablar de usted, pero es todavía más hermosa de lo que me habían dicho.

Kate esbozó una frágil sonrisa de agradecimiento mientras le tendía la mano.

Frida Lowmann debía de haber sido una mujer muy guapa. Kate se fijó en su perfil clásico, de emperatriz romana, perfectamente maquillado. ¿Cómo se llamaba la mujer de César? Livia o Pompeya, algo así. No recordaba bien. Vestía un elegante traje de cóctel azul noche que estilizaba su silueta. Tenía el cabello oscuro con algunas hebras plateadas en las sienes y lo llevaba recogido en un tocado del tamaño de una golondrina, con medio velo de redcilla sujeto por un alfiler de perla. En todo momento hizo honor a su condición de anfitriona, mostrándose encantadora y acompañando siempre sus palabras de una sonrisa, pero sin perderse nada de lo que sucedía a su alrededor. Al mismo tiempo que conversaba, saludaba brevemente con un gesto a alguien que pasaba, estaba pendiente de los camareros y levantaba levemente la cabeza para observar al resto de los invitados, atenta hasta al más mínimo detalle.

En un ángulo del salón, un oficial español conversaba amigablemente con el cónsul alemán, un tipo con anteojos de montura dorada y uniforme militar, que lucía en la solapa la insignia de los veteranos de guerra. A Kate le sonaba de haberlo visto en la fiesta de la Residencia, el día en que detuvieron al chico. Hablaban de política. El viejo debía de estar un poco sordo, porque elevaba demasiado la voz, como si los demás también fueran cortos de oído. Decía algo sobre las fronteras anteriores a 1918 y de cuando Alemania había corrido a patadas a los franceses en Sedán. Pero no se limitaba a hurgar en las viejas heridas de guerra. El cónsul también condenaba la debilidad del Gobierno español, que permanecía de brazos cruzados mientras los soviéticos se estaban infiltrando a través de los sindicatos por todo el país.

—Fíjense en nosotros. Hace unos años Alemania era un país vencido, humillado. Hoy, sin embargo, somos la primera potencia de Europa. —Se le hinchaban las venas del cuello de fulgor patriótico. Al oírle casi se podía sentir el retumbar de las botas militares desfilando por la Wilhelmstrasse el sonido de fondo del *Horst Wessel Lied*.

La llegada de la mujer del cónsul francés y la esposa del ministro español de Fomento hizo que la conversación cambiara oportunamente de rumbo, derivando hacia la futura boda en Roma de don Juan de Borbón y doña Mercedes de Borbón y Orleans. Los monárquicos también tenían sus sueños.

Kate tomó al vuelo una copa de jerez de la bandeja y se perdió entre los invitados con sus pasos ágiles de huesos largos. No conocía a ninguno de los presentes y suponía que tampoco nadie la conocía a ella. Ese desconocimiento por una parte la hacía sentirse protegida, pero por otra la sumía en una constante expectación. Sentía las pupilas de algunos de los asistentes clavadas en ella, detenidas justo en el límite de la buena educación. Gente fina.

La sensación de estar siendo observada no era algo nuevo. Percibía el rumor espaciado de las conversaciones a su alrededor como un murmullo, mezclado con un tintineo de joyas y copas de cristal y con el crujir de los vestidos de gala. De vez en cuando alguien rozaba el borde de una copa con la suya produciendo un breve tañido. Chin-chin.

Una parte de ella disfrutaba con ciertas dosis de vida mundana. Durante unos veinte minutos conversó animadamente con varias personas a quienes no había visto en su vida. De vez en cuando se abría un hueco en un corro y asomaba la cabeza como un pájaro. En uno de esos círculos reconoció a Daniel Strauss, un tipo alto y rocoso de hombros anchos con la típica nariz judía y una calva de solemnidad que lucía a la antigua, con los cuatro cabellos largos de la crencha derecha cruzándole el cráneo.

—Discúlpeme que le hable claro —decía el magnate, dirigiéndose a un hombre de cejas espesas y sonrisa untuosa y afable en el que Kate creyó reconocer al ministro de Hacienda—, pero he invertido mucho dinero en su país y no me gustaría perderlo. Hay muchos otros lugares en el mundo donde hacer negocios sin estar sometido a los vaivenes de la política —añadió sin abandonar el tono vagamente agraviado.

—Puede estar usted tranquilo. No hay ninguna crisis de Gobierno, si es eso lo que le preocupa —le respondió el ministro.

—¿Está usted seguro?

—Por supuesto, amigo mío. Por supuesto.

En ese momento Kate notó dos dedos posados en su hombro izquierdo. Cuando se volvió, Díaz-Ugarte le susurró algo al oído. Después ambos se encaminaron a uno de los reservados donde les esperaba Frida Lowmann.

—Discúlpeme que hasta ahora no les haya podido hacer mucho caso. Me temo que soy una pésima anfitriona —sonrió, poniendo una mano sobre la muñeca de Kate a modo de disculpa—. Me parece que querían preguntarme algo sobre Gabo —dijo finalmente refiriéndose al chico con el apodo que utilizaban sus amigos más íntimos.

—Creo que ya está usted al tanto de lo ocurrido —dijo Díaz-Ugarte.

—Sí, ahórreme los detalles más lúgubres, si no le importa. Se lo agradecería.

Kate se inclinó un poco hacia delante para hablar.

—Su compañero de habitación nos ha dicho que usted le ayudaba —empezó diciendo.

—¿Su compañero de habitación? Supongo que se referirá a ese chico alemán grandote que no lo dejaba ni a sol ni a sombra. Un muchacho bastante huraño, por cierto. Nunca entendí muy bien la debilidad que Gabo sentía por él. Imagino que le daba un poco de lástima. —Frida Lowmann hizo una pausa como si de pronto se sintiera algo fatigada—. La ayuda que yo podía prestarle —continuó— no pasaba de algún que otro intercambio de favores. El chico me caía bien. Yo le presentaba a gente, a él le gustaba mucho el cine. Se parecía un poco a ese actor americano... —Hizo un gesto chascando los dedos, como si tuviera el nombre en la punta de la lengua.

—¿Clark Gable? —apuntó Kate.

—Gracias, querida, cada vez me vuelvo más olvidadiza. —Frida Lowmann se quedó unos instantes en actitud evocadora con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón. Había empezado a sonar la música y algunas parejas bailaban en el *hall*—.

Pero no se trataba solo del parecido físico —dijo, saliendo de su abstracción—. El chico era bueno de verdad, tenía madera. Creo que habría llegado lejos.

—¿Y eso es todo? —preguntó entonces Díaz-Ugarte.

—¿Qué quiere decir?

—Me refiero a si esa era toda la ayuda que usted le prestaba.

Un camarero se acercó con una botella de champán envuelta en una servilleta de lino para que la señora Lowmann le diera el visto bueno, igual que un doctor mostrando orgulloso a la madre a un recién nacido que llevase en brazos. Pero Frida Lowmann no era una mujer a quien le gustara que la interrumpieran mientras estaba hablando. Se limitó a indicarle que se marchase sin inspeccionarlo, con un evasivo movimiento del dedo índice rematado en una uña carmesí.

—Bueno, a veces también hacía gestiones para nosotros —continuó.

—¿Qué clase de gestiones?

Frida Lowmann se encogió de hombros.

—Era un chico muy guapo —sonrió misteriosa, como si supiera algo que nadie más sabía, algo íntimo y vagamente picaresco—. Tenía amigos bien relacionados —continuó—, como ese sobrino del presidente, un joven muy divertido, emprendedor, un poco alocado...

—¿Se refiere a Aureliano Lerroux?

—Sí, creo que se llama así. Ya sabe que en los negocios son fundamentales las relaciones públicas. —Kate observó fascinada la elegancia con que la mujer fingía estar ocupada removiendo su copa con el palillo del cóctel; luego pinchó la aceituna y se la llevó a la boca, trazando una «o» perfecta con sus labios pintados. Tenía una finísima red de estrías casi inapreciables sobre el labio superior. En realidad, todo su rostro estaba surcado por una finísima malla de líneas de expresión, como si tuviese la piel cosida con un filamento maravilloso y transparente, como el hilo de plata que segregan las arañas para sostenerse en el aire—. Ya sabe usted cómo son las leyes españolas —continuó después de haberse tragado la aceituna—. Este país sería mucho más divertido si en los salones de los hoteles pudiéramos hacer girar una ruleta como en Niza, Saint Tropez o Montecarlo. Sus leyes son un poco puritanas con el asunto de los juegos de azar, profesor, si me permite que se lo diga.

Díaz-Ugarte carraspeó un poco, aclarándose la voz.

—Señora Lowmann, lo que queríamos saber... —empezó a decir. Mientras hablaba sentía que algo se tensaba dentro de él como la cuerda de un arco. No sabía qué era exactamente lo que iba a preguntarle a aquella mujer.

—Dígame. ¿Qué es lo que querían saber?

—Lo que nos gustaría averiguar... —El profesor volvió a dejar la frase en el aire. Después hizo una inspiración honda por la nariz—. Sabemos que el chico fue a algún lugar al salir de la comisaría —dijo tras reflexionar unos segundos mientras ella lo miraba con la cabeza ligeramente ladeada y aire de interrogación. Kate estaba sentada a la izquierda de Frida Lowmann y volvió a estudiar su perfil de emperatriz. Agripina

tal vez. Creyó notar que le temblaba el párpado con un tic casi imperceptible, pero quizá fueran imaginaciones suyas. El silencio se hizo un poco más denso. Díaz-Ugarte no parecía encontrar la manera de llevar a buen puerto aquella conversación. Se sentía torpe, incómodo, como un aprendiz de brujo a punto de echarlo todo a perder. Dio un sorbo a su copa—. Señora Lowmann —acabó soltándole a bocajarro—, ¿puede decirme si pasó usted la última noche con Gabino Aguirre? —No supo por qué motivo había formulado la pregunta de esa manera, pero era demasiado tarde para rectificar.

Frida Lowmann se incorporó en el sillón, repentinamente envarada, con la espalda completamente recta, cuadrando los hombros.

—Por el amor de Dios, profesor, supongo que no estará usted insinuando nada —dijo con un tono de mujer agraviada. Luego meció la cabeza de un lado a otro y esbozó una media sonrisa entre despectiva y conciliadora, como si por algún motivo hubiera decidido pasar por alto aquella pregunta—. Creo que estamos todos un poco nerviosos. Es lógico con todo lo que ha pasado —dijo, levantándose sin perder la compostura—. Y ahora, discúlpenme —añadió, volviendo la mirada hacia la pista de baile que se había formado en el centro del *hall*—. Debo atender a mis invitados. —Empezaba a alejarse cuando se detuvo como si hubiera olvidado algo y, volviéndose hacia ellos, añadió con voz tintineante—: Prueben el caviar —dijo—. Estoy segura de que les gustará. Y diviértanse, háganme el favor.

Luego se dirigió hacia un grupo que hablaba animadamente junto a una de las columnas del fondo, la cabeza bien alta y la copa de tallo largo entre las manos, a la altura del pecho. Tenía casta, no cabía duda. La suficiente como para saber poner punto y final a una conversación inconveniente sin perder la compostura.

En el *hall* la orquesta empezaba a interpretar un conocido vals vienés. Díaz-Ugarte no le preguntó a Kate si quería bailar o no. Estaba irritado consigo mismo por haber metido la pata. Se limitó a pasarle un brazo por el talle, sosteniéndola levemente. Sin darse cuenta, estaban ya en el centro del salón. Notaba en el cuerpo de ella una ligera resistencia, como si no quisiera dejarse llevar del todo; algo de lo que había dicho Frida Lowmann le impedía a Kate concentrarse en el compás. Pero no sabía qué era. Miró hacia al suelo para intentar recuperar el paso, con las puntas del cabello oscilando sobre los hombros, y permaneció un instante así, cabizbaja, sin conseguir coger el ritmo. Se le daba mejor el *boogie-woogie*. Después se dio por vencida y, alzando la vista, se echó a reír de un modo que a él le pareció bellissimo, con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás, llegando a rozarle el rostro con sus cabellos. De pronto, el profesor sintió como si estuviese descendiendo con sus propios pasos hacia un lugar lejanamente conocido y escarpado al que no debería acercarse ni por asomo, y esa sensación le embotaba los sentidos. A veces uno no sabe muy bien hacia dónde va. Tal vez Gabino Aguirre hubiera tenido también su lugar conocido y escarpado. Pensaba en sus amistades influyentes, en sus pasos perdidos en la última noche mientras iba, sin saberlo, hacia su propia tumba. Claro

que quién sabe, en realidad, hacia dónde va.

El profesor notó una presión cardiaca en el pecho. Sus ojos no ofrecían lugar a dudas. Había en ellos una oscuridad que a Kate no podía pasarle desapercibida, algo duro y de considerable peso, como un pozo muy profundo al que alguien hubiera lanzado una piedra. Los hombres en América no miraban así. Kate se quedó seria repentinamente, con el ceño ligeramente fruncido, como si sintiera un súbito malestar o quisiera protegerse de algo.

Sentía el calor de la mano de él a través de la tela del vestido. Se dio cuenta perfectamente de que él la estaba imaginando desnuda. Lo supo por la forma en que la estrechaba con firmeza, por la proximidad de su boca. Cualquiera mujer se da cuenta de esas cosas. Sentía el cuerpo ligero, como si flotara, sin rastro de la rigidez inicial. Se deslizaban sobre el pavimento de mármol como en un carrusel que girase en torno a una policromía de telas tornasoladas y brillos de espejo, sin percatarse de que en realidad estaban bailando sobre una frágil lámina de hielo extremadamente quebradiza. Daniel Strauss los observaba a distancia, otros invitados también los miraban, el ministro de Fomento, la mujer del secretario de Estado...

Díaz-Ugarte pensó que tal vez se estaban poniendo en evidencia; al fin y al cabo, aquello era Madrid, villa y corte, donde todo acababa por ser pregonado a los cuatro vientos. Sabía que no deberían bailar así. Pero por más que lo pensaba, no podía dejar de enlazarla como lo hacía, dominado por una especie de hechizo que lo impulsaba a acoplarse a la cadencia de la música como quien se somete a un ritmo ceremonial. Era plenamente consciente de que bailaban sobre el murmullo de los demás, pero no se paró a analizar las consecuencias que aquello tendría para su propia reputación. Un hombre casado. Ninguno de los dos hablaba, solo se miraban manteniendo retadoramente las miradas como en un duelo. Cuando un vals se ejecuta de esa manera, el movimiento no es una elección, sino una fatalidad.

Las manos de Díaz-Ugarte eran fuego en aquel momento. Ella estaba un poco mareada. La luz de oro viejo que caía de las lámparas de cristal le iluminaba el mentón. La cabeza le daba vueltas. No quería pensar. Por un momento cerró los ojos y apoyó la frente en el hombro de él, con cierta actitud entregada, de prisionera. Se mantuvo así un instante, ajena a todo lo que ocurría a su alrededor; cuando alzó la cabeza de nuevo, desfrunció el ceño; el último rasgo débil de antagonismo se había desvanecido de su frente. Díaz-Ugarte percibió su abandono de algún modo. Se fijó en la suave línea de la nariz, los pómulos cubiertos de pecas muy tenues, los labios levemente hinchados, el principio del escote... Y empezó a notar esa vibración interior, sin epicentro definido, que se manifiesta segundos antes de que a uno se le cruce por la cabeza la idea de besar a una mujer que no es la suya.

Capítulo XI

Daniel Strauss era un judío de origen centroeuropeo, pero de nacionalidad mexicana, que hablaba perfectamente español y había patentado una máquina a la que había bautizado con el nombre de «Straperlo», juntando las letras iniciales de su apellido con las de su socio, un tal Perlowitz, y las de su esposa, Frida Lowmann. Stra-Per-Lo.

El artilugio consistía en una especie de ruleta trucada en la que la rueda se controlaba dándole a un botón, y de este modo la casa ganaba siempre que lo deseara. Su intención era ponerlo en funcionamiento por distintos casinos de toda España. Cuando algún funcionario meticuloso le recordaba que la legislación española prohibía los juegos de azar, él alegaba con socarronería:

—¡Por favor! ¡Por quién me ha tomado usted! Mi ruleta no tiene nada de juego de azar. Con ella siempre se sabe de antemano el número que va a salir.

¿Qué suponía en realidad que el Gobierno cambiara la ley de concesiones o permitiera abrir un casino? Los negocios son como la guerra, recordaba Díaz-Ugarte que le había oído a un economista keynesiano que había pronunciado una conferencia en el salón de actos de la Residencia a principios del verano, y pensó que quizá tuviera razón. A la gente la mataban en la guerra. Y a veces ocurría lo mismo en los negocios. Rodaban cabezas. Era la naturaleza del juego. ¿Cuánto dinero podía ganar en una noche un casino como el de Montecarlo? ¿Un millón? ¿Dos millones? No lo sabía.

Había distintas razones por las que la gente parecía dispuesta a matar o a morir. El dinero era una de ellas, sin duda, pero no la única. Él profesor pensó en Kate, en el contoneo de sus caderas cuando subía delante de él las escaleras del Palace, en la forma en la que sonreía con una ceja enarcada, una mano sosteniendo un codo y la otra apoyada en el mentón, como si no acabara de creerse nada del todo. Por cosas así, los hombres eran capaces de destrozarse vivos unos a otros. De hacerse picadillo. Por eso se levantaban monumentos, caían imperios, se abrían negocios y se cerraban, estallaban bombas, se encargaban asesinatos a tiro fijo, se sembraba trigo..., se despertaba uno cada mañana.

¿Y si resultara que, a fin de cuentas, Gabino Aguirre era amante de Frida Lowmann? Estaba ese asunto de la homosexualidad que había mencionado el Búho. Pero ¿hasta qué punto podía alguien estar completamente seguro de eso? Los ecos de sociedad de un periódico eran un patio de comadres que se alimentaba de rumores no siempre fundados. Y, además, ¿cuántos amigos o conocidos suyos había que mantenían relaciones con hombres y mujeres al mismo tiempo? El amor era una cosa y luego estaba el cuerpo, que era asunto exclusivo de cada cual. La *corporeidad mortal y rosa*. Los poetas todo lo abstraían, pensaba el profesor.

Gabino Aguirre también admiraba la poesía, pero era tal vez demasiado joven para reconocer sus peligros. Venía de una familia humilde y tenía una hermana pequeña, de siete años, a la que siempre que podía le enviaba un regalo envuelto en

papel manila. Unos guantes blancos, una cajita de lápices, dos pastillas de jabón Heno de Pravia, un paquete de yemas de Santa Teresa, un libro infantil con ilustraciones, un par de zapatos con hebillas, un mapamundi, regalos sin demasiado valor. La última vez había sido algo más caro, una bicicleta roja con la rueda trasera protegida por una redecilla con la que la niña había empezado a ir a la escuela. Todo eso Díaz-Ugarte habría preferido no saberlo. Pero el director de la Residencia, Jiménez Fraud, no había querido guardarse para él aquellos pequeños detalles familiares. Por una razón o por otra, uno siempre acababa sabiendo más cosas de las que querría saber en esta puñetera vida, pensó el profesor.

Lo que más temía Díaz-Ugarte era cargar a costas con las vidas de los demás, ya bastante tenía con la suya propia. Siempre se había movido muy precavidamente en torno a aquella sutil melancolía que latía en la existencia de los otros, igual que un merodeador. Hasta aquel momento Gabino Aguirre era solo un nombre, un muchacho muerto en extrañas circunstancias, un buen estudiante, un chico apuesto, con trazas de galán de cine... Digamos que su interés en el caso no sobrepasaba el ámbito personal. Pero ahora, además, estaban los zapatos con hebillas, las yemas de Santa Teresa, los guantes blancos ceñidos en el puño con un lazo de raso azul... Objetos sin valor alguno, pero Díaz-Ugarte sentía que le quemaban entre los dedos como un tesoro ardiendo. ¿Quién era en realidad Gabino Aguirre? ¿Un soñador? ¿Un vivalés? ¿Un radical? Quizá quería cambiar el mundo, quizá solo quería labrarse un porvenir, quizá no sabía realmente lo que quería.

Díaz-Ugarte pensaba en el tamaño de la ambición de un chico de provincias llegado a la capital para acabar siendo salvajemente torturado hasta morir una noche de verano, sin comerlo ni beberlo. Pensaba en todo eso como si su cabeza admitiera distintos niveles de pensamiento, tantos como mundos diferentes y separados había. En el mundo académico y universitario a nadie se le introducía una estaca por el recto hasta reventarlo por dentro ni se le arrojaba de mala manera a un canal. ¿O sí? ¿Y qué habían llegado a saber hasta el momento del chico, salvo que le interesaba la poesía inglesa y que de vez en cuando realizaba algunos encargos para los Strauss?

Hablaba de ello con Kate. Las clases de Literatura habían pasado a un segundo plano. El Greco, Unamuno, *Las Meninas* apenas formaban un pálido telón de fondo ante la realidad inminente de la muerte.

—Entonces ¿tú crees que Frida Lowmann pudo tener algo que ver? —le preguntó ella. Estaban sentados en uno de los bancos del Jardín Botánico. Olía a mañana tibia de principios de septiembre, con un vago aroma a bosque y a seto recién regado. A Kate le encantaba aquel lugar. Se sentía segura entre los árboles.

—No lo sé —respondió el profesor—. Es una mujer extraña, desde luego. —Díaz-Ugarte miró hacia arriba y durante unos instantes pareció estudiar el ramaje de una secuoya gigante dando muestras de estar sumamente concentrado—. No estoy diciendo que ella lo matase, por supuesto que no. Pero quizá ella pudiera ser parte de la razón por la que alguien lo hizo —dijo.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Conozco a su marido. Coincidió con él hace tiempo en un viaje oficial. Daniel Strauss. ¿Te fijaste en él en la recepción del Palacio? Un tipo grandullón, hablador, con pinta de niño grande. —Díaz-Ugarte se quedó en silencio escuchando el crujido de las hojas bajo unas pisadas que se alejaban por el sendero de los parterres; luego continuó—: Ella parecía estar muy al tanto de los negocios de su esposo. Esa gente no soporta perder —volvió a decir—. Los hombres de negocios suelen ser peligrosos. Si pierden, se toman sus venganzas.

—Puede que él lleve el peso de los negocios, pero no me cabe la menor duda de que es ella la que mueve los hilos —replicó Kate. Pensaba en el perfil clásico casi tallado en mármol de Frida Lowmann, que desde el primer momento le había recordado a una emperatriz romana, no sabía cuál. Intentaba refrescar sus conocimientos de historia antigua cuando, sin saber por qué, le vino a la cabeza un famoso dicho sobre la honradez de la mujer del César, pero lo expresó de una forma un tanto confusa—. La mujer del César no tiene que ser honrada, sino parecerlo —dijo.

—No es exactamente así —le corrigió el profesor—. *Mulier Caesaris non fit suspecta etiam suspicione vacare debet* —recitó en latín, dándoselas de erudito, con un rastro de pedantería—. Plutarco —añadió, y sonrió como si pidiera disculpas, encogiendo solo un hombro—. Literalmente quiere decir que la mujer del César no solo no debe ser sospechosa, sino estar libre de toda sospecha.

—No lo entiendo muy bien —dijo Kate, frunciendo un poco el ceño. Llevaba una gabardina ligera y hundió las manos en los bolsillos—. Creo que no me gusta mucho ese refrán.

—Pues te gustaría menos si supieras su origen —sonrió, rozándole apenas la mano. A Díaz-Ugarte le resultaba un poco extraña la forma en la que iban sucediendo las cosas entre ellos; la cercanía alcanzada en el baile parecía diluirse en una especie de renovado pudor por la mañana, como si cada vez que se encontraban tuvieran que volver a recuperar el terreno desde el principio, sin dar nada por conquistado. Empezar de nuevo cada día hacía que el deseo prendiera en él hasta tal extremo que terminaba por dolerle la entepierna. La conversación era una forma de mantener el vínculo que había entre ellos oculto tras las palabras.

Ella ladeó la cabeza, colocó una mano en el codo, apoyando la barbilla en la otra, y puso cara de niña esperando a que le cuenten un cuento.

Entonces él le contó la historia de Pompeya, la segunda mujer de Julio César.

—En diciembre se celebraban en Roma los ritos de la Buena Diosa —empezó diciendo—, una liturgia exclusivamente femenina cuya organización correspondía por derecho a la primera dama de Roma, la esposa del emperador y pontífice máximo, Pompeya Sila, una joven de gran belleza. —Díaz-Ugarte hablaba con voz cautelosa, como si realmente estuviera leyendo el pasaje de un libro—. En el año 62 antes de Cristo, un joven patricio enamorado en secreto de la emperatriz consiguió

colarse en el templo disfrazado de mujer con una lira, pero fue descubierto, apresado y condenado por el doble cargo de traición y sacrilegio. —El profesor hizo una pausa y se aclaró la voz antes de continuar—. Como consecuencia de este hecho, César repudió a Pompeya, a pesar de estar seguro de que ella no tenía ninguna responsabilidad en el suceso ni había cometido ningún acto indecoroso ni le había sido infiel. Simplemente porque no le agradaba el hecho de que su mujer hubiera sido codiciada por otro. Fue entonces cuando dijo eso de que no bastaba que la mujer del César fuera honesta, también tenía que parecerlo, y justificó su decisión con la célebre máxima que pasó a la historia. Así actúan los grandes hombres —concluyó el profesor con sorna—. Ya ves...

—Ya veo.

Así pues la mujer del César no solo no debía ser sospechosa, sino estar libre de sospecha. ¿Estaba Frida Lowmann libre de toda sospecha?

A lo lejos sonó un trueno y la brisa trajo el olor de la lluvia que se avecinaba con un vago olor a humus y a hojas caídas de los árboles. De nuevo volvieron a oír un crujido rápido de pasos por el sendero que separaba el bosque de la parte del jardín francés con flores y pérgolas. Kate se volvió instintivamente, pero no vio a nadie y no le dio más importancia.

Sin embargo, había gente que seguía sus movimientos: el café a media mañana en una terraza de la plaza de Santa Ana; la mano de ella tomada del brazo de él en un trayecto de tranvía en la glorieta de Bilbao; la despedida en el interior de un taxi, desde la Puerta de Alcalá hasta el Club Jazmín, besándose a toda prisa en el asiento de atrás; sus citas en aquellas tascas del viejo Madrid que tanto le gustaban, con manteles de cuadros y olor a aceitunas y a boquerones fritos; el sol filtrándose entre los dedos de ella una vez que se lo encontró por sorpresa y le cubrió los ojos con las manos por detrás en las escaleras del Museo de Ciencias Naturales; la carrera bajo la lluvia la mañana de septiembre en la que les sorprendió un chaparrón en el Jardín Botánico... Toda una red de espionaje se cernía sobre ella. Pero el amor no ve nada. Es ciego. El amor es un gatito metido en un saco.

Solo de vez en cuando notaba extrañas coincidencias, caras que se repetían con excesiva frecuencia en los mismos lugares, esa sensación de estar siendo observada que había sentido desde el mismo momento de su llegada, los constantes movimientos en su pensión de la calle Fortuny, circunvoluciones discretas que no podían augurar nada bueno.

Estaba demasiado ocupada adaptándose a un país extranjero para darse cuenta. Se sentía feliz, joven, invulnerable, como se siente cualquiera cuando empieza a enamorarse. Leía los poemas que él le escribía y se metía en ellos con una voluntad de exploradora en tierra incógnita, dispuesta a descubrir el mundo. Una metáfora le daba para adentrarse cientos de kilómetros. Pasaba sus dedos por encima de los versos como una pianista para tocar sus significados más profundos. Quería llegar a la mayor intimidad posible con las palabras. *Sobre la mesa un cafénoir,/ entre tú y yo*

el humo, siempre tan difícil de franquear, / tú dijiste sin pararte mucho a pensar: / No, azúcar, no. Ese último verso era una cosa seria, genial, toda una declaración de principios, algo que echaba por tierra todas las praderas floridas de la lírica provenzal. *No, azúcar, no.* Una podía embarcarse a muerte en esas tres palabras como en el *Titanic*.

El cine era otra de las cosas. El resplandor plateado de la pantalla le hacía soñar con finales felices. Solían citarse a primera hora de la tarde en una sala del extrarradio, donde no era probable que nadie los reconociera. La paranoia del amor prohibido. Entraban en el local por una puerta batiente con ojos de buey. Era una sala enorme y oscura, con butacas tapizadas de terciopelo granate que olía a desinfectante. La última vez llegaron cuando la película ya había empezado. A Kate le sorprendió de pronto la claridad súbita de una escena a pleno sol. Tenía una facilidad especial para entrar en los mundos ficticios. La había adquirido de niña con la linterna encendida bajo las sábanas a modo de tienda de un campamento comanche donde ella y Bogey se pasaban las horas leyendo novelas de aventuras. La película era una comedia romántica interpretada por Clark Gable en el papel de simpático sinvergüenza y por Claudette Colbert en el de encantadora niña mimada tratando de escapar de una boda de conveniencia. Una historia llena de ritmo y con un finísimo sentido del humor. Kate se había reído con ganas, una risa juvenil, casi de muchacho, que a él le fascinaba mientras la miraba con el perfil iluminado por los fogonazos de la pantalla.

Al salir del cine, mientras caminaban por la calle Bravo Murillo, ella habló de la película con entusiasmo, aunque Clark Gable no era su tipo, desde luego, le parecía un poco presuntuoso.

—Con esa manera de andar y esos aires..., *quite cocky*, ¿cómo se dice en español? —preguntó.

—Un poco gallito —tradujo el profesor.

—Sí, bastante gallito. Especialmente en esa escena en la que sale sin camiseta.

El profesor la escuchaba en silencio con una media sonrisa. El público femenino que se encontraba en la sala no había podido reprimir una callada ovación al ver al actor con el torso desnudo. ¿Cómo se enamorarán las mujeres?, se preguntaba.

Fue entonces cuando ella volvió a mencionar el curioso parecido que tenía el chico muerto con el actor. Y, al hacerlo, su frente se oscureció como un paisaje cuando el sol se mete dentro de una nube. Díaz-Ugarte notó en ella esa oscuridad que casi podría describirse como un negro remolino de agua que en algunas ocasiones parecía engullirla por completo. Kate tenía su mundo propio, con compartimentos estancos y estampidos lejanos.

Caminaban por una calle lateral con hileras de casas bajas y, en vez de continuar hacia la parada lejana del tranvía, siguieron por una zona descampada, libre de miradas incómodas. Pasaron junto a una torre del depósito de aguas y doblaron a la izquierda por una zona de campos salpicados de casetas aisladas con tejas pardas y

paredes de adobe. Había indicios de obras de edificación de solares, sacos de cemento apilados, rastrillos y herramientas de construcción. La ciudad crecía de un modo desmañado, como un muchacho al que se le hubiera quedado pequeño el traje. Kate miró hacia la izquierda y en ese momento creyó ver, bajo los hierros de un andamio, una silueta que le resultó vagamente fuera de lugar.

Un individuo raro, montañoso, de rasgos persas o caucásicos, con la cabeza afeitada como una bala de cañón. Llevaba una especie de capote negro de hule que acentuaba su aspecto de monje otomano. El tipo estaba allí de pie, montando guardia, o lo que fuera, enorme como una roca. El aire casual. Kate notó en el pecho una sensación acalorada que no era miedo exactamente, sino un presentimiento casi olvidado que le hizo entrar en estado de alerta. Si alguien la hubiera llamado en ese momento por su nombre, no habría sido capaz de oírlo. Le zumbaban los oídos. Un latido sordo superpuesto a sus propios pasos. La anticipación. Había leído suficientes novelas de Henry James para saber exactamente en qué consistía ese presentimiento. Una podía encontrarse en una situación apacible, aparentemente inocente, en medio de una tarde feliz con flores y estanques dorados, y notar de pronto algo extraño, una incongruencia indefinida, como si alguien acabara de introducir un tornillo en el ojo de aquella tarde espléndida hasta volverla del revés. Una pequeña vuelta de tuerca. Desde luego aquel tipo no tenía pinta de vender catecismos. Había algo amenazante en él más allá de su aspecto.

Se volvió hacia Díaz-Ugarte para advertirlo, pero él ya se había dado cuenta de que algo no marchaba como debía. Lo vio en sus ojos. Como una locura, a Díaz-Ugarte se le ocurrió un pensamiento que no era propio de él. Nunca había sido un hombre de acción. Kate intentó sujetarlo por un brazo.

—Álvaro, por favor.

Pero él se revolvió y se encaminó hacia el andamio, como si su actitud respondiera a otra versión desconocida de sí mismo.

El grandullón se quedó inmóvil, viendo cómo se acercaba sin inmutarse. Aquello iba a ser divertido, igual que lanzar una canoa de mimbre contra un destructor de la armada.

—Esto no va con usted, profesor —oyó que decía alguien.

Pero el gigante no había despegado los labios. Díaz-Ugarte miró entonces a su izquierda y vio a un tipo menudo con orejas de soplillo. No le gustó su mirada ni el tonillo sobrado con el que le había llamado «profesor».

—¿Se puede saber quiénes demonios son ustedes? —preguntó mirando primero a uno y después a otro.

—Álvaro —volvió a llamar ella, alarmada, desde el otro extremo de la calle.

—Tenga cuidado, profesor —dijo el tipo menudo al tiempo que le ponía una mano amistosa en el hombro—. Ella no es la mosquita muerta que parece ser.

Había sonreído más de la cuenta. Los ojos de Díaz-Ugarte pasaron de la mano en su hombro a la cara del tipo y de la cara del tipo a la mano en su hombro. No le

gustaban ciertas confianzas. Pareció reflexionar durante unos segundos. El otro era más bajo que él, pero no había que perder de vista al gigante que tenía como perro guardián. En aquel instante y sin saber por qué, al profesor se le nubló el entendimiento y por segunda vez volvió a hacer algo que no era propio de él. Se balanceó un poco sobre los talones y le soltó un revés con ganas. Fue entonces cuando la mole se le echó encima. Oyó el grito ahogado de Kate a su izquierda.

—*Run away* —le ordenó él en inglés.

Pero ella no corrió. Vio cómo se quedaba quieta con los hombros encogidos. En ese momento el gigante le sacudió a él un puñetazo en la cara que le hizo trastabillar y caer de espaldas. Fue un golpe seco, duro y cortante como la arista de un cristal roto. Sintió que le estallaba un oído por dentro. Intentó ponerse en pie pero no pudo y el tipo empezó a darle patadas y empujones en el suelo como si fuera un saco. Visto desde abajo, su agresor parecía un ser mitológico, una especie de titán o cíclope cubierto por una capa que se agitaba en el aire como un remolino. Se volvió como pudo de medio lado, en posición fetal, tratando de proteger sus órganos vitales: la cabeza, el hígado, los genitales. Pero el tipo lo levantó por el aire agarrándolo por las solapas y volvió a golpearlo. Esta vez lo hizo casi sin ganas, como si estuviera haciendo un verdadero esfuerzo para no darle demasiado fuerte. Kate confirmó sus sospechas del primer día: Díaz-Ugarte podía ser una eminencia en literatura contemporánea, pero de pelear no tenía ni idea. Trató de buscar ayuda, pero no pasaba nadie por aquel solar descampado. Vio de nuevo al profesor en el suelo con toda la cabeza ensangrentada. El gigante estaba encabalgado encima de él a punto de aplastarle definitivamente el cráneo con un puño del tamaño de una maza. Pero en ese momento el tipo menudo lo detuvo.

—Ya basta, Khalil.

Y aquel gigante obedeció como un corderito manso, deteniendo el brazo en el aire.

—Ándese con cuidado, profesor —añadió—, no siempre va a tener usted tanta suerte como hoy.

Díaz-Ugarte hizo un esfuerzo por fijar en su memoria aquel rostro con orejas de soplillo que daba las órdenes. Tenía un ligero estrabismo en el ojo derecho que le daba un aspecto medio simpático y por un momento creyó reconocerlo, pero no supo identificarlo. ¿De qué conocía a aquel tipo? Le fastidió no saberlo.

Por encima de él, el cielo tenía un color enfermizo, embadurnado. El plano de la realidad se había torcido. En su cabeza se mezclaban muchas otras cosas. Cosas complejas y antiguas. Vio la cuba del depósito de agua extrañamente desenfocada. Paladeó en la boca el sabor acre de la sangre, como hierro oxidado, y por un momento, allí tirado boca arriba en la calle polvorienta y todavía caliente, casi tuvo un instante de alivio, de paz, una especie de distanciamiento de sí mismo mientras algo le palpitaba despacio en la boca del estómago. Medio muerto. Le pareció que el mundo se encogía muy deprisa y soñó que vagaba por una noche vacía donde una

mujer morena con un hoyuelo en la barbilla lo miraba con tristeza porque no era feliz. Entonces oyó la voz de Kate, que intentaba hacerlo volver en sí.

Capítulo XII

Le dio al interruptor de la luz y lo que vio no le gustó. Una mesa de roble maciza con seis sillas de respaldo alto en las que parecía que nunca se hubiera sentado nadie. Toda la estancia estaba amueblada con el típico estilo castellano, seco y austero, que incrementaba todavía más el aire monacal de la casa. Los sofás cubiertos con sábanas blancas, todo asépticamente ordenado, los libros tras los cristales de las vitrinas, el escritorio con su lámpara y su cartapacio de cuero, un perchero del que no colgaba una sola prenda. Había algo frío en aquella casa, como si no fuera un lugar donde alguna vez hubiera vivido gente. Kate arrugó la nariz y una sensación de incomodidad afloró a su piel como un sudor repentino. No le gustaba invadir espacios ajenos. Aquel ordenamiento de los muebles, aquella intimidad de cocina, cuarto de baño y dormitorio la desasosegaba profundamente. ¿Qué hacía ella allí?

Pero a algún lugar tenían que ir. Ella habría querido llevarlo a que lo viera un médico, dado el estado en el que se encontraba, pero él se había negado en rotundo.

—No podemos quedarnos aquí —insistió mientras le sostenía la cabeza e intentaba limpiarle la sangre de la cara. Empezaba a anochecer.

Fue entonces cuando a él se le ocurrió lo de la casa de la sierra. Era un chalé que había pertenecido a su suegro y que solo utilizaban de vez en cuando para pasar algún fin de semana. Pero estaba a más de cuarenta kilómetros de Madrid, al pie de la sierra de Guadarrama.

—¿Dónde tienes el coche? —le preguntó Kate.

El Bugatti verde de Díaz-Ugarte estaba estacionado cerca de la Residencia, en una calle estrecha detrás del Museo de Ciencias Naturales. Tuvieron que tomar un taxi para llegar hasta allí. El taxista estuvo a punto de no pararse, por no meterse en líos.

—Entiéndame, señorita, pasan muchas cosas. El otro día, sin ir más lejos, unos falangistas dispararon a un grupo de sindicalistas que estaban tomándose una cerveza en un bar de aquí al lado y en el tiroteo murió la muchacha que estaba sirviendo las mesas y que no tenía culpa de nada. Uno tiene familia y nadie quiere verse metido en medio de un fuego cruzado.

Para que accediera a llevarlos, Kate tuvo que asegurarle al hombre que el estado en el que se encontraba su acompañante no era debido a ningún asunto político, sino fruto de una pelea por un lance amoroso.

Díaz-Ugarte no estaba del todo inconsciente, pero apenas podía mantenerse en pie. Con el brazo izquierdo cruzado sobre el pecho, se presionaba el estómago con ademán protector, tratando de contener las náuseas. Más que un dolor concreto, único, localizado, lo que sentía era una enorme confusión, como si todo aquello hubiera sido un terrible error de cálculo que pronto se arreglaría.

Vio cómo Kate rebuscaba en el bolsillo interior de su americana hasta que palpó las llaves. No sabía muy bien dónde se encontraba, pero reconoció su coche, el olor,

la tapicería de color manteca, el cierre metálico de la guantera. Fue ella la que se puso al volante. Él intentó mantenerse despierto para guiarla hacia la carretera de El Escorial. Notaba una presión sorda en la nuca y en las sienes, como si la masa encefálica no encontrara suficiente espacio dentro de su cráneo y estuviera a punto de reventar. Apoyó la cabeza contra el respaldo del asiento y cerró los ojos solo un instante, pero al abrirlos de nuevo la oscuridad había cambiado por completo. La luz de los faros iluminaba un paisaje de jaras y monte bajo contra el fondo negro de la sierra. La noche, la carretera, pequeñas aldeas a oscuras... Parecía que no fuesen a llegar nunca. Kate conducía con la ventanilla abierta, para que el aire la ayudara a estar despejada, procurando mantener el coche lejos del peligroso bordillo y los precipicios. Tomaba las estrechas curvas con una calma fría, segura, una mano en el volante y la otra en la palanca de cambios, mirando de vez en cuando por el espejo retrovisor con gesto atento. Él nunca antes en su vida había visto conducir a una chica. Su soltura lo estimulaba y lo amedrentaba a la vez. Aquella no era una mujer a la que un hombre pudiese cobijar bajo sus alas para el resto de su vida. Permanecieron callados durante varios kilómetros, haciendo cada uno sus propias cábalas sin que ninguno supiera muy bien qué era lo que había sucedido.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó ella mirándolo de soslayo al cabo de un rato.

Él no respondió.

Entonces Kate apartó la mano del cambio de marchas y la apoyó en su rodilla. Fue solo un segundo. Y él recostó la nuca en el reposacabezas del asiento, casi feliz. La miró de medio lado, la melena lisa, la barbilla decidida, el perfil recortado por el resplandor de los focos, igual que la había visto en el cine iluminada por la luz de la pantalla en blanco y negro.

Kate le ayudó a salir del coche, cargando un brazo sobre su hombro y sujetándolo por la cintura, como dos camaradas regresando del combate. Sintió el calor de su carne apaleada, que ardía. El profesor nunca le había parecido un hombre fuerte, pero hasta aquel momento no había tomado verdadera conciencia de su fragilidad. Le pareció que estaba sosteniendo un saco de huesos.

Encendió el interruptor de la luz y lo condujo al dormitorio. Se movía con diligencia pero cauta, como si pisase territorio enemigo. El baño, el botiquín, la cocina, donde puso a hervir un cazo con agua. A la luz de la lámpara de la mesilla el rostro de Díaz-Ugarte le resultaba casi irreconocible, lleno de hematomas de color berenjena, uno de los párpados completamente cerrado.

—Quieto —le dijo.

Le desabrochó la camisa. Nunca había visto su cuerpo desnudo. Las costillas se podían contar una a una, como las cuerdas de un barco, los brazos largos, la oquedad del estómago, las caderas estrechas y duras. Cristo crucificado.

Él la veía inclinarse sobre la palangana a la luz de la lámpara entre una nebulosa de vapor. Mojaba un paño en el agua, lo escurría y le limpiaba con cuidado las

heridas. La mirada concentrada en el instrumento curvo con el que sujetaba los apósitos empapados en yodo, el ceño fruncido. Percibía el tacto suave y diligente de sus dedos bajo las costillas. Sentía la carne del mentón aplastada, aunque lo peor era el ojo izquierdo. No podía abrirlo. No veía nada. Sin embargo, cuanto más le dolía, más avanzaba en su piel la conciencia de la proximidad física, las manos de ella pasándole una gasa alrededor del tórax, pero entonces el dolor no era ya, ni con mucho, la sensación más poderosa. Sentía su respiración tan próxima que casi podía inhalar su aliento, el suave balanceo de sus pechos. Pensó en lo difusa que era la frontera que separaba el miedo del deseo, como un peldaño que faltase en una escalera.

Entonces Kate, inesperadamente pero de un modo preciso y deliberado, le pasó el dorso de la mano por su mejilla hasta el cuello y luego no la retiró, sino que la dejó allí quieta, como si aquel fuera el lugar natural para su mano. Permanecieron así unos instantes, sin atreverse a moverse, por temor a deshacer el hechizo, hasta que él le apartó el pelo de la cara y entonces Kate buscó su boca, con los labios entreabiertos, y murmuró algo en voz muy baja que él no llegó a entender. Permaneció un momento desconcertado, más sorprendido que indeciso. Y luego, sí, con ansiedad, casi con violencia, con todo el ímpetu que le permitía su estado, la besó despacio, muy adentro.

El dolor regresó de nuevo, agudo y triangular como una flecha, traspasándolo a traición al contorsionarse, en el preciso momento en que se giraba para tumbarla a su lado en la cama y abrazarla más estrechamente. Ella lo detuvo con delicadeza y le obligó a permanecer quieto, acariciándole las sienes, hundiéndole los dedos entre el pelo antes de que se produjera un nuevo golpe de dolor. Ahuecó la almohada y se la colocó debajo de la nuca, tratando de evitar que se moviese, con una mezcla de autoridad y ternura. Después apagó la luz de la mesita de noche y se fue con un almohadón y una manta a dormir al sofá.

Díaz-Ugarte no supo contar el tiempo transcurrido. Percibía la subida de la fiebre en el calor de las sábanas. Soñó que su cuerpo se enredaba con algas en la profundidad de un río, intentaba desprenderse de ellas a talonazos, sin conseguir salir a la superficie. En algún momento del sueño se le apareció la mirada estrábica del tipo con las orejas de soplillo y, por un instante, casi estuvo a punto de saber quién era, como una palabra que tuviera en la punta de la lengua, pero al final su nombre se diluyó en el aire. Se desvaneció varias veces a lo largo de la noche y volvió a despertarse otras tantas, mareado, sin saber muy bien cómo había llegado hasta allí ni si habían pasado solo unas horas o habían transcurrido días. Creía recordar haber visto a Kate levantarse y acercarse para tomarle la temperatura en más de una ocasión y darle un comprimido con un vaso de agua. Pasos ligeros, de puntillas, como una bailarina.

Ella se ocupó de todo. La intendencia, las curas, el desayuno, la llamada telefónica a la Residencia para explicarle al director todo lo ocurrido, o parte de lo

ocurrido. Kate sabía que Díaz-Ugarte y Jiménez Fraud no eran amigos íntimos pero se llevaban bien y solo él podía encontrar una excusa razonable para que su familia no se alarmase. Al final la coartada vino a través del poeta Pedro Salinas, que vivía muy cerca de la casa del profesor, en el mismo barrio de Salamanca. Fue él quien habló con su mujer para explicarle que Álvaro había tenido que trasladarse urgentemente a Santander para encargarse de la apertura de uno de los cursos, porque a última hora les había fallado uno de los ponentes extranjeros. La complicidad masculina.

Si Mari Paz le creyó o no era algo que nadie podría asegurar a pies juntillas, aunque lo cierto es que a la esposa de Díaz-Ugarte la situación no pareció sorprenderla demasiado. Tal vez estaba acostumbrada a ese tipo de ausencias.

El profesor iba tomando conciencia poco a poco de la naturaleza de la agresión que había sufrido, y eso curiosamente le hacía recobrar cierta autoestima. Lo despertó el sonido de la lluvia, que caía con fuerza en una artesa de hojalata. Se encontraba mejor. Giró la cabeza de perfil y vio que Kate estaba sentada a su lado y le tomaba la mano. El tacto suave y firme le provocó una sensación de vitalidad intensa, casi difícil de creer, pero algo se interponía entre ellos como una barrera, y no sabía qué era. Miró a su alrededor: aquella habitación, las puertas del armario con los recuadros de madera oscura y los tiradores de bronce, las cortinas verdes, la colcha con brocado de flores antiguas... Todo aquel decorado pertenecía a otra realidad, a otra vida. No tenía nada que ver con Kate.

Ella venía de otro mundo. Su acento extranjero era para él un bálsamo de enajenación. Se acostumbró a su presencia en la casa, a su manera de plantarse ante el ventanal del jardín como si allí sucediera algo misterioso que solo ella atinaba a ver. La oía hablar como una voz que estuviera llamando a un barco desde la orilla. Necesitaba todas aquellas palabras cuya pronunciación correcta ella se esforzaba en mejorar. Kate le habló de las praderas de bisontes, de su tío Benjamin, con su camisa de leñador y sus pantalones de faena protegidos por perneras de cuero. Había un fondo de nostalgia en sus palabras, algo parecido a un universo familiar perdido, o a la infancia perdida, un lugar predilecto, como la linterna encendida bajo las sábanas en las mañanas de invierno en las que no había escuela y ella y Bogey se pasaban las horas leyendo novelas de aventuras mientras fuera nevaba y los copos se iban amontonando en el marco de la ventana. ¿Y quién no echa de menos algo?; unas viejas botas de montar, el libro con el que aprendió a leer, un postre, como la tartaleta de manzana churrascada por los bordes que cocinaba la tía Bett, la voz de Josephine regañándoles desde la cocina, Bogey jugando con sus soldaditos al pie de la chimenea. Kate se acordaba mucho de Bogey. Aún le quedaban recuerdos de ellos dos en bicicleta y Amy sentada en el sillín de atrás, abrazada a su espalda, empapados por la lluvia de una tormenta repentina. Estaba dejándole entrar en el territorio comanche donde viven felices los niños asilvestrados. No era tan fácil para ella hablar del pasado, pero, por alguna razón, necesitaba hacerlo. También habló del

futuro, sin darse cuenta de que se había metido en él de contrabando, por una puerta falsa.

El tiempo estaba cambiando. Tan pronto lucía el sol como venía un viento fresco que traía ya los olores del otoño en la sierra. Díaz-Ugarte se levantó para beber agua y la encontró sentada en las escaleras del porche con un jersey gris de lana, varias tallas por encima de la suya, que debió de encontrar en algún armario. Las rodillas flexionadas, el mentón apoyado en la mano como el pensador de Rodin.

—Ven —le dijo. Y ella obedeció.

Estaban muy cerca, uno frente a otro. Él la tomó de la mano y quiso conducirla hacia la habitación, pero Kate no era una mujer que se dejase guiar tan fácilmente. Tenía el típico orgullo del Medio Oeste. Permaneció quieta, defendiendo su posición, como cualquier soldado en territorio hostil. Él deslizó la palma de la mano por su hombro, bajo el hueso marcado de la clavícula, y fue bajando lentamente la mirada por su escote hasta llegar al borde del jersey. Ella levantó los brazos como una prisionera que se rindiera y su rostro se iluminó para desaparecer luego cuando él le subió el jersey por encima de la cabeza. Lo miró así, despeinada, sacudiéndose el pelo brillante y rubio como un ave exótica, y él contempló con sorpresa que no llevaba nada debajo. Solo piel tibia y limpia moteada de miles de pecas de un color dorado muy tenue. Las mujeres a las que estaba acostumbrado llevaban prendas interiores rígidas, corsés pertrechados con varillas y apretados con lazadas que apenas les permitían respirar. Acunó sus pechos en el cuenco de la mano, fascinado como un adolescente que nunca antes hubiera visto a una mujer desnuda, mientras ella lo miraba de aquella manera en que lo hacía a veces, con una especie de complicidad interior, casi con indulgencia, consciente de todo su poder en ese instante.

Fue ella entonces quien lo guio hacia el sofá, segura de sí misma. Se tumbó boca arriba y, arqueando elásticamente los riñones como un delicioso animal joven, se desabrochó el botón de los pantalones y deslizó hacia abajo la cremallera, dejando al descubierto sus piernas largas ligeramente flexionadas entre las cuales él buscó acomodado como pudo.

Estaba seguro de que no iba a poder. Fue una de esas certezas que hunden a cualquier hombre en la mayor de las miserias. Pero así eran las cosas. Estaba demasiado débil y tenía demasiadas ganas. Además ella le intimidaba de alguna manera, su carácter de no andarse por las ramas, su altivez congénita y la forma desenvuelta que tenía de comportarse le hacían perder pie. El caballero andante de resplandeciente armadura estaba a punto de caer en desgracia sin remedio. La erección que había tenido inicialmente se hallaba en franco retroceso. Aquello le produjo una súbita angustia. Una desesperada sensación de extravío, como la de cualquier hombre al borde de la derrota final. Pero no se echó atrás. Algo dentro de él había cambiado después de la pelea.

Kate tenía el don de leer sus pensamientos. La vio sonreír un poco; después lo besó en el cuello con extraordinaria dulzura y condujo su mano hacia el pequeño

triángulo rizado entre los muslos, y él se dejó llevar, auscultándola a tientas con la yema de los dedos hasta percibir la humedad en el tacto, y en ese momento su propio pulso volvió a latir más deprisa, despertándole la carne. Se veía a sí mismo desde lejos, sin apenas reconocerse. Durante demasiado tiempo el sexo había sido para él un animal perezoso y dormido entre tesinas, octavas reales e informes académicos. Algo nuevo y en gran medida desconocido le impulsó a alzarse sobre ella, buscando la manera de entrar, apresándola, apartándole el pelo de la cara para mirarla a los ojos, antes de volcarse engeguedo entre sus piernas, con una urgencia ya despojada de cualquier preámbulo, empujándola muy adentro en cada embestida. No era un amante experto. Temía sobre todo no ser capaz de retrasar el momento, de contenerse, mientras ella lo miraba con un brillo de impaciencia en los ojos, los rasgos contraídos, insólitamente confusa antes de echar la cabeza hacia atrás con un gemido lento, esperando tensamente la llegada del primer golpe de placer. Las contracciones de ella lo estremecían por dentro. Sístole y diástole. Percibía ya en las ingles los golpes de la sangre cuando la oyó gritar, como si le sobreviniera de pronto un dolor muy intenso. Fue un gemido hondo, de una criatura a medias salvaje y herida. Y él tal vez se dio cuenta entonces sin saberlo de que ese iba a ser el último instante de felicidad pura y animal que iba a disfrutar sobre la tierra.

Fuera, en la tarde ya oscurecida, se avecinaba la lluvia. Al final se quedaron quietos, en el sofá, un poco asombrados de la intensidad, pero dulces el uno con el otro. Él encendió un cigarrillo. Notaba el cuerpo dolorido, todavía tenía partes entumecidas que ahora volvían a resentirse pasada la anestesia del placer. La miró a su lado, sin creérselo todavía del todo, con la brasa del cigarrillo brillándole entre los dedos.

—¿Cuándo supiste que esto iba a ocurrir? —le preguntó.

Ella sonrió.

—El primer día, me imagino, cuando recitaste aquel poema frente a la ventana del aula —dijo, y se acordó del roble de la granja de Kansas con una de sus ramas enfermas. Luego soltó una suave carcajada y arqueó una ceja, mirándolo burlona—. Aunque estuve a punto de cambiar de opinión cuando te pusiste a presumir del artículo que habías publicado en *El Sol*, «le recomiendo que lo lea, señorita, le ayudará a entender mejor este país de bandoleros» —lo remedó con voz de chanza.

Él se echó a reír, soltándole un almohadazo en toda la cara.

Era extraño estar enamorado. La experiencia que Díaz-Ugarte tenía sobre el amor lo inclinaba a prevenirse, sabiendo como sabía que a fin de cuentas nadie podía salvar a nadie. Desde su punto de vista, el amor era un sentimiento que podía implicar terribles consecuencias. Kate tal vez fuera demasiado joven para saberlo. No tenía conciencia del tiempo. ¿Y qué era el amor sin el tiempo? La lluvia, las promesas..., determinadas tardes en las que uno se vuelve un exaltado y dice cosas a la persona amada que no puede cumplir o son imposibles.

Resultaba tan sencillo enamorarse... Sin embargo, ¿qué significaba ese

sentimiento en el fondo? ¿Hasta dónde era capaz de llegar? ¿Acaso lo sabía alguien cuando se enamoraba? Díaz-Ugarte dio una calada honda al cigarrillo.

Kate no tenía nada que ver con todo aquello. En realidad, Díaz-Ugarte hubiera preferido que ella no existiese de verdad, que fuera solo un producto de su imaginación, una parte de sus fantasías. De ese modo todo sería mucho más fácil. No tendría que hacer ninguna llamada de teléfono desde el pueblo, simulando que estaba en Santander, con una punzada de culpabilidad que le atenazaba la voz, ni pensar en cuánto tiempo les quedaba todavía por delante ni en qué pasaría cuando regresaran a Madrid. Porque tenía que regresar a Madrid, donde le esperaba Mari Paz, asomada al abismo de su bolsito negro, y la casa de la calle Velázquez, con su galería acristalada, su trabajo en el ministerio, con despacho y coche oficial, donde a veces se cruzaba con su suegro, al que saludaba con una mezcla de familiaridad y pavor. No quería ni pensar en lo que podría suceder si el viejo cacique llegara a enterarse de aquello. Díaz-Ugarte había visto una vez un conejo de monte perseguido y acorralado frente al cañón de una escopeta y pensó que algunos animales tenían un uso de razón que no era muy común entre los seres humanos.

Don Epifanio había sido un peso pesado durante la Restauración. Fue un hombre muy poderoso en tiempos de la monarquía y seguía siéndolo ahora gracias sobre todo a su relación con Gil-Robles y sus contactos en el Ministerio de la Guerra. Podía tolerar a regañadientes que su yerno simpatizara con las ideas de izquierdas, pero de ahí a humillar el apellido de la familia había un trecho. Era un político conservador, pero ante todo se consideraba un católico a ultranza que contemplaba el matrimonio como una institución sagrada en general. Y en particular con mucho mayor motivo, tratándose de su propia hija y única heredera. Un adulterio eran palabras mayores. Díaz-Ugarte siempre había tenido un miedo inconfesable, terror más bien, a lo que aquel hombre sería capaz de hacerle, a lo que podría quitarle: su reputación, sus clases, sus artículos en la prensa, su dedicación en cuerpo y alma a la literatura para escribir de una vez ese libro definitivo que tantas veces había empezado, palabra por palabra, y que algún día... estaba seguro, algún día llegaría a escribir.

Todo aquello era el mundo real, su vida antes de que Kate irrumpiera en ella como un vendaval y empezara a ver en él al caballero andante de brillante armadura que nunca había soñado ser. Antes también de que la Brigada Criminal entrara en un salón de la Residencia de Estudiantes para detener a Gabino Aguirre y antes de que su cuerpo apareciese flotando en un canal de riego.

Díaz-Ugarte había cumplido treinta y nueve años y su existencia ya estaba demasiado armada, demasiado construida. No era ningún quijote. Solo un hombre como tantos ante una encrucijada. Le había costado mucho llegar hasta allí. Y aunque nada en su vida pudiera compararse en cuanto a intensidad y emoción con lo que tenía con Kate, no se sentía capaz de renunciar a todo por ella. Ya lo había intentado en una ocasión y todo había acabado en tragedia. Otra vez volvió a su cabeza la imagen de la mujer muerta en el depósito de cadáveres. Una muchacha dulce y

risueña que nunca le había hecho daño a nadie.

Se decía a sí mismo que deseaba mantener a Kate al margen de todo aquello para protegerla, para que no llegara a contaminarse. Le daba pavor que pudiera ocurrirle algo. Pero hasta ese pensamiento le sonaba a excusa para ocultar su falta de coraje, su conformismo. ¿Quién puede conocer hasta el fondo la esencia de sus contradicciones más íntimas? Le había costado tanto conseguir lo que tenía...

No. Nada era fácil. Y el amor lo complicaba todo; estaba lleno de aristas ocultas y por alguna de ellas a veces asomaba la verdad. Como decía su amigo Bergamín.

—Un hombre puede hacer lo que le dé la gana siempre que vuelva a cenar a casa.

Era verdad. La Residencia reunía en su entorno a un corralillo de seres divinos que se creían muy vanguardistas y modernos, pero continuaban solucionando sus asuntos terrenales como en el sigloXIX: en una casa de putas de la calle de las Naciones. A las nueve y media lo más tardar todos aquellos intelectuales cristalinos estaban sentados a la mesa familiar delante de una pescadilla rebozada y unas torrijas.

Se oyó un trueno al fondo, lejos, en las montañas, y por la ventana entró el olor a tierra mojada de la lluvia que empezaba a caer en lentos goterones. De pronto Díaz-Ugarte sintió una especie de comprensión humana infinita por todos los acorralados del mundo. *Amor, amor catástrofe, qué hundimiento del mundo*, recitó para sí, calibrando bien el peso y la medida de cada palabra, como si sopesara manzanas de un cuenco.

Fueron apenas cinco días con todas sus horas contadas.

—¿Y qué vamos a hacer ahora tú y yo? —preguntó Kate al amanecer del último día desde el umbral de la puerta—. ¿Crees que tendremos tiempo para nosotros? —Llevaba una bandeja con café brasileño, el Negrito, varias rebanadas gruesas de pan de centeno y un cuenco de mermelada de manzana del que salía el mango de una cucharilla. Él estaba tumbado a lo largo de la cama, en diagonal, con un libro abierto sobre la cara.

—Todo el tiempo del mundo —respondió, apartando el libro a un lado con solemne teatralidad.

En la radio sonaba en directo desde los Reales Alcázares de Sevilla un concierto para piano y orquesta titulado *El amor brujo*, de Manuel de Falla, interpretado por la cantaora Pastora Imperio. A Kate le encantaba esa pieza, la originalidad de la partitura, que parecía trabajada artesanalmente sobre un crepitar de llamas y le evocaba un mundo agitanado de flamencos y contrabandistas. Amor, baile y muerte. Todos aquellos instrumentos —violines, contrabajos, violas y violonchelos— al servicio de un contenido extrañamente primitivo, sonando en un escenario andaluz a cientos de kilómetros y llegando hasta ellos a través de un receptor de radio con una lucecita verde y el dial en letras doradas en una casa de campo de la sierra de Madrid. La electricidad.

De pronto la retransmisión se interrumpió para dar paso al boletín informativo de Unión Radio.

Durante el día de hoy varios individuos armados asaltaron una emisora de la capital, amordazaron al locutor y pronunciaron un discurso subversivo anunciando la inminente llegada de la dictadura del proletariado. La Brigada Criminal y Social, ayudada por guardias de asalto, ha practicado numerosas detenciones, entre ellas la de un conocido abogado de Madrid. La documentación incautada en su despacho ha destapado una peligrosa red de agentes prosoviéticos. Todos los detenidos han sido trasladados a la Dirección General de Seguridad, en la Puerta del Sol. Debido a sus declaraciones, se ha abierto una minuciosa investigación que parece implicar a algunos sectores del mundo cultural e intelectual ligados a la Residencia de Estudiantes. Cabe destacar que entre los más buscados figura una mujer joven de nacionalidad extranjera.

Kate sintió un brusco deslizamiento en su interior, como si estuviera a bordo de un transatlántico que se hubiera escorado de repente. Los dos se miraron en silencio.

Capítulo XIII

El canal olía a agua estancada. En la orilla se acumulaban hojas y detritus en pequeños montículos que el guarda de la acequia se encargaba de limpiar periódicamente con un rastrillo para que no obstaculizaran las bocas de riego. Hans Müller caminaba pegado a la hilera de árboles con sus andares un poco amanerados, los hombros encorvados y la cabeza baja, examinando el suelo, removiendo la tierra de vez en cuando con la puntera del zapato. Recordaba un poco a un toro manso coceando la arena del ruedo. De pronto pareció tropezar con algo duro, metálico, con un brillo pulido, y se agachó como si hubiera encontrado lo que andaba buscando. Aquel era el sitio exacto donde Gabo escondía su pistola. Una Astra de nueve milímetros con las cachas de nácar. Tampoco tenía nada de particular. Todo el mundo en la Residencia ocultaba sus armas en el canal de Isabel II, a la sombra de los chopos y las moreras. Había más de ochenta pistolas enterradas en el borde del canalillo. Un verdadero arsenal.

La luz que se filtraba entre los árboles tenía un matiz dorado de septiembre tardío. A Hans Müller la muerte de su compañero de habitación le resultaba todavía algo difícil de digerir, algo demasiado excesivo, demasiado apabullante. Se mordió las uñas, pensativo, sin saber qué hacer.

La visita del tipo de la chaqueta de rayas le había puesto nervioso. No parecía un policía, pero hacía demasiadas preguntas. Llevaba pajarita, una americana de doble abotonadura dorada y unos zapatos de dos tonos atados con cordones. Su manera de presentarse allí y adoptar un aire casual, mirando al cielo con las manos en los bolsillos, resultaba claramente impostada. Tenía algo de vendedor profesional, con una sonrisa tirando a exagerada. Hans no terminaba de saber cómo debía tomarse a aquel tipo de aspecto tan atildado, que, durante la conversación, no paraba de estirarse los puños de la camisa y de retocarse el cuello. Iba enredando unas frases con otras, sin aparente ton ni son, como si quisiera sonsacarle algo. Decía que había conocido bien a Gabino Aguirre, quería hacerse pasar por amigo suyo. Pero él sabía bien quiénes habían sido sus amigos y quiénes no.

Hans ya le había visto las orejas al lobo en su país y sabía los distintos pelajes que podía adoptar. Durante la República de Weimar, Berlín había sido una ciudad liberal y alegre, llena de cabarés y clubes nocturnos gays como Eldorado, en la esquina de las calles Motz y Kalckreuth, donde eran famosos los espectáculos de travestis. Había también otros, como el Golden Schwan o el Johnny's, donde se podía escuchar *jazz* hasta altas horas de la madrugada, beber cerveza barata, bailar o criticar al Gobierno. Pero desde la llegada del Führer al poder, todos aquellos locales habían sido cerrados y las SA y la Gestapo eran dueñas de la calle.

No es que las Leyes de Núremberg hubieran desposeído a los judíos de sus derechos civiles básicos, incluido el de votar. Bien pensado, eso era lo de menos, ya que el derecho a voto para los demás alemanes solo suponía la obligación de votar

por el partido nazi. Lo peor es que había abierto las alcantarillas del país para que pudieran salir todas las ratas a comerse unas a otras. Había ratas de primera clase que pertenecían a la categoría de ciudadanos del Reich y ratas destinadas al exterminio, cuyo grueso estaba formado por judíos, gitanos, comunistas, socialdemócratas, personas con alguna discapacidad física o mental y homosexuales, que eran considerados literalmente como infrahumanos, *untermensch*.

El órgano oficial del partido nazi comparaba a los gays con lo peor del alma judía e instaba a tratarlos como a criminales aberrantes. Desde entonces la persecución había ido en aumento. Cualquiera que se negase a hacer el saludo hitleriano, tuviera una sastrería o le apeteciera dar un paseo nocturno por algún rincón escondido de la ciudad en busca de compañía tenía muchas posibilidades de acabar apaleado en un callejón oscuro con todos los huesos rotos o flotando boca abajo en un dique del canal Landwehr. En eso se había convertido su adorada ciudad bajo el Gobierno nacionalsocialista. Hans tenía el miedo metido en el cuerpo. Por eso se había largado en cuanto había podido, aprovechando una beca de estudios. Pero, por lo visto, también en España cualquiera podía acabar flotando en una acequia de riego con el cuerpo cubierto de cieno y fango. Los métodos seguían siendo los mismos. No parecía haber ningún lugar en el que uno pudiera sentirse seguro.

Gabo nunca se había tomado demasiado en serio sus advertencias. Se creía que Hans estaba un poco obsesionado con el tema de los escuadrones de defensa de la pureza de la raza y todo eso. Él tendía a ver la vida por el lado positivo, de una manera despreocupada y risueña, expansiva, como si todo el mundo fuera a estar siempre de su parte y la buena racha pudiera durar eternamente. Era cierto que las cosas no le habían ido mal desde su llegada a Madrid. Conocía a gente con dinero, actores famosos, empresarios con los que tenía una relación íntima, aunque Hans jamás se había atrevido a preguntarle a qué clase de intimidad se refería.

Gabo no tenía nada de amanerado en sus gestos. Todo lo contrario. Resultaba casi excesivamente masculino, exhibiendo una apostura de torero y aquella sonrisa de medio lado con la que uno nunca sabía muy bien a qué atenerse. No era de extrañar que les gustase tanto a los hombres como a las mujeres. A veces no resultaba fácil adivinar si un hombre tenía ciertas inclinaciones o no. Había muchos jóvenes homosexuales que se dejarían matar antes de mostrar siquiera levemente sus verdaderos sentimientos. Y, además, qué más daba. Gabo era un ser con luz propia. En eso tenía un don. Sabía cómo hacer que alguien se sintiera elegido a su lado. Nunca trataba a nadie con ese despotismo de los jóvenes ilustrados que Hans conocía tan bien por haberlo sufrido a menudo por parte de otros individuos de esa especie.

Muchos estudiantes de la Residencia se dirigían a él con un poco de displicencia, mirándolo por encima del hombro, como si él fuese algo inferior, «ese chico alemán un poco raro», igual que si fuese un niño con el que se podía bromear sin que se percatase de que le estaban tomando el pelo. Pero sí que se percataba. Se daba cuenta perfectamente y entonces la vergüenza y la indignación hervían en su cabeza hasta

ponérsela al rojo vivo, con las orejas como amapolas. La sensación que lo invadía en esos momentos era parecida en cierto modo a cuando de crío se despertaba en la cama y notaba que había mojado las sábanas.

Gabo era distinto. Nunca había abusado de su posición de ventaja, ni lo había puesto en ridículo, ni se había reído de las bromas que otros hacían a su costa. Se comportaba más bien como un ángel exótico y protector. Eso fue lo primero que le gustó de él. Su manera de mover las manos como si fueran alas.

Pero todos los ángeles poseen un lado oscuro y Hans tuvo tiempo de descubrirlo en los pocos meses que ambos compartieron habitación. Había algo en Gabo que lo inquietaba. La forma en la que hablaba de sus nuevas amistades, por ejemplo, con un brillo de ambición en los ojos. Su admiración hacia el éxito, las apuestas arriesgadas, el juego, la fama... Trataba de disimularlo a veces, pero no podía evitarlo, se le iluminaba el rostro al hablar de ese mundo de lujo, transatlánticos y alfombras rojas. Cuando Hans le reconvenía su actitud, él se limitaba a desviar la mirada y sonreír, mordiéndose un poco el labio inferior, como un adolescente al que hubieran pillado en un renuncio.

Pero ¿quién era él para juzgarlo? ¿Acaso estaba dentro de su cabeza? ¿Sabía la miseria que cobraba un jornalero? ¿Había estado alguna vez vareando los olivares a su lado hasta partirse el espinazo? ¿Qué sabía él de todo eso? Y además estaba la niña. Su hermana pequeña, cuya foto guardaba en la mesilla como si fuera una estampa de la Virgen, vestida de blanco, morena, un poco enfermiza, con tirabuzones y una cinta en el pelo. Si Gabo quería un futuro distinto para la cría, ¿qué mal podía haber en ello? Solo era un chico de pueblo que aspiraba a abrirse camino en la jungla de la gran ciudad. Tal vez esperaba demasiado de la vida. Pero ¿quién era él en realidad para recriminárselo? Él, precisamente, que se había criado en una familia de la alta burguesía alemana con *secreterbiedermeieren* el cuarto de estar, sofás tapizados y una niñera castellana con medias blancas y cofia, entre otros miembros del servicio doméstico. ¿Qué importancia podía tener que el chico quisiera llegar a lo más alto?

No es que Gabo mostrase un aprecio desmedido por el dinero. Era otra cosa mucho más simple e inocente y, en cierto sentido, mucho peor. Algo parecido a la fascinación. La forma en que le contó cómo había conocido a la señora Lowmann era la de un niño describiendo un escaparate lleno de golosinas. Lo recordaba perfectamente: estaban en la habitación y Gabo caminaba de un lado a otro del cuarto a pasos largos, con gran excitación. Tenía en la mano una caja de cerillas en cuyo reverso estaba escrito el nombre de ella. Le explicó cómo alguien se la había presentado en el Club Jazmín, uno de los locales más frecuentados por la gente del cine y del teatro. Un sitio elegante, exclusivo, situado en el moderno ensanche residencial. En aquel momento Gabo no mencionó el nombre de su marido, pero dijo que era una persona muy conocida. Sin embargo, era ella quien le interesaba. Estaba encandilado, esa era la palabra, por su acento extranjero, su clase, su elegancia, el

modo en que Frida Lowmann lo tomaba por el brazo en medio de una conversación, distinguiéndolo de todos los demás, como si él fuera alguien muy especial.

Había sido ella quien había puesto a Gabo en contacto con los estudios de cine CIFESA. Tenía buenas conexiones y por algún motivo estaba dispuesta a ayudarlo. Una mujer educada, inteligente, de una belleza clásica, una auténtica señora, le había dicho. Aunque Hans dudaba mucho que lo fuera.

Cada vez que Gabo le hablaba de ella sentía que algo se amotinaba dentro de él con un zumbido ensordecedor, como si tuviese un avispero entero dentro de la cabeza. De lo que le daban ganas en esos momentos era de agarrar a Frida Lowmann y asestarle un golpe seco del revés, soltando los nudillos en el puente de su bonita nariz clásica hasta partirle el tabique. Imaginaba que la lanzaba de cabeza contra una piedra y que la sangre brotaba a borbotones de su boca reventada con todos los dientes rotos. Quería borrar aquella sonrisa de la faz de la tierra. Sabía que no tenía ningún derecho a sentir celos, pero el corazón no es un órgano neutral.

En esos ataques de ira Hans Müller nunca era consciente de lo que podía ser capaz de hacer, como si entrase en una especie de trance que empezaba con un hormigueo en la planta de los pies y acababa con ganas de romper algo, de triturar y astillar huesos a puñetazos, de golpear sin tregua, como si sufriese un embotamiento repentino de la razón del que luego no recordaba apenas nada.

Todo procedía de ahí. En realidad hacía ya tiempo que se veía venir. Toda aquella gente adulándolo, Gabo por aquí, Gabo por allá, demasiadas salidas nocturnas, fiestas en las que se cerraban acuerdos importantes entre risas breves y abundantes copas, demasiadas oportunidades. Nadie ofrece algo a cambio de nada. Luego vinieron los problemas. Era la vieja historia de siempre. Alguien es presentado en sociedad por una persona de confianza, los demás lo aceptan porque confían en quien le avala. Al principio todo son facilidades: un contrato, regalos de alta gama, un reloj de leontina, una pitillera, una estilográfica de oro, un pequeño papel en una película... Después cada cual debía pagar sus deudas, eran las reglas del juego, y si no lo hacía, ellos sabían muy bien cómo apretarle las tuercas.

Ya había tenido un aviso, aquel día que se le presentaron dos matones a la salida del Teatro Español, pero él no le dio más importancia que a una pelea callejera. No era consciente del alcance de la aventura en la que se había embarcado. Muchas veces Hans había querido advertírsele, cualquier día te van a dar un susto de verdad. Pero ¿le había hecho caso él? Pues no. Terco era como una mula.

A veces Hans tenía esa sensación típica de las pesadillas en las que uno quiere gritar pero no le sale la voz. Así se sentía en los últimos tiempos cuando estaba con Gabo. Como si algo grave estuviera a punto de suceder delante de sus narices, pero sin poder hacer nada para impedirlo más que quedarse petrificado mirando cómo pasaba lo que inevitablemente tenía que pasar.

A Gabo se le daba muy bien jugar con los secretos ajenos. Le gustaba indagar y sabía cómo hacerlo. Lo mismo para sacar a la luz unos versos enterrados junto al

cuerpo de una mujer del siglo pasado que se había suicidado al perder a su bebé que para destapar los trapos sucios de un destacado miembro del Gobierno. Pero no era un chantajista.

¿Qué sabía sobre los negocios de Daniel Strauss? Probablemente el holandés tendría secretos que no le gustaría que viesan la luz, sobre todo teniendo en cuenta la clase de negocios a los que se dedicaba. Pero Gabo nunca había hablado de eso con él. No le dio ningún indicio sobre la clase de secreto que había descubierto. Estaba sometido a demasiadas presiones. ¿Qué era lo que sabía y le costó la vida? No tenía ni idea. No era muy dado a compartir esa clase de información. Lo apuntaba todo en su agenda, un cuaderno azul con las tapas de cartón, cerrado con una cinta elástica. Allí anotaba sus cosas y luego lo guardaba en el cajón de su mesa de trabajo. A Hans nunca se le había ocurrido fisgar en él hasta la noche en que la policía detuvo a Gabino Aguirre en la Residencia. Entonces sí. Se sentó en la cama, soltó el elástico y abrió el cuaderno, temblándole las manos. El corazón le latía fuerte y notaba la garganta tan seca que a duras penas podía tragar. No era miedo exactamente, sino una especie de intuición, el terror a que algo dañara sus ojos más irreparablemente que una explosión de luz súbita. Gabo le había dicho en una ocasión que no se le ocurriera abrir la agenda salvo que a él le sucediese algo.

Al principio no entendió nada de lo que había escrito. Solo nombres. El de Frida Lowmann estaba allí, junto al de su marido y su socio Perlowitz y el del periodista José Hidalgo, alias el Búho. Pero había otros nombres que le dieron escalofríos solo de mirarlos por encima. Nombres de empresarios, de altos cargos del Partido Radical, periodistas, diputados y miembros del Gobierno. Joaquín Gasa, empresario catalán del mundo del espectáculo; Rafael Salazar Alonso, ministro de la Gobernación; Joan Pich i Mon, subsecretario de Marina, dueño de varios diarios y miembro destacado del radicalismo barcelonés; José Valdivia, exdirector general de Seguridad; Aureliano Lerroux, sobrino carnal e hijo adoptivo del presidente; Martín Luis Guzmán, político mexicano, dueño de varios medios de comunicación. Sin embargo, hasta que no leyó el último nombre no llegó a calibrar bien el alcance de lo que tenía en las manos. El pulso se le paró unos segundos al descubrir que al final de la lista estaba el nombre del propio presidente del Gobierno, don Alejandro Lerroux.

Había teléfonos, direcciones, puntos de contacto, intermediarios, cifras demasiado altas como para no asociarlas con un soborno, porcentajes cuyo sentido preciso se le escapaba: cinco por ciento, diez por ciento, veinticinco por ciento..., pero no su alcance. Aquello era dinamita pura. Algo mucho más grave de lo que se había temido.

Conforme iba leyendo, Hans notaba que se quedaba sin aliento y, cuando llegó al final, sintió una fuerte presión en la región cardíaca, como si le hubiera caído un peso a plomo en el corazón. Fue en ese momento cuando comprendió que nunca más iba a volver a ver con vida a Gabino Aguirre.

La angustia se había apoderado de él desde entonces, rondándolo de cerca como

una hiena hambrienta. No era capaz de pensar en otra cosa. La hiena y él se encontraban en el fondo de un desfiladero profundísimo, una sima secreta abierta en el panorama habitual del mundo.

Hans miró a uno y otro lado del canal. No se veía un alma y era raro. Hacía una mañana espléndida para pasear. El silencio de aquel lugar le zumbaba en los oídos y el agua del canal brillaba como el filo de una navaja con una nube de mosquitos flotando alrededor. Era la clase de silencio que reverbera como un eco en los lugares donde la atmósfera ha sido alterada por un hecho violento o un grito. El olor de la vegetación, los montículos de hojas inertes, todo parecía querer decir algo. Lo decía.

El canalillo era un lugar habitual de paseo para los estudiantes. Solía estar lleno de parejas tumbadas en la hierba que iban allí con sus libros a retozar al sol. No era un sitio solitario donde un asesino pudiera pasar desapercibido. Si alguien había decidido tirar un cadáver al agua, tendría que haberlo hecho por la noche o en la alta madrugada. Hans se quedó allí quieto, paralizado, mirando cómo el barro del fondo ascendía en ondas espesas de color marrón chocolate, mezclado con limo y hojas muertas que impedían ver el fondo. Se esforzaba por explicar algo que quizá solo comprendía a medias.

A veces tampoco resultaba fácil ver en el fondo de uno mismo. No se encontraba bien. Había algo que le obturaba la boca del estómago. Creyó que iba a vomitar. Llevaba un rato dándole vueltas a una cosa, como si tuviera un buche demasiado grande que no podía digerir. Era una sensación extraña que le oprimía el diafragma y no acababa de identificar, un dolor cóncavo y espeso y esquinado, parecido a la culpa. Sí, eso era exactamente lo que sentía. La culpa. Aunque ¿por qué iba él a sentirse culpable? ¿Acaso había hecho algo de lo que tuviera que arrepentirse? Cerró los ojos y el buche le reventó en el estómago.

Hans tenía miedo y no sabía adónde ir. No sabía a quién recurrir. Entonces fue cuando se acordó de la chica americana. ¿Cómo no lo había pensado antes? Kate. Ella era extranjera, como él, no tenía nada que ver con las cosas que sucedían en España. Solo había hablado con ella en una ocasión, pero le había caído bien. Parecía lista, aunque un poco ingenua, como todos los americanos. Tenía pinta de creer todavía en las hadas y en los caballeros andantes, con sus aires de heroína justiciera. Pero manifestaba una actitud peleona. Eso le gustaba. Había sido la única persona en la Residencia que había mostrado verdadero interés por averiguar qué le había ocurrido a Gabo. Casi había estado a punto de confiarse a ella en aquella ocasión, cuando habían hablado a solas en su cuarto. Entonces le había mencionado la posibilidad de un escándalo, pero en el último momento no se atrevió a ir más allá. Tal vez después de todo no fuera mala idea entregarle a ella el diario de Gabo, antes de que pudiera caer en otras manos.

Capítulo XIV

Tengo algo que puede interesarte —dijo alguien al otro lado del hilo telefónico, y aunque Díaz-Ugarte llevaba mucho tiempo esperando aquella llamada, al principio no reconoció la voz. Hubo un silencio en la línea, hasta que por el auricular le llegó una risa contenida—. ¿Qué pasa, profesor? ¿Ya no te acuerdas de los amigos? Soy Hidalgo.

Se acordaba perfectamente. Por un instante le pareció volver a ver al periodista con sus gafas de búho, sentado en la especie de tambucho lleno de humo que tenía por despacho, donde no había sitio ni para cruzar las piernas. Había algo en su tono que no le sonó del todo natural.

—El chico por el que me preguntaste —dijo el periodista—, el que apareció en el canal.

—¿Sí?

—He hecho algunas pesquisas... —El Búho dejó la frase en el aire. Le gustaba ir poco a poco, como una gallina picoteando el grano. Un viejo truco del oficio—. Parece que tenía una especie de guarida, una pensión a la que a veces iba acompañado. Ya me entiendes... —dijo con una risita.

—Ya... —le cortó el profesor con un punto de impaciencia.

—He pensado que quizá podría interesarte pasar por allí a echar un vistazo. El local se llama Venta de los Tejares. Está en la calle Quintanar, número 17. Puedes ir por el antiguo camino de Hortaleza, cruzando López de Hoyos al final. Es un edificio de ladrillo, detrás de las cocheras del tranvía.

Díaz-Ugarte conocía el barrio, llamado La Prosperidad. Un arrabal de calles de tierra, casas bajas y corralas que no hacía precisamente honor a su nombre. Madrid reventaba por todas sus costuras y aquel extrarradio en los límites de la ciudad era adonde se iban los traperos a hacer sus negocios.

Apuntó la dirección en una cuartilla. Después se acercó a la ventana y se pasó el dedo por la cicatriz que le partía la ceja. Un gesto recordatorio. Todavía le quedaba una red amoratada de capilares rotos en el pómulos izquierdo, donde el gigante de rostro cetrino le había asestado el primer puñetazo al salir del cine.

El profesor vestía un traje entero, como siempre que acudía a su oficina del ministerio. Se aflojó el nudo de la corbata y miró hacia el hormiguero de la calle inundada por el ajetreo de la salida del trabajo a mediodía: bocinas de tráfico, gente caminando enérgicamente, subiendo y bajando a los tranvías con agilidad, terrazas concurridas, hombres con sombrero, mujeres que regresaban a comer a casa, taconeando a toda prisa por las aceras cubiertas con las primeras hojas del otoño. Una mañana laboral más. Nada diferente a otro lunes cualquiera más allá quizá de un inusual ir y venir de camionetas de la Guardia de Asalto.

Desde el mitin del día anterior había cierto nerviosismo en el ambiente. Se notaba que el Gobierno estaba intranquilo. Desde luego el acto había sido impresionante.

Medio millón de personas. Muchos madrileños habían acudido andando desde el centro de la ciudad aprovechando la jornada dominical y habían esperado allí desde tres horas antes de comenzar. En principio el Ministerio de Gobernación le había negado a Izquierda Republicana el permiso para celebrar el mitin en la plaza de toros, y por eso habían tenido que cambiar la convocatoria al campo de Comillas, una explanada inmensa a la orilla derecha del Manzanares, entre los puentes de Toledo y Legazpi. Fue el mitin más multitudinario al que había asistido Díaz-Ugarte, desde luego, y probablemente el más masivo desde la proclamación de la República. En las redacciones de los periódicos había una gran expectación. Circulaban rumores. Demasiadas idas y venidas entre los gabinetes ministeriales. Existía la idea de que Manuel Azaña iba a decir algo que finalmente eludió. El candidato de Izquierda Republicana era un orador brillante. Dijo lo que quería decir. Expuso su programa de gobierno, sin halagos fáciles ni promesas que no pensara cumplir, señalando con perfecta nitidez hasta dónde estaba dispuesto a llegar y de dónde no quería pasar en ningún caso. Hasta aquí, sí. Más allá, no. Claridad meridiana y refrendada además por la ovación de una auténtica muchedumbre pacífica. Ni a la ida ni a la vuelta ni durante el mitin se había producido el más mínimo incidente. Sin embargo, en el aire de aquella mañana de domingo flotaba la idea de que el principal candidato de la oposición sabía algo que por alguna razón prefirió callarse. ¿Qué era eso que no dijo? Díaz-Ugarte no tenía ni idea. ¿Y por qué decidió guardárselo si era, como se rumoreaba, una bomba contra el Gobierno de derechas? Tampoco lo sabía. Había misterios de naturaleza humana y otros de naturaleza política. Este sin duda debía de pertenecer a la primera categoría.

Díaz-Ugarte vio cómo un furgón daba la vuelta a la glorieta. Eran casi las dos de la tarde en el gran reloj del ministerio.

A aquella hora, Kate se hallaba en su cuarto de la calle Fortuny. La luz exterior entraba a través de la ranura de las persianas como un polvo tamizado de partículas doradas. Estaba tumbada boca arriba en la cama con los pies descalzos, pensando en la forma en que se había ido complicando la vida sin darse cuenta. Era extraño el modo en que las cosas se habían encadenado unas con otras como una riada que arrastrara consigo una enorme capa de sedimentos. Hacía solo unos meses que había salido de su país y le parecían años, como si la Quinta Avenida que cruzaba diariamente para ir a la biblioteca pública, la tienda Cross & Blackwell, donde los sábados compraba *pancakes* rellenos de pasas y nueces para el desayuno, o los grandes almacenes McCreery's, en la esquina de la calle Veintitrés con la Sexta, formaran parte de una existencia anterior que ya había dado por cancelada. Madrid, con sus calles en sombra y sus olores penetrantes y sus misterios, se le había metido en las venas en forma de un enamoramiento descabellado que amenazaba con hacerle perder el sentido de la realidad. Tardó demasiado en tomar conciencia del peligro. No imaginaba que el deseo sostenido en vilo demasiado tiempo pudiera encerrar un filón oculto de exasperación. Se pasaba el día contando las horas que faltaban hasta el

momento de encontrarse con él, aunque luego el tiempo se le escurría entre las manos como agua que no has de beber. Ya no sabía si aquellos insomnios matinales, las punzadas súbitas, la sensación de falta de aire en los pulmones se debían a alguna dolencia física recién contraída o eran los síntomas cifrados de una pasión imposible.

En cualquier caso, siguió el único remedio que había aprendido de niña en los libros: meterse en el amor como en una novela de aventuras. De alguna forma, seguir el rastro de un crimen le ayudaba a borrar de su mente cualquier tentación de romanticismo.

Tenía en la mano el cuaderno azul de tapas duras sujetas con un elástico que le había entregado Hans Müller. El chico la había esperado a la salida de clase y se había dirigido a ella de una forma abrupta, con la cabeza cubierta por una capucha y sus manazas escondidas en los bolsillos de una chaqueta deportiva con sus iniciales bordadas en rojo: H. M. Estaba asustado. Aparentaba ser poco más que un niño grande. Desde luego, no parecía un asesino.

—Tú sabrás qué hacer con él —le había dicho. Pero ella no tenía ni idea de qué hacer con aquello.

Estaba a punto de retirar el elástico para abrirlo cuando oyó un toque de nudillos en la puerta y volvió a guardarlo rápidamente en su bolso.

—Señorita, la llaman al teléfono.

Le dio un vuelco el corazón. Se calzó unas chinelas y bajó las escaleras que llevaban a la centralita del hostel con tanta rapidez que dejó estupefacta a la chica de la recepción.

Díaz-Ugarte, al otro lado del hilo, hablaba en un tono bajo, sigiloso, con frases cortas murmuradas tan cerca del auricular que Kate casi podía sentir su respiración, el roce de su aliento en el oído. Le gustaba el timbre grave de su voz a través del teléfono. Sonaba como un locutor de radio. Lo escuchó con el pulso alterado, más atenta a sus propias palpitaciones que al contenido de la conversación. No entendió muy bien cuando él le contó la llamada del periodista. En lo que estaba pensando no era en lo que él decía, ni siquiera en lo que ella le contestaba, sino en la inmediatez de la cita. Quería verlo cuanto antes, le daba igual el motivo. Cada vez le pesaban más los intervalos sin su compañía. Calculó la media hora escasa que le llevaría llegar hasta la calle estrecha detrás del Museo de Ciencias Naturales donde Díaz-Ugarte solía dejar estacionado su coche cuando iba a la Residencia. Le había pedido que se reuniera allí con él.

—De acuerdo —dijo antes de colgar, sin saber muy bien qué era lo que iban a hacer ni adónde iban a ir.

Se echó sobre los hombros una gabardina fina y un pañuelo vaporoso de color gris perla con diminutos lunares blancos. Había tomado por costumbre detenerse en el portal y mirar a un lado y a otro antes de salir de la pensión. Una costumbre nueva, recién adquirida. La sensación de que alguien la espiaba era más intensa que nunca, aunque no se trataba de nada demasiado evidente, sino de pequeños detalles difusos,

un crujido en las escaleras, unos pasos que se acoplaban demasiado a su itinerario, la sensación de que cuando llegaba a su cuarto las cosas no estaban exactamente como ella las había dejado, el modo de mirarla algunos taxistas a través del espejo retrovisor. Al principio se había inquietado, pero ahora estaba tan acostumbrada que sentía que aquello formaba parte de la rutina diaria de la vida prendida siempre por alfileres. Por la acera bajaba contoneándose una mujer que vestía una falda tubo ceñida hasta media pierna y sujetaba un caniche con una correa. Un mozo pasó silbando con una saca de correos al hombro. Dos vecinas conversaban en voz baja en el chaflán. Kate salió a la prisa de la calle y una vaharada de otoño le llenó los pulmones con olor a humo de leña.

Contaba los minutos como si temiera no llegar a tiempo. El reloj era un traje que nunca se ajustaba a sus medidas. O le sobraba o le quedaba corto. En eso pensaba mientras iba caminando deprisa, con los faldones de la gabardina aleteando, el pañuelo echado al desgaire sobre un lado y esa mirada llena de promesas que tienen las mujeres cuando acuden a una cita. Había cambiado el tiempo y el sol tenía una densidad oblicua que apenas calentaba el aire. Vio el coche del profesor aparcado al final de la calle. Sus pensamientos eran un hueco sin forma, como si algo se fuera hinchando en su interior. Díaz-Ugarte le puso una mano en el hombro cuando se sentó en el asiento del copiloto y ella pensó que iba a besarla, pero él se limitó a adelantar el brazo derecho y apoyar el dorso de los dedos por la parte de los nudillos en su cuello y los dejó allí unos segundos. Un gesto comedido de amantes clandestinos. Ella apartó la cabeza hacia un lado y soltó un leve gruñido por toda respuesta. Se sentía desposeída, como si él le hubiera escatimado algo. El coche arrancó.

Soplaba un viento dorado que hacía volar remolinos de hojas y papeles por las aceras. El sombrero de un transeúnte salió rodando por la calzada hasta terminar aplastado bajo las ruedas de un tranvía. Kate, pensativa, miraba por la ventanilla los retazos de la ciudad aventada que iban dejando atrás. No es que se arrepintiera de nada, pero sus sentimientos ya no eran tan transparentes como al principio. Algo había cambiado.

—Ojalá pudiéramos... —dijo al cabo de un rato.

—¿El qué? —preguntó él.

—Nada —respondió ensimismada, renunciando a seguir. Desde el día en que volvieron de la sierra, había entre ellos un vínculo nuevo, estrecho y angustioso al mismo tiempo, que a menudo la dejaba sin palabras. Se trataba de un terreno minado y desconocido en el que se había aventurado sin pensárselo dos veces. Como si hubiera traspasado una frontera. Pero los obstáculos del amor prohibido la sobrepasaban, el deseo era más intenso ahora pero estaba envuelto por una secreta exasperación, el tiempo de estar juntos le sabía a poco y había en ella un fondo de resentimiento que no sabía cómo expresar. Demasiado orgullosa para ser una amante en secreto. Nunca antes había estado enamorada de un hombre casado.

Atravesaron la Castellana hacia la antigua carretera de Hortaleza, en dirección al Ventorro del Tío Chaleco, siguiendo al pie de la letra las indicaciones de Hidalgo. Ella iba callada y él la notaba meditabunda, encerrada en la secreta armadura de su conciencia. Díaz-Ugarte había aprendido a temer el silencio de las mujeres como a la pólvora y por un momento el fantasma de la mujer morena con un hoyuelo en la barbilla se coló en el coche y él la vio claramente con un sombrero de paja y una falda amplia de muselina caminar descalza hacia él, con las sandalias en la mano sobre la arena de una playa mediterránea, y aún tuvo tiempo de verla hacer el gesto de levantar la mano para despedirse. Otra a la que le gustaban los silencios. Otra que tal. Por más que lo intentaba, jamás llegaría a entender a las mujeres. Díaz-Ugarte no comprendía ese lenguaje, desprovisto de sonido, que representaba para él el emblema de todos los misterios. Creía que era una sabiduría que no estaba a su alcance ni al de ningún varón. Tenía la firme convicción de que había que nacer mujer para conocer las claves de ese mutismo antiguo que ellas manejaban a la perfección, porque lo practicaban desde tiempos inmemoriales como sacerdotisas de un rito ancestral transmitido por herencia genética desde la noche de los cazadores. El silencio. El profesor notó que en su propio interior crecía una intranquilidad acuciante de procedencia desconocida. Nadie decía nada.

Al rato de enfilear López de Hoyos se encontraron con un entramado de calles estrechas y sinuosas de firme irregular por donde el automóvil empezó a bambolearse. La rodilla de Kate, junto a la caja de cambios, se acercaba y se apartaba con los baches.

—Lo siento —dijo él sin saber bien por qué se estaba disculpando—, ya sé que tengo una habilidad casi sobrenatural para que todo resulte incómodo. —Y puso su mano conciliadora sobre la de ella. Entonces Kate entrelazó sus dedos y le dio un empujoncito cariñoso con el hombro. De pronto, por alguna razón, había cambiado su humor. Ya no estaba enfadada.

—¿Sabes que a veces eres un poco... —dejó la frase en el aire— *a little bit silly?* —concluyó en inglés, girándose hacia él, y le revolvió el pelo con simpatía, ese gesto a medio camino entre tomarle la fiebre y darle un pescozón.

—Tonto de remate —concedió él, respirando aliviado. El nublado había pasado de largo.

En aquella zona un automóvil deportivo de color verde con el capó brillante y los remaches cromados no pasaba precisamente desapercibido. Una mujer sentada a la puerta de un zaguán con una labor en la mano alzó la cabeza y los siguió con la mirada. Varios obreros que intentaban levantar un poste de la luz caído se volvieron con suspicacia.

La temperatura era agradable, a pesar del viento, pero el cielo tenía un color desvaído, sin relieve, y había unas nubes laminadas por el oeste en forma de cuña. Octubre y sus sombras anhelantes.

Pasaron delante de una iglesia encalada con un sagrado corazón en la puerta y una

pequeña cúpula de azulejos rematada en una cruz que se alzaba sobre una elevación del terreno de un modo un tanto desolado. Lo demás eran casas humildes de ladrillo, algunas con un terrenito plantado alrededor, balcones con ropa tendida, cobertizos de cañas y yeso en donde se notaba una bruma de pobreza suspendida en el aire: una fachada a medio pintar de un color amarillo chillón entre desconchones de cemento, una vaquería, un taller de alfarero que exhibía botijos de arcilla roja y una pila de cazuelas de distinto tamaño, un portal en el que había un colchón de lana arrumbado junto a otros trastos viejos, sillas rotas, ruedas de bicicleta, aperos de labranza... Doblaron en la esquina de un pequeño parque con un quiosquito de música y enseguida dieron con las cocheras del tranvía. Aquella zona parecía menos concurrida. No se veía a nadie. Estacionó el coche en una esquina.

—La venta no debe de estar muy lejos. Mejor espérame aquí. Volveré a buscarte enseguida —dijo Díaz-Ugarte, rozándole con un dedo la barbilla.

Cuando cerró la portezuela, un perro flaco y callejero empezó a ladrar, siguiéndolo por las calles.

—Que no se te olvide —le gritó Kate desde la ventanilla abierta, sonriente. Un golpe de viento la despeinó y se quedó allí, asomada, mirándolo mientras se alejaba, con la barbilla apoyada en el antebrazo, un mechón rubio despeinado sobre la frente y una esquina de su pañuelo gris agitado al viento.

La calle era ancha y sin asfaltar, con rastros empujados por el viento. A Díaz-Ugarte le recordó a uno de esos poblados abandonados del Oeste. Estaba a poca distancia de un arroyo llamado el Abroñigal, donde los carros de la limpieza arrojaban las inmundicias de Madrid, con lo cual el olor imperante no era precisamente a jazmines del valle. También iban a parar allí los desperdicios de un matadero contiguo, cabezas de pollo destazadas, vísceras podridas, restos de animales que se quedaban flotando al sol en una rebatiña perpetua que se disputaban los perros y las ratas. El firme se hallaba ligeramente en cuesta y a un lado y a otro había unas cuantas casas de una sola planta desperdigadas.

La Venta de los Tejares ocupaba la esquina del número 17, pero estaba cerrada a cal y canto. Tenía las contraventanas desvencijadas y cubiertas con carteles de la CNT. No parecía que hubiera tenido huéspedes desde los tiempos en que Isabel II usaba patucos. Díaz-Ugarte fue hasta la puerta de entrada e intentó empujarla sin éxito. Miró por la ranura de la cerradura y no vio señales de que hubiera nadie dentro. Por unos instantes permaneció inmóvil con expresión de contrariedad, pensando que tal vez se había equivocado, pero el rótulo con el nombre de la venta que colgaba de la puerta no dejaba lugar a dudas. Así que buscó la manera de entrar, rodeando el edificio. En la parte trasera había una especie de patio flanqueado por un muro de más de dos metros de altura. Tuvo suerte de que en uno de los lados hubiera una cañería que aprovechó para escalar. Desde arriba vio que había una ventana sin rejas que daba al interior. Tragó saliva al pensar en el desnivel, pero una osadía nueva y quizá quijotesca se había adueñado de su carácter en los últimos tiempos. Contó hasta

tres y saltó. Lo consiguió, pero se hizo un rasguño en la mano al caer y la palma de los pies se le quedó tan escocida como si hubiera pisado brasas ardiendo.

Tal como había pensado, la ventana solo estaba cerrada por un pasador interior. No le resultó difícil abrirla de un empujón. Se quedó quieto en la penumbra, un poco extrañado de sí mismo, como si no se reconociera del todo en aquella situación. Atravesó un pasillo y echó un vistazo por el interior: habitaciones pequeñas con polvorientas cortinas de malla y paredes adornadas con cuadros dieciochescos de escenas cortesanas. El decorado habitual de una casa de mala reputación. Pero Díaz-Ugarte no supo calcular el tiempo que la venta podía llevar cerrada. Si es que estaba cerrada. Podían ser días, semanas o meses. No creía que ni en sus mejores tiempos de actividad hubiera tenido un aspecto más presentable. Se dirigió al registro de la recepción, para ver si podía encontrar alguna pista de que el chico se hubiera alojado allí, pero no había rastro de documentación ni libro de entradas de ningún tipo.

Se disponía ya a darse la vuelta y volver al coche cuando reparó en una especie de trastero interior empotrado en el muro trasero. La puerta era pequeña, como de cuadra o granero. La abrió de una patada y tuvo que agacharse para entrar. Encendió el mechero para alumbrarse. Sus ojos tardaron unos segundos en adaptarse a aquella penumbra. Al principio no fue muy consciente de lo que veía. Una silla con cuerdas al fondo, una polea colgada del techo, algunas herramientas que parecían de un taller de carpintería, arrumbadas al fondo: serruchos, buriles, tornos, tenazas... La peste era insoportable en el interior, pero le costó un momento darse cuenta de en qué clase de lugar se encontraba. En el mundo intelectual y civilizado que él habitaba al aire libre en la colina de los Chopos, a nadie se le arrancaban las uñas de cuajo, ni se le colgaba cabeza abajo del cañón de una chimenea, ni se le golpeaba hasta dejarlo inconsciente, ni se le introducía una estaca por detrás hasta reventarle las vísceras por dentro. La luz de alarma se le encendió a Díaz-Ugarte cuando descubrió en el suelo un montículo de larvas blancuzcas moviéndose sinuosamente sobre lo que parecían restos del tasajo de una carnicería. Fue entonces cuando se le representó toda la escena y vio a Gabino Aguirre atado de pies y manos y colgado cabeza abajo de un gancho de despiezar reses. En ese momento se alegró de haberle pedido a Kate que le esperase en el coche. Tragó saliva varias veces, tratando de contener una arcada, y se preguntó si José Hidalgo conocería la existencia de esa sala de tortura oculta cuando le dio la dirección de la venta. Era probable que el Búho manejara información policial, pero lo que tenía claro era que aquello no podía ser una dependencia legal del cuerpo de Policía, sino un matadero clandestino.

Desde lo ocurrido en Asturias, el país había cambiado de plano. Ya no era la nación confiada y alegre, de champán barato y filosofías despreocupadas, que había proclamado la República con tanto entusiasmo. Tres mil muertos eran muchos muertos y las cárceles estaban abarrotadas de presos. Pero el número de los ejecutados oficialmente era muy inferior a los que desaparecían de una manera más oscura sin dejar rastro. Hacía apenas unos meses que se había levantado el estado de

guerra y las paredes empapeladas de carteles todavía reflejaban la profunda zanja ideológica que dividía a los españoles entre los que habían simpatizado con los mineros y los que estaban de parte del Ejército. Madrid se estaba convirtiendo en una ratonera, llena de detenidos, rincones oscuros, escaleras torcidas, delatores, sótanos siniestros, habitaciones cerradas y laberintos que no llevaban a ninguna parte. Pero Kate no tenía ni idea de todo aquello, pensó para sus adentros. Para ella España todavía era el país idealista de un hidalgo pobre que luchaba contra molinos de viento.

El nombre del comandante Doval fue el primero que le vino a la cabeza a Díaz-Ugarte. En aquellos días todo el mundo estaba al tanto de sus andanzas. Y recordó algo que le había oído al doctor Ochoa al referirse al informe pericial sobre las causas de la muerte de Gabino Aguirre. El forense se había quejado de lo absurdo que era tener que presentar el parte médico de un homicidio a los mismos que lo habían causado. Pero entonces no tenía ni idea de quién era Lisardo Doval. Ahora, sin embargo, no había nadie en Madrid que no estuviera al tanto de su historial. Se trataba de un excomandante de la Guardia Civil que iba por libre y reclutaba su equipo de matones entre las mafias turcas y balcánicas, familiarizadas con los métodos de extorsión orientales. Se había hecho famoso por las ejecuciones ilegales y los excesos cometidos contra los detenidos durante la represión de la rebelión minera de Asturias. El tipo había impuesto un auténtico régimen de terror que había llegado a escandalizar hasta a sus propios superiores. Cuando el asunto trascendió, no tuvieron más remedio que destituirlo.

Sin embargo, aunque había sido expulsado del cuerpo, corrían rumores de que le hacía el trabajo sucio a la Policía. Recordó que el doctor Ochoa le había informado de que el chico había muerto empalado y durante unos segundos cruzó por su mente el rostro de rasgos otomanos con el cráneo pelado y la nariz prominente del gigante con la capa de hule que lo había apaleado a la salida del cine. Una mosca abotargada le zumbó a Díaz-Ugarte alrededor de la oreja y él la apartó de un manotazo antes de salir de aquel lugar como alma que lleva el diablo. Estaba mareado y necesitaba con urgencia una copa.

En el exterior la luz había cambiado, reflejándose como un incendio por el oeste, y el viento soplaba con menor intensidad, mientras una bandada de vencejos cruzaba el aire hacia el sur. El profesor miró a izquierda y derecha y no vio nada que lo inquietara. Dobló en la esquina de la calle Cartagena y se dirigió hacia la parte trasera de las cocheras del tranvía, donde había dejado el coche. Caminaba a paso rápido por la calle desierta, con el sol de la tarde de frente, deslumbrándolo un poco; pero, a medida que se iba acercando, notó que se le dilataban las fosas nasales. Un reflejo instintivo de caballo que huele el peligro. No podría decir por qué, pero supo que algo no iba bien. No era por lo que había visto en el sótano. Se trataba de otra cosa. Un aguijonazo seco, como una alarma anticipada. La sensación era la de encontrarse delante de una de esas reproducciones falsas donde todo estaba aparentemente en

orden salvo un pequeño detalle que había sido alterado con respecto al original. En el momento no fue consciente en modo alguno de qué era lo que fallaba. Su cerebro registraba los pormenores más triviales a toda velocidad sin percibir nada anormal. Los pájaros, la calle de tierra, el quiosquito de música en el parque... Vio el Bugatti deportivo a unos treinta metros, aparcado exactamente en el mismo lugar en el que lo había dejado, con sus manivelas niqueladas y el capó cubierto por una fina capa de polvo de color ocre. Caminó hacia él con el corazón en un puño. La puerta estaba abierta y las llaves puestas.

Pero en su interior no había rastro de Kate por ningún lado.

Capítulo XV

Díaz-Ugarte dejó vagar sus pensamientos por las estanterías. Tenía la impresión de ser presa de un extraño letargo, como si hubiera hecho un viaje larguísimo para regresar al mismo sitio en el que estaba, a aquel despacho de paredes llenas de libros, donde había llegado a un punto muerto como escritor. Un espacio opresivo donde cada detalle, desde las fotografías hasta los diplomas enmarcados, estaba dispuesto en su honor como en un ostentoso pedestal. Se hallaba ensimismado, con el ceño fruncido, junto a la ventana que daba a la calle Velázquez. Habían pasado varios días desde que el mundo se le había caído encima.

El aire en el exterior se había vuelto de un gris invernal, el vapor humeaba en las calles y fuera todo parecía tocado por una melancolía incurable, blanda y húmeda como en una pesadilla. El profesor se aflojó el nudo de la corbata y se la sacó por encima de la cabeza con las dos manos como un condenado a la horca al que le hubiera llegado el indulto en el último momento. Pero no. Él seguía con la soga al cuello.

Desde la desaparición de Kate le había dado mil vueltas a lo mismo, recordando, paso a paso, todo lo que había hecho aquel día, tratando de encontrar algún agujero, algo que le hubiera pasado desapercibido, una grieta por donde pudiera colarse todavía alguna esperanza.

En un primer momento había tratado de mantener la calma, intentando no alarmarse. Había encendido un cigarrillo y se había sentado en el coche a esperarla con la ventanilla abierta. Confiaba en que ella hubiera salido a echar un vistazo por su cuenta y volviera enseguida. Eso era típico de Kate, siempre fue una mujer con iniciativa propia. Además no había nada en el coche que hiciera pensar en que la hubieran sacado a la fuerza. Ni un golpe, ni una rayadura, ni un rastro de la menor violencia. Nada. Todo estaba en orden. Había esperado un buen rato junto a las cocheras del tranvía, hasta que empezaron a encenderse las primeras luces de aquel barrio con lomas y pequeñas hondonadas de tierra. Fue entonces, ya angustiado por los peores augurios, cuando se decidió a llamar a las puertas de las casas y preguntar si habían visto por allí a una joven extranjera, rubia, alta, con un pañuelo gris anudado al cuello. Tras los umbrales humildes de cañizo, las mujeres lo miraban con asombro y cierto temor, como si les hubiera preguntado por una princesa fugitiva de la ley. Nadie la había visto. Dio varias vueltas con el coche por el barrio, pasó dos veces por delante de la iglesia del Sagrado Corazón, con su torre rematada por una cruz, envuelta en una soledad espectral y apagada. Escrutaba la negrura en los trechos sin iluminar, imaginando que se hallaba perdido en uno de esos laberintos en los que la gente era abducida y desaparecía sin dejar rastro y nadie decía nada. Tampoco en la taberna de La Prosperidad, donde bebían acodados en la barra algunos de los obreros que estaban reparando el poste de la luz cuando ellos habían pasado, supieron darle razón.

—Tienen que haberla visto —insistió él desesperado, describiéndola una y otra vez con todo lujo de detalles, rubia, de un metro setenta—. Venía conmigo en el coche —dijo, señalando hacia el automóvil.

—Perdone que se lo diga, pero se arriesga usted mucho viniendo por aquí con un deportivo como ese —le soltó uno de los albañiles, un tipo moreno de hombros montañosos—. Este es un barrio de gente humilde. No nos gustan los señoritos.

—Déjalo, Paco —intervino otro, más condescendiente, poniéndole una mano en el antebrazo—, solo está preguntando.

Díaz-Ugarte se quedó mirando al grupo con cautela instintiva y se dio la vuelta eludiendo las miradas. No creía que aquellos hombres tuvieran nada que ver con la desaparición de Kate, pero la hostilidad del lugar se palpaba en el aire.

¿Por qué lo habría mandado allí el Búho? ¿Acaso pensaba que iba a tragarse que Los Tejares era un nido de amor o quería que descubriese el matadero clandestino? El profesor se había hecho las mismas preguntas cientos de veces. Pero cada vez ganaba más peso en él la sospecha de que quizá alguien estuviera interesado en que acudieran a aquel lugar, tal como hicieron, con un fin concreto, y hubiera utilizado al periodista para su objetivo. Aunque, conociendo a Hidalgo, tampoco era descartable que el propio periodista hubiera accedido a actuar como intermediario a cambio de alguna compensación. Se sentía como un pez que había mordido el anzuelo.

Durante los días siguientes preguntó por Kate en la pensión para señoritas de la calle Fortuny, pero allí no sabían nada de la estudiante americana desde el día en que ella descendió precipitadamente las escaleras para atender una llamada de teléfono. También intentó ponerse en contacto con su directora de estudios, pero *miss* Abramson hacía seis días que había regresado a América. Cada paso que daba, se le cerraba una puerta en las narices. La buscó por todas partes. Informó a la embajada estadounidense para que tomara cartas en el asunto. Habló con Jiménez Fraud y con el poeta Pedro Salinas y les pidió que denunciaran la desaparición ante la Oficina de Relaciones Internacionales, aunque sabía que el resultado de esas gestiones sería solo testimonial. Intentó utilizar sus contactos en el ministerio para saber si había sido detenida. El subsecretario de su negociado, con el que mantenía una buena relación, le prometió hacer averiguaciones. Era un hombre eficiente y bien dispuesto. El profesor no dudó de su buena voluntad, aunque tal como funcionaba el ministerio, con capillas y comisionados que actuaban como feudos aislados, podía llevarle semanas averiguar algo.

Habló con los alumnos de la Residencia que asistían a su mismo curso y entonces se sorprendió de lo poco que sabía en realidad de Kate, de quiénes eran sus amigos, de adónde iba o a qué dedicaba el tiempo que no compartía con él. Nunca habría imaginado, por ejemplo, que ella hubiera trabado cierta amistad con el compañero de habitación de Gabino Aguirre y que este le hubiese entregado la agenda donde el chico muerto apuntaba sus cosas. ¿Por qué no le había comentado Kate nada de eso? No lo sabía. En cualquier caso, ya no importaba. A aquellas alturas podía hacerse una

idea bastante aproximada de lo que Gabino Aguirre había escrito en su cuaderno. Hacía días que los periódicos no hablaban de otra cosa.

El escándalo del estraperlo ocupaba las primeras páginas de todos los diarios. La dimisión del presidente y la caída del Gobierno de derechas abrían una brecha demasiado profunda en el futuro de la República.

Nadie imaginaba que las cosas hubieran podido llegar tan lejos. El caso había empezado cuando unos cuantos políticos del partido en el poder habían hecho valer sus influencias para autorizar la famosa ruleta patentada por Daniel Strauss a cambio de un sustancioso porcentaje en el negocio del juego. Según *El Herald*, el ministro de la Gobernación había recibido en un sobre la nada desdeñable cantidad de cien mil pesetas y el propio presidente del Gobierno, Alejandro Lerroux, había sido agasajado con un reloj de oro macizo.

Al principio daba la impresión de que la cosa funcionaba. Los crupieres habían tenido su momento de gloria en el Gran Casino de San Sebastián y en el hotel Formentor de Mallorca. En menos de una semana, miles de personas tentaron a la suerte en sus salones. Pero la fiebre de las apuestas no duró mucho y finalmente los casinos fueron cerrados por iniciativa del ministro católico de la CEDA, José María Gil-Robles. Fue entonces cuando el empresario Daniel Strauss recurrió al chantaje, amenazando con hacer públicos los sobornos si el Gobierno no le pagaba cuatrocientas veinticinco mil pesetas en concepto de pérdidas. Fue el comienzo de su estrategia de venganza, en la que a Gabino Aguirre quizá le tocó ser el peón sacrificado, la pieza más indefensa en medio de un fuego cruzado.

Díaz-Ugarte estaba convencido de que la desaparición de Kate guardaba un estrecha relación con aquel caso, por eso no podía dejar de darle vueltas. Era la única manera que tenía de controlar su angustia. Rebuscó en su cabeza intentando encontrar algo que le permitiera aclarar un poco las ideas. Lo consiguió solo a medias, al recuperar datos que llevaban tiempo ahí esperando. Esa clase de información que por alguna razón uno intuye que un día significará algo y la guarda hasta entonces en un rincón trasero de la memoria hasta que de pronto algo hace clic y cada cosa encaja en su sitio. O casi.

Resultaba evidente que los Strauss habían utilizado a Gabino Aguirre de enlace por sus contactos con el sobrino del presidente. Era un chico listo, apuesto, con aires de galán de cine y con amistades masculinas influyentes, lo suficientemente ambicioso para arriesgarse y lo bastante ingenuo para creer que podía salir indemne. Pero cuando las cosas empezaron a complicarse, no hubo marcha atrás. El chico sabía demasiado, tal vez quiso aprovechar su ventaja, jugando a dos bandas. Al fin y al cabo, en un juego de azar cada cual puede hacer sus propias apuestas.

Lo cierto era que finalmente Gabino Aguirre había acabado por convertirse en una amenaza para el empresario y para el propio Gobierno. Alguien debió de ponerse nervioso y dar la orden de detención. Fue entonces cuando la Brigada Criminal irrumpió por la fuerza en la Residencia de Estudiantes y se lo llevó esposado. Hasta

ahí, lo que todo el mundo había visto. Lo que Díaz-Ugarte había conseguido averiguar por su cuenta era que, poco después de ser interrogado, al chico, misteriosamente, lo habían puesto en libertad. A partir de ese momento, todo eran suposiciones. Según sus cábalas, debió de ser entonces cuando entraron en acción los hombres de Doval en el sótano de Los Tejares para apretarle las tuercas. Nada oficial, un trabajo sencillo, discreto, eficaz. Visto y no visto. La implicación del presidente del Gobierno no había trascendido aún a la opinión pública, las cosas todavía podían enderezarse. Además el muchacho no era nadie, un simple estudiante, demasiado ambicioso y demasiado joven. ¿Qué edad tenía?, pensó Díaz-Ugarte, ¿veintidós años?

A juzgar por lo que decía la prensa, no parecía que el presidente del Gobierno hubiese calculado bien la fuerza de su adversario. Strauss era un viejo caimán muy entrenado. Durante los días siguientes varias copias del *dossier*, con información detallada, pruebas, nombres y cantidades, habían llegado a la sede del principal partido de la oposición.

El plan inicial de intentar tapar el asunto se vio alterado por el temor a que la izquierda aprovechara la situación con fines electorales. Fue eso lo que decantó finalmente al ejecutivo a crear una comisión de investigación y poner el caso en manos del Tribunal Supremo. A partir de ese instante la suerte estaba echada. Se precipitó el desmantelamiento de la telaraña de secretos tramada por los Strauss y sus socios. Se rompió la confidencialidad. El informe llegó a todos los periódicos. La bomba estalló haciendo saltar por los aires el rentable y civilizado arreglo que todos tenían concertado.

Decenas de políticos fueron relevados de sus puestos. El alcalde de Madrid, el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes y el presidente del Gobierno dimitieron también de sus cargos. La mayor crisis política de la República. Mucha gente perdió su dinero, su reputación, su posición política... Pero un chico perdió la vida. Siempre hay un cabeza de turco. Un humilde peón de ajedrez, una pieza insignificante en el esquema general de las cosas.

Empezaba a lloviznar, unos sacos de nubes oscuras se amontonaban sobre los tejados de enfrente, donde empezaba a agazaparse la noche. Todo el despacho parecía envuelto en una luz cenicienta. Díaz-Ugarte frunció el ceño en silencio, un día más pasado en balde. Se acarició varias veces el mentón con la mano, un gesto particular, una especie de tic que se le manifestaba cuando en una situación aparentemente clara y resuelta había algo que no terminaba de encajar. La pieza del rompecabezas que le venía sobrando tenía que ver con el menú de un restaurante de lujo. Ostras y champán. ¿Cómo se explicaba esa última cena? ¿Dónde había tenido lugar? ¿Con quién? Preguntas sin respuesta.

Díaz-Ugarte había pensado que tenía en su poder todos los elementos del puzle, pero la desaparición de Kate había añadido una incógnita nueva de lóbrego cariz.

No podía quitarse de la cabeza la última imagen que tenía de ella. Kate le estaba diciendo algo desde la ventanilla abierta del coche con la cabeza ladeada y el mentón

apoyado en el antebrazo, sonriendo, mientras un golpe de viento le revolvía el pelo. Tenía un aire de heroína de las películas americanas. Era la chica de la diligencia, la rubia en peligro, y él no había sabido defenderla.

Díaz-Ugarte oyó un crujido de madera en el pasillo. Al volverse vio a su mujer apoyada en el marco de la puerta entreabierta de su estudio con un batín largo de terciopelo verde. Desde el salón llegaba el tictac de un reloj suizo que les habían regalado cuando contrajeron matrimonio. No sabía cuánto tiempo podía llevar Mari Paz allí, observándolo con aquella sonrisa extraña. Tuvo una intuición, un atisbo de algo oscuro.

—Olvídate de Kate —fue todo lo que dijo ella.

No le chocó el tono imperativo que empleó su esposa, sino la mención expresa del nombre de Kate, pronunciado lentamente, como si destilara veneno. Lo que había dicho lo había dicho con la clase de aplomo que solo se consigue si se tiene mucho poder o se es hija de quien lo tiene.

Una sola frase fue suficiente para que de repente él lo entendiera todo. Y entonces, por fin, las piezas hicieron clic y encajaron perfectamente. Se le erizó la piel de la espalda. Si existía un infierno, en aquel preciso instante el profesor Díaz-Ugarte acababa de entrar en él.

No fue hasta ese momento cuando acabó de verdad de ordenar en su cabeza todas las cosas que llevaban tanto tiempo esperando, las palabras que no se había llevado el viento, sino que se habían ido quedando en el aire, pululando por el techo, revoloteando de una habitación a otra como buitres alrededor de un cadáver. Un infierno privado, hecho a la medida exacta de sus ambiciones. Volvió a recorrer con la vista aquel despacho rancio amueblado con la severidad de un eterno aspirante a premio nobel. Conocía los mecanismos literarios, tenía su propia corte de fieles. Odiaba el talento ajeno, como cualquier poeta de su generación. O más. Sabía en qué consistía un gran poema, pero había algo en su interior que le empujaba en sentido contrario, como si una parte de él buscara adrede su propio fracaso. El espíritu de la contradicción, podría decirse. Una versión de sí mismo dispuesta siempre a echarlo todo a perder. Habría dado la vida por escribir como Pedro Salinas, sin ir más lejos. Podía recitar sus versos en nombre propio como un masoquista refinado que se recrea en su propia tortura. No le faltaba talento, sino otra cosa. Algo esencial que había perdido por el camino y que nada tenía que ver con las palabras. Al fin y al cabo, pensó, el remordimiento era un ejercicio meticuloso que compensaba no haber escrito un gran libro a los tipos como él.

Cuando descubrió en su personalidad esa cualidad negativa, sintió algo parecido a la necesidad de expiación, una especie de arrepentimiento, como el del artista que se equivoca. No fue algo que vislumbrara de un día para otro, sino un proceso lento que había ido fermentando en su interior sin darse cuenta hasta que un día se encontró con que le había devorado el cerebro. Necesitó remontarse muy atrás, cuando todo lo que había de ocurrir no había ocurrido aún y por lo tanto el mundo era todavía un lugar

distinto y mejor. Hacía mucho de eso. Retrocedió hasta la mujer morena con el hoyuelo en la barbilla. El poeta y su primera musa. Él escribía versos, pronunciaba frases solemnes, citaba a Virgilio. Creía a destajo en la inmortalidad. Bien es cierto que aún no sabía el precio que tendría que pagar por ella, pero de algún modo en su fuero interno ya había aceptado la factura. ¿Qué fue lo que ocurrió? No quería pensarlo.

Recordaba una conversación. Todo el mundo habla más de la cuenta cuando está enamorado. Nadie puede controlar el efecto que pueden tener las palabras. Sus consecuencias. Ella era demasiado joven para entender ciertas cosas, temía que cada vez que se encontraban fuese la última. Vivía con esa angustia. Más de una vez él le había prometido dejarlo todo, pero llegado el momento siempre surgía un contratiempo que le obligaba a retrasar la decisión. En el fondo nunca tuvo determinación para afrontar el escándalo. De modo que los amores se volvieron imposibles y extremos en la línea divisoria de la vida y la muerte. Un hombre ha de tener el valor de detenerse a tiempo o el coraje para seguir adelante. Él no había tenido ninguna de las dos cosas. Fue su límite.

Cada vez que rememoraba la situación, el profesor notaba que le faltaba el oxígeno, como si algo muy retorcido y perverso atravesara el aire entre aquellas cuatro paredes, algo que tenía que ver con su naturaleza de hombre casado, desde luego. Había en aquel despacho un olor enfermizo, como en esas habitaciones donde ha vivido un inválido.

Ahora esa misma sensación de atmósfera viciada la tenía no solo en su casa, sino en todas partes a donde iba, como si a su alrededor se estuviera urdiendo un complot: conversaciones en voz baja por teléfono, papeles revueltos en la mesa de su despacho, el golpeteo sordo de unos tacones en la madera encerada del pasillo, yendo y viniendo, un silencio repentino en los lugares por donde él pasaba, como si se estuviera tramando a sus espaldas algo vagamente diabólico y se hubiera interrumpido de golpe justo en el momento en el que él había entrado. Díaz-Ugarte estaba paralizado y aturdido por el terror de estar viviendo de nuevo un pedazo de vida ya vivida. No sabía, sin embargo, por dónde le podía venir el golpe en esta ocasión.

Dos veces le habían preguntado por Kate en el ministerio y una de ellas alguien había insinuado que ella tenía contactos con militantes comunistas del Comité Judío Americano. Le vino vagamente a la cabeza una noticia escuchada en la radio sobre el desmantelamiento de una célula clandestina, no recordaba muy bien de qué se trataba, algo relacionado con espionaje, le parecía recordar, una red prosoviética o algo por el estilo... Pensar que alguien pudiera tomar a Kate por una espía le resultaba una idea tan disparatada que ni siquiera sospechó que pudiera tratarse de una excusa para incriminarla por otra clase de razones.

Díaz-Ugarte se estremeció al pensar en las mil maneras que tenía la Brigada Social y Criminal de declarar culpable a una persona. Recordó el encuentro a la salida

del cine, el aire familiar del tipo de las orejas de soplillo... Estaba seguro de haberlo visto antes en alguna de las dependencias del ministerio. Tal vez en la segunda planta, donde estaba la Oficina de Seguridad. Siempre había mucha gente haciendo cola en los pasillos de aquella oficina. Allí se gestionaban las temibles delaciones privadas, las acusaciones particulares, los ajustes de cuentas... Uno de los sectores en crecimiento del Comité de Orden Público desde la revuelta minera de Asturias. Bastaba con que alguien influyente, un alto funcionario, la mujer de un embajador, una esposa despechada o un vecino insidioso se presentase en aquella oficina y denunciara sin demasiadas precisiones unos hipotéticos hechos atribuidos a cualquiera para que la persona en cuestión fuese detenida, interrogada, enviada a la cárcel o desapareciese para siempre de la faz de la tierra.

El cucú del reloj suizo lo sobresaltó como un disparo. Se hallaba de pie, inmóvil, con el corazón latiéndole muy deprisa. Acababa de comprender con muchos años de retraso que en un matrimonio siempre hay uno al que le toca hacer el trabajo sucio. El rostro de su esposa se desvaneció en el cristal de la ventana por el lado oscuro de la noche.

A pesar de lo repentino del descubrimiento, Díaz-Ugarte no estaba sorprendido. Esto —lo supo de pronto— era algo que en el fondo se esperaba. Había estado esperándolo desde el mismo día en que los Strauss los invitaron al cóctel de recepción al cónsul holandés en el hotel Palace. Se acordaba perfectamente. Por un momento le pareció volver a aquel carrusel de baile con sedas y brillos de espejo que giraba a su alrededor provocándole una vaga sensación de mareo. Sintió de nuevo la piel de Kate a través de la tela de su vestido negro, el suave balanceo de su cuerpo al ritmo del vals mientras lo miraba retadora, en silencio, sin saber qué estaba ocurriendo exactamente entre ellos y, sobre todo, sin poder evitarlo. Pero la culpa había sido suya. Al fin y al cabo, él era una persona conocida en aquellos ambientes. El escándalo estaba asegurado. Había sido una locura bailar juntos a la vista de todos. Aquello tenía que haber llegado a oídos de su mujer y de su suegro. ¿Cómo había podido ignorarlo? Madrid era una ciudad donde la maleza se descolgaba por los balcones de la siesta y hasta los secretos de Estado acababan siendo del dominio público. Él lo sabía bien, conocía al dedillo aquel patio de comadres que vivía de despellejar al prójimo, de habladurías eternas, de rumores cortesanos, de cotilleos difundidos de portal en portal... No solo se había puesto en evidencia, sino que les había servido a Kate en bandeja. Un cadáver más en la conciencia. Mientras recordaba la escena del baile, un calambre le hizo contraer las escápulas como un animal enfermo.

No sintió amargura, ni ira, ni siquiera odio. Solo una vaga sensación de horror creciendo pavorosamente en su interior. Fue entonces cuando comprendió que para él había llegado el momento de vender su alma al diablo.

Capítulo XVI

Tenía frío. Mucho frío. Le crujían los huesos. Kate se había quedado quieta, pero sentía que la tierra seguía moviéndose bajo sus pies. Estaba acurrucada en un camastro, envuelta en una manta áspera de estameña, el pelo lacio, echado hacia atrás, los huesos muy afilados, marcándole la mandíbula. Los dientes le castañeteaban como un juego de té en el vagón restaurante de un tren. Le resultaba raro estar allí. Era como hallarse en un lugar que no existía del todo, en una especie de limbo. A veces oía unos sollozos ahogados a través del tabique y eso era lo peor. Oír llorar a alguien en la oscuridad da una idea aproximada del espanto hecho a la medida de cada cual. Kate trataba de pensar en otra cosa.

Recordó cuando de niña el frío le hacía tiritar y le cuarteaba los labios. Un aire cortante que paralizaba los músculos de la cara con solo poner un pie fuera de casa. Su cabeza se llenó de imágenes de las tribus indias cubiertas de los pies a la cabeza con pieles de búfalo. Familias enteras medio congeladas. Se acordó de que Bogey tenía un gorro de piel de mapache, como el de Davy Crockett, que a ella le gustaba mucho. Una vez había estado en plena nevada jugando a perseguirlo para arrebatárselo hasta que los dos se apoyaron exhaustos en la cerca de la granja a tomar aliento, sonrientes, con la nariz congelada y las mejillas rosáceas. Había diminutas esquirlas de hielo alrededor que crujían como astillas al partirse. Fue uno de los pocos instantes en los que ella tenía conciencia de haber estado al borde de una felicidad para toda la vida, con doce o trece años y la nieve quemándole las fosas nasales. Kate volvió la mirada hacia la luz grisácea que entraba por la ventana enrejada de la celda en actitud soñadora: las mañanas blancas, el gorro de pieles de Tennessee, las esquirlas de hielo tintineando unas contra otras al caer, los dientes castañeteando... Pero aquello no era el frío glacial de las praderas, sino el invierno crudo de Madrid.

Antes de que la condujeran allí había estado en otro lugar. Recordaba que la habían llevado por uno de los túneles del metro, un pasillo largo y húmedo que olía a orines. Luego la habían subido en una especie de montacargas hasta un cuarto piso. Después de cruzar por una puerta de madera, alta, como las de la estación de tren, llegaron a una sección con oficinas a ambos lados del pasillo separadas por mamparas de cristal, donde solo se oía el constante teclado de las máquinas de escribir y el retínglar de los timbres. Allí la hicieron sentarse frente a una mecanógrafa de cara larga y severa, con una chaqueta gris de punto y hombros estrechos como una percha. La mujer se limitó a transcribir su declaración sin dignarse mirarla de frente una sola vez.

Kate se preguntaba qué querían de ella. Al principio pensó que tal vez le interesase lo que ella pudiera saber sobre Gabino Aguirre. Creyó que el motivo de su detención era la agenda del chico que le había dado Hans Müller y que llevaba en el bolso en el momento del arresto. Y en efecto, después del interrogatorio le devolvieron la bandolera de cuero con todo su contenido, incluido su pasaporte y los

cigarrillos americanos, pero no estaba el pequeño cuaderno de tapas azules cerrado con un elástico. Respiró aliviada pensando que, si ya tenían lo que querían, por fin la dejarían ir. Sin embargo, de aquella oficina la llevaron a otras dependencias donde continuaron haciéndole preguntas muy extrañas y sin ningún sentido durante horas. Para entonces ella ya se había dado cuenta de que aquello no podía acabar bien.

Hay personas que encuentran la corriente sin más y nadan con ella; al margen de dónde estén, siempre saben de qué se está hablando, quién piensa qué cosa, por dónde va a venir el próximo golpe. Kate no era una de ellas. La corriente siempre la desbordaba y se la llevaba río abajo, como hizo con Amy.

Si ya tenían el cuaderno, ¿qué otra cosa querían? No entendía qué estaba pasando. Le preocupaba no saber lo que ellos deseaban que les dijera. ¿Qué pasaría si no conseguían de ella lo que buscaban, fuera lo que fuese? ¿Le ocurriría lo mismo que le había sucedido a Gabino Aguirre? Hasta el momento nadie le había puesto la mano encima, pero empezaba a estar asustada.

Le preguntaron cosas sobre los programas oficiales de desarrollo agrícola de la URSS y sobre una supuesta reunión de comunistas americanos con dirigentes rusos celebrada en Madrid. También insinuaron algo sobre el transporte de documentos oficiales entre miembros del Comité Judío Americano y militantes del partido en Nueva York. Algo tan disparatado que ella, a pesar del susto, estuvo a punto de echarse a reír. Aquello no podía ir en serio. Era demasiado rocambolesco. Tenían que haberla confundido con alguien.

Mientras esperaba en una de aquellas sillas de respaldo alto, imaginaba esperanzada que Álvaro estaría buscándola por todas partes y aparecería de un momento a otro para sacarla de allí. Él tenía contactos en Madrid, escribía en los periódicos, contaba con amigos en las altas esferas, peces gordos... Sin duda sabría qué hacer y a quién recurrir para acabar de una vez con aquel malentendido. Estaba segura de que en cuanto él apareciese, todo se arreglaría en un abrir y cerrar de ojos, y continuó pensando lo mismo después de varias horas de angustia en las que permaneció sentada con las rodillas juntas y las manos en el regazo, contando los minutos mientras se aguantaba las ganas de orinar. Pero en todo ese tiempo no ocurrió nada de lo que esperaba. Nadie preguntó por ella. Ningún caballero andante fue a rescatarla de su cautiverio.

A pesar de ello, siguió manteniendo la esperanza por obstinación, aunque con un convencimiento cada vez más leve, algunos días después cuando la trasladaron a la cárcel de mujeres de Ventas. Un edificio reciente de ladrillo y paredes encaladas, situado en la calle Marqués de Mondéjar.

La condujeron hasta allí en un furgón con varias reclusas. En la puerta las recibió una funcionaria con aspecto de monja que olía a lejía y llevaba un manajo enorme de llaves atado a la cintura. Fue ella quien la acompañó hasta su celda por un laberinto de corredores con paredes altas, recubiertas de azulejos. La cárcel tenía seis galerías y al fondo de cada una había un baño comunitario con letrinas y lavabos. A ella le tocó

la cuarta. Como extranjera, le adjudicaron una celda individual. En su situación habría agradecido compañía para tener alguien con quien desahogarse. Desde su detención la embargaba una permanente sensación de inseguridad, de deslizamiento, como si hubiera dado un paso en falso, pero no sabía dónde se había equivocado. Por la noche se quedaba en el catre, callada, fumando, mirando el techo, en busca de algún recuerdo que le calentase el corazón, un poco herida en su amor propio, esforzándose por mantener el aplomo, pero a duras penas lo lograba. ¿Y por qué no iba a tener ganas de llorar?

A veces a las dos de la madrugada aún estaba despierta. No era fácil conciliar el sueño. Cada tres minutos una potente ráfaga de luz de los reflectores de vigilancia exteriores barría la celda de extremo a extremo a través del rectángulo enrejado del ventanuco que daba al patio.

Se acordó de la primera vez que había pensado en viajar a España, fascinada por los libros que había leído, y se vio una mañana de primavera sentada en uno de los bancos de madera del jardín de la biblioteca pública, aislada del ajetreo de la Quinta Avenida por una hilera de árboles, pasando las páginas de un libro encuadernado en tela con las tapas de color granate y letras doradas en el lomo. Nunca había pensado que pudiera sentirse tan conmovida por una historia de más de trescientos años.

Rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo; y fue que le pareció conveniente y necesario hacerse caballero andante e irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras...

Admiraba el carácter individualista de los españoles. Su dignidad ante la pobreza le parecía un rasgo de fortaleza, frente al vulgar materialismo de la sociedad norteamericana. Mejor ser pobres que ser esclavos de la producción en serie. Estaba fascinada por aquel país lejano, con esa ensoñación entregada de las personas fantasiosas por los lugares en los que no han estado nunca. Un mundo exótico lleno de virtudes antiguas e ideales nobles. Un territorio desconocido al otro lado del mundo. Tierra de poetas.

Qué peligroso era el idealismo, pensó Kate. Bajó la cabeza y recordó los versos de Antonio Machado: *No fue por estos campos el bíblico jardín; / son tierras para el águila, un trozo de planeta / por donde cruza errante la sombra de Caín.* Su rostro se había cerrado en banda con una dureza recién estrenada, pero no podía camuflar sus sentimientos. Sus ojos revelaban una mezcla desnuda de crudeza y asco. Pero también de comprensión. Ahora España le parecía un lugar muy distinto a aquel paraíso idílico. Menos pintoresco, más real y más oscuro. Un territorio que, sin embargo, le era propio, ya que ella lo había elegido entre todos los demás y había entrado en él por su propia voluntad, sin que nadie la obligara, como quien rebasa la frontera entre ficción y realidad.

Kate se quedó de nuevo abstraída en sus pensamientos. Si al menos tuviera algo para leer... En su situación un libro era lo más parecido a una puerta abierta al aire libre de la calle. La palidez le resaltaba las pecas muy claras en el puente de la nariz y en los pómulos huesudos. Estaba muy delgada, más que nada por cansancio. Miraba sin ganas hacia el rectángulo de claridad gris del patio, arrebujaada en la manta hasta que el trallazo repentino del timbre que anunciaba la hora del almuerzo la sacó de su abstracción.

Después de dos meses allí, ya estaba habituada a los sonidos de la cárcel: el cling-clang de los cerrojos, el sonido metálico de las puertas al cerrarse, las voces de las reclusas por las galerías, el eco de los pasos de las guardianas al hacer la ronda, las sirenas de noche, el eco de los timbres...

La prisión era un mundo con sus normas, sus olores rancios y sus pasos contados. Ciento cincuenta y dos de un extremo a otro del patio. Pero se podía resistir si una no se ponía a pensar más de la cuenta. Lo peor era darle vueltas a las cosas que una había dejado fuera, porque entonces cualquiera podía volverse loco. Kate pensaba demasiado.

No podía dejar de preguntarse en qué preciso momento la bola de cristal de sus sueños se había hecho añicos contra el suelo. Dónde se había equivocado. Pensaba en Álvaro Díaz-Ugarte, naturalmente.

No pasaba una sola noche en la que su fantasma no viniera a atormentarla, ardiendo de fiebre, con un ansia en el pecho que no le daba tregua, azuzada por las ganas físicas de tumbarlo boca arriba en el catre, no sabía si para desahogar con él su cólera ciega contra el mundo a puñetazo limpio o para hacerle el amor con extrema urgencia. Pero lo que más la torturaba era el terror a no volver a verlo nunca. Dosificaba los recuerdos más íntimos por miedo a no ser capaz de soportar sus embestidas; a veces los alejaba de su mente a pura fuerza de voluntad, igual que un *cowboy* de rodeos tratando de sujetar las bridas de un caballo salvaje para evitar que se desboque. Ahora no, murmuraba para sus adentros, y desviaba su pensamiento hacia otras cosas para no perder la cordura.

No había tenido tiempo de contarle al profesor su última conversación con Hans Müller, el día que él le había entregado la agenda de Gabino Aguirre. Había estado a punto de hacerlo durante el trayecto en coche a aquel barrio de las afueras, pero finalmente no lo había hecho, no sabía muy bien por qué; quizá pensó en contárselo más tarde, en el viaje de vuelta que nunca llegó a hacer. O tal vez lo olvidó porque tenía el corazón en otra cosa.

El alemán la había citado el día anterior en la orilla del canal. Los árboles tenían, esa tarde, una tonalidad gris bajo el cielo encapotado y el agua olía a detritus y a vegetación estancada. Desde que Hans Müller había empezado a hablar, ella ya notó en su tono de voz algo raro, algo que no le sonaba del todo inocente. El muchacho iba andando cabizbajo, con las manos en los bolsillos de una chaqueta deportiva de algodón con sus iniciales bordadas y la capucha caída sobre los hombros, como un

monje que camina hacia el cadalso. Hablaba con esa clase de pesar con la que uno se refiere a cierta información inservible cuando ya es demasiado tarde y que, sin embargo, en su momento pudo haberlo cambiado todo.

Hay cosas que uno sabe y le arruinan la vida. Saber, por ejemplo, que el día anterior a la muerte de Gabino Aguirre, Frida Lowmann le envió una nota de su puño y letra con instrucciones muy claras, aunque escritas en clave para no comprometerse. En ella le advertía entre líneas de su inminente detención si continuaba en Madrid y le aconsejaba que desapareciese del mapa por una temporada, que se ocultase en Linares o en cualquier otro lugar lejos de la capital hasta que pasara el peligro. El conserje de la Residencia había repartido el correo al mediodía, pero ante la ausencia del destinatario, se lo había entregado a su compañero de cuarto.

—Dile a Gabo que lo ha traído en mano una mujer de bandera —le dijo a Hans con un guiño cómplice.

¿Por qué el chico nunca llegó a recibir esa nota que tal vez le hubiera salvado la vida? Bueno, eso era harina de otro costal. El sobre tenía un color crema y olía a papel de carta perfumado, la clase de envoltorio que utilizaría una mujer enamorada para emplazar a su amante a una cita galante. O al menos eso es lo que debió de pensar Hans Müller.

El alemán se había pasado las dos manos por el pelo de color pajizo. Tenía las puntas de las orejas como brasas al rojo vivo. Parecía que todo su corpachón se hubiera venido abajo, sin un eje que lo sostuviera.

—¿Cómo iba yo a saberlo? —dijo con un tono de voz implorante y compungido, casi femenino, agachando la cabeza mientras miraba el agua quieta del canal, que tenía el color acerado de la hoja de un cuchillo. Hablaba entrecortadamente con voz apagada—. Esa mujer... —La voz se le apagó del todo, como si no le alcanzasen las fuerzas para continuar la frase.

Kate, ladeando un poco la cabeza, lo estudió con aire pensativo.

—¿Sentías celos de ella? —preguntó.

Hans Müller volvió a hundir sus ojos en las aguas turbias y Kate se dio cuenta de que los tenía húmedos.

—Si le hubiera dado esa carta a Gabo —dijo con la voz quebrada—, quizá todavía estaría vivo—. Su tono era tan apesadumbrado que Kate sintió ganas de consolarlo.

—No fue culpa tuya —le consoló, poniéndole una mano en el hombro—. Además no murió en la comisaría. Sabemos que lo pusieron en libertad a las pocas horas.

—¿Qué más da dónde lo mataran? —dijo el chico. Tenía un acento alemán tan marcado que la «r» de la última sílaba rascaba como el borde de una sierra—. Fueron ellos quienes lo hicieron. No lo habrían dejado marchar si no creyeran que podía serles más útil vivo. —Hablaban con conocimiento de causa. Le sonaban los métodos. Eran los mismos que seguía la Brigada Criminal en Alemania—. Si lo soltaron fue

porque pensaban que podía llevarles directamente a lo que buscaban —continuó, y de pronto pareció exhausto—. Lo más probable es que lo hubieran seguido directamente al salir de allí. —Hans Müller torció la cara con un gesto de repulsión como si estuviera a punto de escupir.

—¿Y adónde crees que habría ido Gabo después de abandonar la comisaría? —Kate le miraba directamente a los ojos.

—La única persona con influencias a la que podía recurrir era ella —dijo el alemán—. Conociéndolo, no es de extrañar que se hubiese presentado en casa de Frida Lowmann. Gabo era de los que no tenían reparos en meterse en la boca del lobo. Al verlo, ella debió de darse perfecta cuenta de la situación.

No se equivocaba en eso. La mujer de Strauss era una mujer inteligente en extremo, con suficiente experiencia para arriesgarse por uno de los suyos cuando aún había esperanza y también para no cometer errores cuando consideraba que esa persona estaba ya sentenciada.

—Debió de actuar como si nada —continuó Hans—. La señora Lowmann es una anfitriona profesional, vive de eso. Es muy posible que esa noche, como cualquier otra, tuviera invitados en casa. Todo el mundo habla de sus famosas cenas a base de caviar de beluga. No sé cuánto tiempo pudo permanecer Gabo allí, pero imagino que el suficiente para pensar su siguiente paso y hacer alguna llamada de teléfono. Supongo que estaba asustado. Necesitaba que alguien de dentro pudiese garantizarle cierta protección. ¿Quién? Probablemente un individuo que conocía al milímetro toda la red de extorsión, el gran contable, por así decirlo. Y fue al salir de su casa, bastante tarde, cuando le siguieron los matones, seguros de que los llevaría hasta él.

—¿Cómo sabes que eso fue exactamente lo que ocurrió?

—No lo sé. —Hans Müller cambió el peso del cuerpo de un pie a otro. Sus ojos de pestañas incoloras miraban sin ver, igual que si acabaran de contemplar horrores remotos. Al cabo de unos segundos pareció volver en sí y continuó—: Cuando uno no tiene ninguna certeza a la que agarrarse, no le queda más remedio que establecer conjeturas. Tú eres americana, es normal que todo esto te parezca una locura, pero yo soy alemán, mi visión del ser humano y de sus actos no puede ser tan de color de rosa. —Había una nota de ligero resquemor en el comentario que Kate decidió pasar por alto, aunque le molestaban los tópicos referidos a su país.

—Claro —dijo ella de un modo ambiguo, como si calculase cuánta información podía manejar Hans Müller que ella ignoraba—. Entonces, según tus conjeturas, ¿lo que querían era agarrar al tipo que llevaba las cuentas?

—No solo —respondió el alemán.

—Entonces ¿qué es lo que buscaban?

—Esto —contestó él sin vacilar. Se había sacado de un bolsillo de la chaqueta un cuaderno de tapas duras cerrado con un elástico—. Tú sabrás qué hacer con él —dijo.

Pero ella no tuvo tiempo de hacer nada. Todo había sucedido demasiado deprisa.

Kate se ponía a pensar en todas esas cosas mirando al techo de la celda, que

quedaba a cosa de un metro y medio por encima de ella, y acababa metida en una espiral de malestar físico que la dejaba completamente agotada. Las dudas, las sospechas, la soledad eran enemigos muy difíciles de mantener a raya entre rejas.

A ratos, necesitaba pensar retrospectivamente. Pensando hacia atrás, recordaba el consuelo de ser curiosa y de correr cuesta abajo contra el viento a lo largo del prado que separaba el río de la granja de los Madox. Se dio cuenta de que nunca había estado tan lejos ni tan sola. Había perdido todo cuanto le era cercano y propio. En su corazón buscó la foto de una cría de cuatro años con sombrero tejano montada en un poni, con cara de malas pulgas. ¿Existiría un cielo para las niñas vaqueras? Y a solas murmuró para sí, como si le rezase al Dios único de su infancia en voz muy baja:

—Ay, rancherita...

Antes del almuerzo, las reclusas tenían un cuarto de hora para pasear por el patio. A Kate le gustaban esos minutos de aire fresco que le despejaba la mente de fantasmas. Respiró hondo y notó el mordiente aire frío en los pulmones. A su alrededor medio centenar de reclusas caminaban en grupos o charlaban en corro. Las presas solían agruparse por afinidades. Estaban las extranjeras, moras o portuguesas, y alguna francesa. Kate era la única americana. Gringuita, la llamaban. Allí todo el mundo tenía un mote. Las españolas solían hacer piña entre ellas, salvo las gitanas, que iban por su cuenta y obedecían a una mujer de unos cincuenta años, llamada Rosario, sevillana, muy gruesa, con moño y falda negra hasta los tobillos. La Faraona. Era ella quien mediaba en las frecuentes reyertas que surgían entre unas y otras. Las gitanas eran peleonas, alegres y supersticiosas. Usaban un español muy peculiar y difícil de entender para Kate. A veces una de ellas se ponía a tocar palmas con las manos y las demás la seguían con cantes, quitándose el frío a taconazo limpio contra las losas del patio, con un baile vivo y distinto a todos cuantos Kate conocía.

—¡Venga, salero, *miarma!* —la jaleaba la Faraona para animarla a unirse al grupo—. No te hagas mala sangre, Gringuita, que te vas a poner mala.

Kate sonrió, negando dulcemente con la cabeza. No tenía el alma para fiestas.

Las asturianas solían quedarse fumando en corro. Eran las veteranas, la mayor parte socialistas, mujeres recias, de las minas, que llevaban encerradas desde la revuelta de octubre. Algunas habían perdido a sus maridos, tenían sus enlaces con el exterior y una red de ayuda fuera que se ocupaba de mantener a los hijos y se protegían entre ellas. Las presas eran solidarias. Una reclusa de Zaragoza que se llamaba Pilar, a la que todas llamaban la Maña, le había regalado a Kate el jersey grueso de lana con cuello vuelto que ahora llevaba puesto mientras caminaba a pasos largos de un extremo al otro del patio, hasta la garita de vigilancia.

Para aguantar era preciso seguir una rutina, ciento cincuenta y dos pasos de ida y ciento cincuenta y dos de vuelta. Había sitios peores. Al fin y al cabo, las Ventas era una cárcel nueva. La había inaugurado hacía pocos años, durante el gobierno de izquierdas, la directora de prisiones, Victoria Kent. Se había construido siguiendo criterios higiénicos y humanitarios. Pero por mucho que se pretendía humanizar, un

calabozo siempre acaba oliendo a lo mismo: a mujeres encerradas, a soledad, a ropa sucia como para parar un tren, a lejía y a Zotal mezclado con sudor rancio, a gachas hervidas con patatas y pan negro.

Ese era el menú de cada día. Después del patio habían entrado ordenadamente en el comedor. Kate llevaba ahora más de cinco minutos sentada en un rincón de la mesa contemplando el plato del que no había probado bocado. Cada vez estaba más tiempo ensimismada. Su cabeza pasaba de una cosa a otra, dando saltos en la trama de sus recuerdos como si fueran trozos arrancados de una carretera bombardeada. En cierto sentido, en su interior se estaba librando una guerra y en ella su corazón llevaba todas las de perder.

Estaba cansada. Los huesos de la clavícula se le marcaban bajo la lana del jersey como las alas de un pajarito. Tenía la piel reseca, las ojeras violáceas más acentuadas por la luz mortecina que entraba esquinada en el comedor. Empezaba a pensar que nunca saldría de allí.

La despertó de su ensimismamiento la voz áspera de una funcionaria pronunciando su nombre por el altavoz. «Caterina Moore». Tardó un rato en darse cuenta de que se refería a ella debido a la pronunciación a la española de su apellido, con dos «oes» y acabado en «e».

La mandaron pasar a un despacho de techo alto con un crucifijo en la pared, donde la directora del centro la esperaba junto a un tipo al que no había visto en su vida. Un hombre más bien grueso de traje marrón y zapatos gastados que permanecía de pie detrás del escritorio, en el que había un sobre abierto de color ocre con un sello oficial. Entre la directora y el hombre había una connivencia de miradas que a Kate no le pasó desapercibida. Por un momento se le heló la sangre. Había oído rumores sobre lo que les ocurría a las presas asturianas cuando se las llevaban de allí.

No le dieron ninguna explicación. Ni siquiera tuvo tiempo de despedirse de nadie. Una funcionaria había recogido sus pertenencias y se las entregó en un hatillo. Salieron por una puerta del ala sureste que daba a la tapia de un cementerio. Allí estaba aparcado un coche oficial.

—No tiene buen aspecto —fue el único comentario que hizo el hombre del traje marrón una vez que se puso al volante.

Kate permaneció callada. En la cárcel había aprendido que el silencio es una buena arma defensiva a falta de otra. También era una manera de proteger su orgullo. En sus circunstancias, controlar las emociones y mantener los ojos abiertos le pareció más útil que hacer preguntas.

Lo que más le sorprendió de lo que veía a través de la ventanilla era el caos que reinaba en las calles. Había en el aire el temblor de un millar de alas, como si estuviera a punto de ocurrir algo. Durante el tiempo que había estado encerrada apenas había tenido noticias de lo que pasaba fuera, más que algún comentario aislado que le llegaba a través de las asturianas sobre las elecciones que iban a celebrarse en febrero y el avance del Frente Popular. Debía de ser cierto, porque las

paredes de los edificios estaban completamente cubiertas de carteles electorales con las siglas FP. Había demasiada gente llenando las aceras. Por la Gran Vía discurría una manifestación agitando puños levantados y banderas rojas en medio de una confusión de tráfico y sonido de cláxones. Kate bajó la ventanilla, pero no logró entender lo que gritaban. Un olor a neumáticos quemados llenaba la atmósfera. Hacia la Puerta del Sol se veía una columna de humo negro.

Aquella no era la ciudad que ella recordaba. Algo había tenido que ocurrir. Pero no imaginó que el abismo que parecía abrirse de balcón a balcón, de una calle a otra, era el precipicio inminente de la guerra.

El coche se detuvo ante un portal de la calle Atocha. Un hombre medio embozado, con las solapas del abrigo levantadas y un sombrero terciado sobre el rostro, cruzó la calle. Kate no reconoció a Díaz-Ugarte hasta que este abrió la portezuela de atrás.

—¡Álvaro! —exclamó.

No fue precisamente el reencuentro que ella había imaginado mientras fumaba en el camastro de la celda mirando al techo. Desde el primer instante lo encontró distinto, aunque de un modo que en principio no supo precisar. Llevaba un elegante abrigo de *cheviot* abierto y una corbata estrecha con el nudo ladeado, como la primera vez que lo había visto en su clase, pero no hizo ademán de quitarse el sombrero. Al principio ninguno supo qué decir. Ella se quedó callada, mirándolo sin saber a qué atenerse. Notaba en él una cautela retráctil, un endurecimiento nuevo en la mirada, tratando de evitar el contacto físico. Por un momento temió que él hubiese dado pábulo a todas las cosas que hubieran podido contarle sobre ella. Pero en ese caso le habría hecho algún reproche o recriminación. No parecía tratarse de eso. El gesto del profesor era más bien el de alguien que se aviene a pasar cuanto antes por un trago incómodo pero necesario, cumpliendo con su deber a su manera. Un caballero.

De pronto Kate lo entendió todo y sintió que la invadía un profundo sentimiento de humillación, de pena hacia sí misma, como si pudiera verse desde fuera y se diera lástima. Para conjurarlo sonrió de un modo que pretendía ser altivo, pero que, en realidad, no era más que un reflejo de sarcasmo hacia su propia ingenuidad. ¿Qué esperaba? ¿Que la recibiese con los brazos abiertos?

Nadie está libre de ser quien es. La vida era eso. Una línea discontinua de aciertos y errores de cálculo, en la que cada uno rectificaba como podía y cuando podía. Tú ahí. Yo aquí. Cada cual en su lugar. A fin de cuentas él era un hombre casado.

Díaz-Ugarte miraba constantemente el reloj entre incómodo y distraído, como si se sintiera remotamente culpable por cualquier menudencia como llegar tarde al trabajo. Era un Festina de oro con correa de piel. Kate nunca se lo había visto puesto antes. Pasado el desconcierto inicial, el profesor sacó del bolsillo interior de la americana un sobre y se lo entregó a Kate.

—Aquí tienes un billete de tren hasta Cádiz y tu pasaje de vuelta a Nueva York. El *Manhattan* zarpa el jueves al mediodía. —Su tono de voz era neutro y

funcionarial, sin ninguna inflexión que denotara algún tipo de duda o vacilación—. No tenemos mucho tiempo.

Así pues, se estaba librando de ella y exhibía tal dominio de la situación, tanta indiferencia, que Kate no podía dar crédito. La estaba tratando como a una extraña que ni siquiera pudiera costearse el viaje de regreso a casa. Ella bajó los ojos y solo entonces, por un instante, él pareció conmovido por su silencio, aunque quizá solo fuera una manera de salir del paso. A ella, de hecho, le pareció que le estaba perdonando la vida. La tocó con suma delicadeza, como solía hacerlo antes, apenas el roce de su mano en la parte interior de la muñeca, donde confluyen las venas.

—Solo te puedo prometer que si un día cambia mi vida, te buscaré —dijo.

—¿Te refieres a un cambio debido a causas externas o a un cambio debido a tu voluntad? —preguntó ella.

—Me refiero a las dos cosas.

Ella le devolvió la mirada con una mezcla muy depurada de desprecio y aversión, como si él fuera un ser insignificante que se pudiera aplastar con la punta del zapato. Pero tuvo que hacer acopio de toda su altivez para mantener la cabeza erguida y no volver la vista atrás mientras se alejaba con su petate al hombro. Era demasiado joven para enmascarar sus sentimientos.

Eso fue todo. Una despedida sin reproches ni explicaciones innecesarias. Se hallaban frente a la estación del Mediodía, con sus arcos altos de hierro.

Dos días después, Kate se encontraba a bordo del transatlántico *Manhattan*, que hacía la ruta Saint Nazaire-Cádiz-Nueva York. Estaba pálida y llevaba el pelo suelto sobre los hombros. Su rostro se recortaba con nuevas líneas de dureza. En aquel momento su expresión no era la de una muchacha de veintitrés años que regresa a su país, sino la de una mujer mucho mayor que hubiera perdido su patria.

El sonido de la sirena hizo que los pasajeros se agolparan en la barandilla de popa agitando sus pañuelos en señal de despedida. Kate sintió la trepidación de las máquinas que hacía vibrar la barra metálica a la que se sujetaban sus manos como si fuera el único asidero firme que le quedaba en la vida. Permaneció allí mucho rato después de que el resto de los pasajeros se hubiera retirado de la cubierta, con el barco navegando ya en mar abierto. Sola, con una manta azul marino echada sobre los hombros, fumando al modo de los hombres, con la brasa dentro de la boca, como Bogey le había enseñado que hacían los soldados en las noches de intemperie. El corazón latíéndole muy despacio y la mente en blanco, vacía. Sentía el rumor del agua a lo largo del casco. Tenía el rostro inclinado sobre la borda. Hasta que sintió el cosquilleo de las lágrimas resbalándole por la barbilla y goteándole en las manos no cayó en la cuenta de que estaba llorando. Lloró a rienda suelta, por primera vez en mucho tiempo, sin testigos, que era su único modo de llorar. Siguió así mucho rato, como si en su interior se hubiera abierto una compuerta que llevaba cerrada demasiado tiempo. No sabía por qué lloraba.

Se sintió cansada, sin los recursos físicos suficientes para afrontar la travesía. El

amor la había hecho sentirse segura, invulnerable. Era tan fácil creer en las promesas: su forma de acariciarla, su voz susurrándole al oído palabras tiernas o atrevidas, su manera de ponerle la mano en el hombro, como si fuera a quedarse a su lado para siempre. Pero antes o después todo el mundo tiene que elegir. O esto o lo otro. A quién amas, con quién te quedas, a quién traicionas. Cada cual recorre sus propios pasos y ningún hombre está dispuesto a perder todo lo que tiene por una quimera. Elegir a fin de cuentas. Kate había aguantado sin venirse abajo setenta y seis días de cautiverio con todas sus noches. Pero no supo evitarlo en el último momento.

De vez en cuando las olas salpicaban la cubierta y le mojaban la cara. Lágrimas con sabor a mar.

Capítulo XVII

Bien mirado, la decepción destila un regusto particular que se va aposentando en el alma. Al cabo de los años cualquiera tiene tiempo para pensar. Los hechos se acaban aceptando con mayor o menor fatalismo. En el caso de Kate ese sentimiento no implicaba rencor, sino más bien una tendencia a burlarse de sí misma, de su ingenuidad y de sus propias torpezas. Es cierto que algunas veces le subía por el pecho una oleada de desolación personal, íntima, que le ponía un nudo en la garganta, pero la vida le había enseñado a sacar astillas de cualquier leño para calentarse.

Y ahora, pasados los años, ¿qué es lo que tenía? Una historia como un guijarro suelto que anduviera rebotando por todas las esquinas de su cabeza, hundiéndose y volviendo a salir a la superficie en el momento menos pensado. El recuerdo era ahora más depurado e intenso, si cabe, pero las aristas se habían ido puliendo con el tiempo, los bordes estaban más suavizados, menos cortantes con una pátina de melancolía retrospectiva que la puso a salvo del resentimiento.

Kate leyó de nuevo aquel verso y quedó suspensa un instante, mirando hacia la vidriera georgiana que daba al campus del Saint James College. Había pasado el tiempo. Demasiado tiempo, pensó, pero todavía era invierno.

Desde su regreso a Estados Unidos había procurado mantenerse siempre ocupada. Había acabado su doctorado en Literatura Española Contemporánea. Era profesora agregada y le gustaba su trabajo. A las cinco de la tarde se encerraba en su despacho y preparaba las clases a conciencia, rodeada de libros. Debía abordar la última parte del programa al final del trimestre y se acercaba la fecha. Tenía el material preparado encima de la mesa. Varios folios escritos a mano, subrayados y sujetos por un pisapapeles, y el libro abierto por la página veintisiete. Fue entonces cuando leyó aquel verso, y de pronto el guijarro saltarín regresó por el aire y le dio de lleno en la frente.

Le había costado mucho domesticar sus emociones y de improviso unas pocas palabras escritas en español amenazaban con hacer saltar por los aires todo el dique de contención. Al otro lado del dique discurría como siempre el río turbulento de la historia.

Hay épocas en las que las vidas de las personas no son nada, puntos insignificantes en medio de las grandes tragedias colectivas. Lágrimas en el océano.

Las noticias que llegaban de la guerra de España eran cada vez más alarmantes. El escándalo del estraperlo había acabado por minar la confianza mínima de los españoles en las instituciones, haciendo imposible el debate político. Desde ese momento la República había quedado a merced de los lobos. No había día en que los periódicos no informaran de los bombardeos sistemáticos sobre Madrid. Al principio Kate no había querido saber nada de la guerra, necesitaba alejarse de sus recuerdos para que las heridas cicatrizaran. Olvidar todos los rostros, todas las calles, todos los nombres... Pero, claro, es un decir. Nada se olvida. Cada obús le reventaba en las

entrañas.

Escuchaba los boletines de noticias de la radio y pensaba que quizá en ese momento la Residencia de Estudiantes no fuese más que un montón de cascotes y ruinas.

De Álvaro Díaz-Ugarte no había vuelto a tener noticias desde su regreso, pero sabía de él a través de *miss* Abramson. No le había dado tiempo a salir del país con la primera tanda de intelectuales exiliados en América o tal vez no había querido hacerlo. Sus versos eran a veces publicados en la prensa americana, traducidos a través de la Alianza de Intelectuales Antifascistas. Eran poemas íntimos, escindidos por un alambre de espinas que marcaba la frontera entre lo posible y lo imposible. Pero hay épocas que no están hechas para los poetas líricos. Sus versos resultaban demasiado íntimos al lado de los de Alberti y de otros poetas de la lucha del pueblo cuyas palabras lucían aristas vivas que sonaban a plomo. La poesía podía ser un arma tan buena como cualquier otra. De hecho, a través de su lectura, muchos jóvenes estadounidenses de la edad de Bogey se habían alistado para combatir en la Brigada Lincoln convencidos de que el futuro de la democracia se estaba jugando al otro lado del mundo. Madrid, la capital crucificada. Kate odiaba la guerra.

Estaba repasando sus apuntes de clase, como todos los días, cuando ocurrió. Por supuesto había incluido en el programa la poesía de Díaz-Ugarte. Había elegido los poemas con discreción y había aprendido a hablar de él a sus alumnas objetivamente, distanciándose. Jamás sobrepasaba el ámbito puramente profesional. De repente, mientras ordenaba el material, experimentó una intensa añoranza, un malestar impreciso, como si de un momento a otro fuera a bajarle la regla. Permaneció un buen rato allí sentada, con los codos apoyados en el escritorio, sin leer, sin escribir, sin hacer nada, atenta solo a sus pensamientos, al lento e irreparable latido de la sangre en las sienes.

Dejó el libro abierto y se acercó a la ventana. Nevaba. Vestía pantalones anchos a la moda neoyorquina y un cárdigan beis de hombre. En su mente se agolparon los recuerdos. Volvía a estar otra vez con Álvaro. Durante un momento apoyó la cabeza soñadoramente en el cristal y se quedó mirando a través del vaho el baile de los copos agitados por el viento. La nieve cubría el jardín y formaba pequeños montoncitos junto a la cancha de tenis. Fue entonces, de pronto, cuando lo vio. No creía que fuera una aparición ni nada por el estilo. Tan real como ella misma. Con el pelo completamente empapado, goteando. Allí parado, apoyado en la tela metálica que rodeaba las pistas desiertas, serio, alto, enflaquecido, con las manos en los bolsillos de su famoso abrigo de *cheviot* y el nudo de la corbata ladeado, como siempre.

Toc-toc. Un ligero toque de nudillos la sacó de sus cavilaciones. No esperaba a nadie a aquella hora. Fue a abrir la puerta y en ese mismo instante todo se detuvo en el umbral, igual que en una escena rescatada de un cuadro. La mano en el pomo, la ramita de muérdago colgando de la puerta, la expresión de asombro. El hombre que estaba ante ella llevaba una cartera en la mano y tenía los zapatos mojados. Vestía un

traje gastado que le daba un aspecto de funcionario estatal. El sombrero gris, el rostro macilento. Al principio no lo reconoció. Tardó unos segundos en darse cuenta de que se trataba del poeta Pedro Salinas. Estaba visiblemente desmejorado, como si hubiera envejecido de golpe más de diez años desde la última vez que lo había visto en Madrid, saliendo de una conferencia en el salón de actos de la Residencia con un grupo de aplicados estudiantes pegado a los talones.

—¡Profesor! —dijo sin salir todavía de su asombro—. Pase, por favor. No tenía ni idea de que estuviera usted aquí.

Pedro Salinas era de los pocos que habían logrado salir de España al principio de la contienda en un barco de guerra norteamericano, gracias a su nombramiento como profesor visitante de la Universidad de Wellesley, cerca de Boston. Kate había visto anunciada alguna de sus ponencias en el boletín de la Ivy League, una de las instituciones culturales más prestigiosas de la costa Este, pero no tenía ni idea de que tuviese ningún acto programado en el Saint James.

—En realidad no he venido por motivos académicos —explicó el poeta con el sombrero a la altura del pecho—. Estaba de paso y he pensado en visitarla. —Se había sentado en la silla que Kate le había ofrecido detrás de su mesa de trabajo y la miraba con un relumbre especulativo en los ojos—. No sé si está usted al tanto de las últimas noticias de España —dijo, bajando la vista hasta la puntera mojada de sus zapatos.

Kate sintió frío de pronto, se cruzó instintivamente la chaqueta de lana y hundió las manos en los bolsillos. Sabía que el poeta mantenía comunicaciones por carta con el Gobierno republicano y servía de enlace con las familias de los intelectuales en el exilio.

—Leo los periódicos de vez en cuando —se limitó a decir.

Salinas la estudió despacio. Kate no se movió durante el escrutinio, tan solo levantó los ojos para sostenerle la mirada.

—He venido —empezó a decir—, he venido a explicarle algo que quizá... —Y calló de nuevo.

—¿Sí?

Él seguía sentado, dándole vueltas al sombrero entre las manos.

—La guerra está perdida y hace semanas que no se sabe nada de Álvaro —consiguió decir al fin.

—¿Álvaro? —repitió Kate, y le sonó extraño volver a pronunciar su nombre después de tanto tiempo, como si cada sílaba tuviera que romper un muro levantado con mucho esfuerzo—. Tampoco yo he sabido nada de él en todo este tiempo —respondió con tristeza.

—Usted es joven, señorita. No sabe que las cosas no siempre son lo que parecen. Quizá lo que ocurrió no es lo que usted cree que ocurrió.

—¿Qué quiere decir?

—España es un país antiguo y complicado. Hay cosas que solo se pueden

entender habiendo nacido en él. Usted no sabe muchas cosas... —Se hizo un nuevo silencio entre ambos. El poeta mantuvo la mirada baja como si meditase—. ¿Conoció a don Epifanio Rondal?

Kate negó con la cabeza. Había oído alguna vez a Álvaro hablar de pasada de su suegro, pero nunca había tenido ocasión de cruzarse con él.

—Un hombre importante. Probablemente el último de los grandes caciques. En América no saben lo que es eso. Un cacique es alguien con mucho poder —continuó Salinas—. No me refiero a su título ni a sus propiedades, sino al poder de verdad. Al poder sobre las personas y sobre las vidas humanas, en el peor sentido que pueda imaginar.

Kate seguía atentamente la conversación, con la cabeza ladeada, los puños cerrados dentro de los bolsillos de la chaqueta y el ceño fruncido, como si estuviese haciendo un verdadero esfuerzo por comprender algo que estaba más allá del significado literal de las palabras.

—Lo que ustedes llamarían un «magnate» o algo parecido —continuó—. Una orden suya bastaría para arruinarle la vida a cualquiera, sin escapatoria posible. —Salinas hablaba ahora con gravedad y conocimiento de causa—. A las primeras de cambio se confeccionan pruebas ficticias, falsos testimonios... No sé si se da cuenta de lo que eso significa. Cualquiera puede levantar una denuncia: un conserje, un policía, un sirviente despechado, una mujer celosa... —Kate notó que una cuerda muy fina se tensaba en su interior—. A don Epifanio le gustaban los viejos métodos de la Dictadura y no le preocupaba lo más mínimo saltarse la legalidad a la torera. Sabía cómo hacer las cosas extraoficialmente. Para ello contaba con sus esbirros, como el comandante Doval. De él sí que habrá oído hablar, supongo. El carnicero de Fuencarral, le llamaban. —Kate asintió—. Era el encargado de darles la puntilla a los asuntos más turbios, un gánster, dirían aquí, en América. Fue él quien elaboró ese *dossier* delirante sobre una conjura soviético-norteamericana por la que usted fue inculpada y recluida en la cárcel de Ventas. ¿Comprende? Ya me dirá en qué cabeza puede haber una conspiración conjunta de Moscú y Washington. —Salinas movió la cabeza hacia los lados con sarcasmo.

—Pero ¿por qué? —preguntó Kate sin acabar de dar crédito.

—¿Qué esperaba? Usted representaba una verdadera amenaza. ¡Un adulterio, y en su propia familia! ¿O acaso cree que su aventura con Álvaro podía pasar desapercibida?

—Pero España es un país moderno, existe una ley de divorcio —replicó Kate.

—Claro, y bien que le costó a la República que se aprobara con todos los obispos en pie de guerra. Pero estamos hablando de una nación católica, señorita. Don Epifanio, precisamente, fue uno de los principales azotes contra la ley del divorcio. Su partido hizo bandera de la España católica, apostólica y romana, que situaba la santidad de los votos matrimoniales por encima de cualquier otra cuestión. ¿Cómo cree que iba a permitir un escándalo así en su propia familia?

—Entonces ¿fue eso? —Kate caminaba de un lado a otro de la habitación como abstraída—. La verdad es que nunca pensé en que podía estar haciéndole daño a su mujer. No tenía el sentimiento de estar obrando mal. Era como si nuestra relación no formara parte de la realidad, sino de otro mundo imaginario. Cuando te enamoras en otro país y en otro idioma, es un poco como si vivieras en un territorio libre de consecuencias. No sentía ningún remordimiento. Álvaro sabía jugar con las palabras haciéndolas girar en el aire como un prestidigitador. Vivíamos en otro mundo. Un mundo poético. Y él parecía no ver ninguna contradicción entre su relación conmigo y su condición de hombre casado. Una nunca quiere saber el daño que puede hacer a otros y cuando se da cuenta, ya es demasiado tarde. A su mujer no la vi más que una vez a la salida del Teatro Cervantes. Fue de ella de quien partió la denuncia, ¿verdad?

Salinas asintió.

—Hágase cargo. Las armas femeninas son distintas de las que acostumbramos a usar los hombres. Tal vez ustedes tienen algo distinto que perder —dijo de un modo que sonó a reproche amortiguado—. Las cosas entre hombres se resuelven de otro modo. En cualquier caso, Álvaro no tenía alternativa —continuó Salinas—. Su esposa es una mujer acostumbrada a salirse siempre con la suya.

Kate no supo qué pensar. Desconocía qué significaba exactamente «salirse con la suya». Y más aún ignoraba qué significaba en particular esa expresión para una mujer como aquella.

—¿Qué quiere decir?

—Ella lo puso entre la espada y la pared.

—Y él aceptó la situación... —continuó Kate.

—Se equivoca. Cuando Álvaro se dio cuenta del peligro real que corría usted, casi se volvió loco. Estuvo a punto de echarlo todo a perder. Créame, la impaciencia es el peor enemigo de los amantes —añadió sentencioso, como si supiera demasiado bien de qué estaba hablando—. Intentó por todos los medios sacarla del país, recurriendo a amigos y a extraños, a las oficinas consulares, sobornando a funcionarios... Todos le aconsejamos que esperase el momento, pero él no podía esperar ni un día más.

—Pues tardó casi tres meses en hacerlo.

—No fue fácil averiguar su paradero en la confusión de las primeras semanas. Tenga en cuenta que existen cientos de cárceles, además de los centros de detención ilegales. Era esencial actuar con cautela, sin levantar sospechas; si no, todo el plan podía truncarse. Hubo que esperar al cambio de gobierno. Usted fue liberada gracias a la intervención de Jiménez Fraud, a través de una negociación secreta con el consulado americano, aprovechando la ausencia de don Epifanio, de viaje en Melilla. Créame, Álvaro tuvo que hacer acopio de toda su sangre fría. Necesitaba saber que usted estaba a salvo, fuera del alcance de los hombres de Doval, para poder saldar sus cuentas pendientes.

—¿Y las saldó?

—No lo sé. La guerra lo barre todo. Fíjese que en estos momentos Franco podría tomar Madrid sin ningún esfuerzo, ya que en el bando republicano ha estallado una lucha intestina entre los partidarios de la rendición y los que quieren seguir resistiendo, pero prefiere que la ciudad se desangre. Y Europa contempla la agonía sin tender una mano. Ahora su presidente, Roosevelt, se da cuenta del tremendo error que fue el embargo de armas a la República. Demasiado tarde. Ya solo quedan en pie unas cuantas democracias en el Viejo Continente. La última vez que vieron a Álvaro fue en la batalla del Ebro, la desproporción de fuerzas era brutal, fusiles contra ametralladoras y bombarderos. Aquello fue un matadero —añadió bajando la voz—. Nadie ha vuelto a saber nada de él desde entonces.

Por un momento Kate se trasladó a una España a medias vislumbrada a través de los reportajes y las fotografías de la revista *Life*, que devoraba puntualmente durante los últimos meses. Un país sumergido en una noche violácea, barrido por las ráfagas intermitentes de las alarmas antiaéreas y convoyes militares en retirada. En su imaginación sonaban las descargas concentradas en un tableteo ensordecedor de ametralladoras, en medio de una escenografía de cristales rotos y tranvías incendiados, con pavesas rojas cayendo sobre los tejados, mientras los camiones de bomberos trataban inútilmente de apagar las llamas causadas por los bombardeos aéreos. Olor a humo y a neumáticos quemados... Cualquiera que siguiera diariamente las noticias podía hacerse una composición de lugar. Miles de refugiados abandonaban la ciudad hacia la frontera, desesperados. Imágenes de carreteras atiborradas, de autobuses, camiones y carretas cargadas con colchones y enseres domésticos, hileras de mujeres con niños sucios y asustados, heridos envueltos en sus vendajes, semidesnudos pese al frío, avanzando a duras penas con sus muletas y con la mirada ida de aquellos a los que ya les da igual ir para delante que para atrás. La caravana del destierro.

Las fotografías estaban tan vivas que a veces a Kate hasta le parecía oír el ronroneo de los motores cuando pasaban los aviones alemanes de la Legión Cóndor y dejaban caer sus bombas con saña de tiro al blanco sobre los campos llenos de cadáveres. *Llanuras bélicas y páramos de asceta*, recordó para sí, y se tapó los ojos instintivamente con las manos. Solo entonces comprendió lo que realmente había ido a comunicarle Salinas.

—Lo lamento —dijo el poeta poniéndose en pie—. No se me dan muy bien estas cosas. Pero creía que debía saberlo.

Cuando lo vio marcharse de espaldas bajo la nieve, Kate se acordó de que había sido también él quien les había encubierto cuando se ocultaron en la casa de la sierra durante varios días, mientras Álvaro se recuperaba de sus heridas. Se preguntó qué motivos podía tener Salinas para interceder por él. No era amigo personal de Álvaro, ni siquiera se llevaban bien y además todo el mundo sabía que ambos mantenían de antiguo una sorda rivalidad literaria. ¿Por qué se ponía de su parte ahora? ¿Por qué había ido a contarle todo aquello?

Cada cual tiene sus propias razones. Quizá existiera una justicia poética. Los poetas mantienen una concepción universal del amor. Piensan que cualquier cosa que le pase a uno afecta a todos los amores del mundo entero. Salinas era un hombre reservado, que sabía callar los propios secretos. Nunca contaba nada sobre su vida. Pero debía de tener sus demonios interiores.

Kate se quedó sola con la mano apoyada en el cuello y el gesto fatigado, respirando lentamente, pensando en Álvaro y en su manera de enfundarse ante ella en una armadura. Así que después de todo existían los caballeros andantes. El héroe solitario que renuncia al amor para enfrentarse a los molinos de viento más o menos. ¿Por quién lo había hecho en realidad? ¿Por ella? ¿Por él mismo? Tenía quince años más que ella. Quizá había llegado a esa edad en la vida en la que uno empieza a identificarse con los personajes duros y un poco desesperados de los libros. Kate aspiraba a entender por qué había tenido que ser así, pero la verdad era que no lo comprendía. Cualquier otro hombre, en su lugar, habría subido con ella a aquel barco y se habría sentido afortunado por ello. Pero, sin duda, él no era cualquier otro hombre.

Kate no podía borrar el regusto amargo de la despedida ante la estación del Mediodía, mientras Álvaro miraba de reojo el reloj como si tuviera prisa por acabar de una vez. Tal vez él pensó que le haría un favor si le facilitaba la tarea de odiarlo. Los hombres a veces tienen ideas peregrinas acerca de cómo salvar a las mujeres. Había algo dentro de él que no podía aceptar un final feliz así como así. Un caballero andante siempre cierra con llave la puerta trasera del castillo para obligar a salir a su dama por la puerta principal. Durante el tiempo que estuvieron juntos, ella nunca había conseguido saber qué es lo que había realmente en el fondo del pozo. Tal vez, si hubiera sido capaz de meterse dentro de su mente, no le habría importado quedarse a vivir allí el resto de su vida sin preguntarse si eso era amor o no lo era.

Kate pasó unos minutos sin moverse apenas. Sentía en la columna un dolor seco y sostenido, como si alguien le hubiera disparado por detrás y aún no le hubiera dado tiempo de advertir el verdadero alcance y gravedad de la herida. Tenía la espalda fría; sin embargo, notaba el sudor de la fiebre bajo la ropa. El dolor necesita su tiempo para tomar cuerpo. Fuera seguía nevando. Estaba rodeada de silencio y miraba frente a la ventana la lentitud de los copos suspendidos en el aire con la sensación de haber estado inmersa en una vida que no era la suya.

Pensó en el cadáver del chico que se parecía a Clark Gable flotando en el canal; en la mujer pelirroja de Rossetti que había perdido a su bebé; en el secreto de Hans Müller, encerrado en su habitación, torturado por los celos; en el perfil clásico de Frida Lowmann sosteniendo una copa de champán bajo la cúpula del Palace; en el patio de la cárcel de Ventas cuando el sol de invierno se filtraba entre las rejas; en la extraña belleza de un claustro románico en el corazón de Madrid, con aquellos ángeles torvos de alas como cuchillos. Álvaro tenía razón: aquel era un mundo extraño, de una espiritualidad bárbara y primitiva. De pronto oyó un crujido y se dio

cuenta de que en uno de los árboles del campus se había desplomado una rama por el peso excesivo de la nieve.

Le habría gustado escribir algo sobre aquel suceso mínimo, pero ella no era escritora. Se dirigió a la mesa, tomó de nuevo el libro entre sus manos y leyó en español los versos que estaban escritos a tinta en los márgenes.

Todavía / si alguien me dijera como entonces / vamos a mirar el cielo por la noche / dentro del coche solitario / hacia aquella colina de los sueños / en el corazón de Madrid, / a ciegas iría en la oscuridad / esperando encontrarte allí.

Fuera el mundo entero había quedado reducido a un simple paréntesis en blanco. Así es la nieve.



SUSANA FORTES (Pontevedra, 1959) es una escritora y articulista española. Licenciada en Geografía e Historia por la Universidad de Santiago de Compostela y en Historia de América por la Universidad de Barcelona. Recientemente ha estado en Estados Unidos compaginando la docencia de español en el Estado de Luisiana con conferencias universitarias en la Universidad Interestatal de San Francisco.

Con su primera novela, *Querido Corto Maltés*, ganó en 1994 el Premio Nuevos Narradores. En 2001 fue finalista del Premio Primavera, con la novela *Fronteras de arena*. Además ha publicado *Las cenizas de la Bounty* (1998), *Tiernos y traidores* (1999), y el cuaderno de cine *Adiós, muñeca* (2002), *El amante albanés* (2003), finalista del Premio Planeta. *El azar de Laura Ulloa* (2006), que recibió el Premio de la Crítica en la categoría de narrativa otorgado por la Asociación de escritores y críticos de la Comunidad Valenciana, y *Quattrocento*, que se ha convertido en un fenómeno de ventas internacional.

Su novela, *Esperando a Robert Capa*, ha recibido el Premio Lara de Novela 2009 y el Premio de la Crítica Literaria Valenciana 2010. Colabora habitualmente en el diario *El País*, así como en revistas de cine y literatura.